

JOSÉ M. MACÍAS

# CAMPO LABRADO





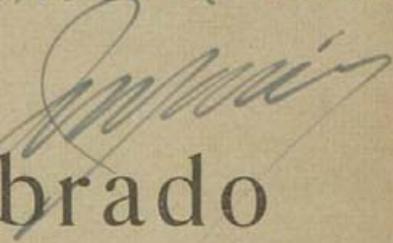
Campo Labrado



HTA  
[1930]  
MAC  
EJL  
(Sala A)

JOSÉ M. MACÍAS

*Al Sr. Vicedirector y Personal  
Docente de su turno de la escuela  
Nº 19 del C. E. V*

*Cordialmente* 

# Campo Labrado

Texto de lectura para el grado Tercero



EDITORES

ANGEL ESTRADA Y CIA.

Bolívar 466

Buenos Aires

  
INV  
28.044

Propiedad Literaria  
Leyes 7092 y 9510



## A LOS NIÑOS

**P**USE lo mejor de mis afanes para daros este libro. Junté mis sentimientos de padre y de maestro, me acerqué más aún a vosotros, y un plan tras otro fui construyendo y destruyendo, anheloso de esta humilde gloria de brindaros un libro que os agrade.

Os ví inquietos, buscando la realidad a través de vuestra fantasía, uniendo lo útil a lo bello, en una ansia ferviente de crear vuestra personalidad.

Y cuando creí, como en una vislumbre, hecho el hallazgo, me entregué a la tarea. Trabajé con gran empeño muchos días, muchos meses. Trabajé con gran amor, inspirado por la sonrisa de niños de vuestra edad.

Y aquí tenéis a CAMPO LABRADO ¡Ojalá sea tierra fértil que os dé pródiga cosecha!

Tomé como punto de partida el campo de la siembra, no sólo en homenaje al factor de nuestra grandeza, sino también para traer os el hálito oxigenado de las praderas.

En él, trabé relación con un viejo criollo, amigo, como yo, de los niños. Se me ocurrió que era la voz de la pampa de hoy, que sí conserva el caballo y los antiguos cantares, llena de recuerdos, felizmente, pero abierta al mundo, nada le ha negado al progreso. Incluso, dispersos, varios de sus relatos

como si quisiera dar al libro su bondadoso temple y múltiple existencia.

Luego, cual ave en vuelo tendido sobre la patria, CAMPO LABRADO cruza la llanura, asciende la montaña, bebe el agua de sus vertientes, aspira el perfume de sus lomas, viaja por sus ríos, penetra en las selvas del norte y admira los paisajes del sur. Visita las grandes ciudades y sorprende el vértigo de su actividad incesante.

Ante el pasado, lleno de emoción, evoca las figuras y hechos de la historia, intentando explicar los problemas de otras horas.

CAMPO LABRADO quiere seguir el curso de vuestra imaginación. Arma la nave, despliega su vela y zarpa en viaje venturoso. Olas bonancibles o borrascosas batirán su quilla. Escenas y cuadros os traerán la visión de nuevos horizontes.

Y no es vano tanto trasiego. Lleva consigo interesantes nociones de ciencias naturales, geografía, historia, lenguaje, etcétera. Sus distintos géneros de redacción y el vocabulario, en desarrollo gradual, aumentarán vuestros medios de expresión.

Advertiréis, sin duda, su propósito de fortalecer vuestros sentimientos estéticos y, sobre todo, el anhelo fervoroso de haceros buenos y daros siempre estímulo para el trabajo y la virtud.

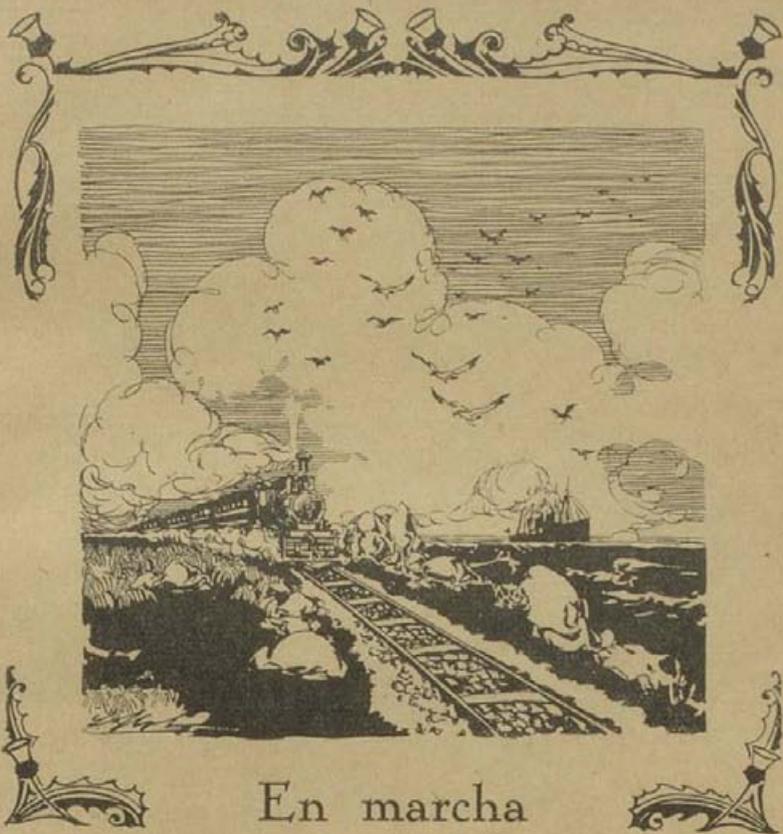
Tal es CAMPO LABRADO. Pensé que cada página era un surco abierto y arrojé, en cada una, como quien siembra, la semilla de una idea. ¡Ojalá encuentren fértil la tierra y logrés pródiga cosecha!



## Campo Labrado

“Despierta el alma sana de la finca  
el conjuro del sol que se levanta,  
y la calandria impenitente canta  
y el recental infatigable brinca.”





## En marcha

LA locomotora, cuya caldera convierte el agua en vapor, no quedará en el mismo sitio: espera la señal de partida para alejarse. Recorrerá largas distancias, llegará a otras ciudades.

El navío, prisionero del puerto, soltará sus amarras: aguas lejanas cortará su quilla y en muchos puertos lo verán llegar y luego partir.

Vi un pajarito revolotear sobre unas ramas; fué en seguida. Tomó la hojita tierna o la ramita seca y tendió su vuelo.

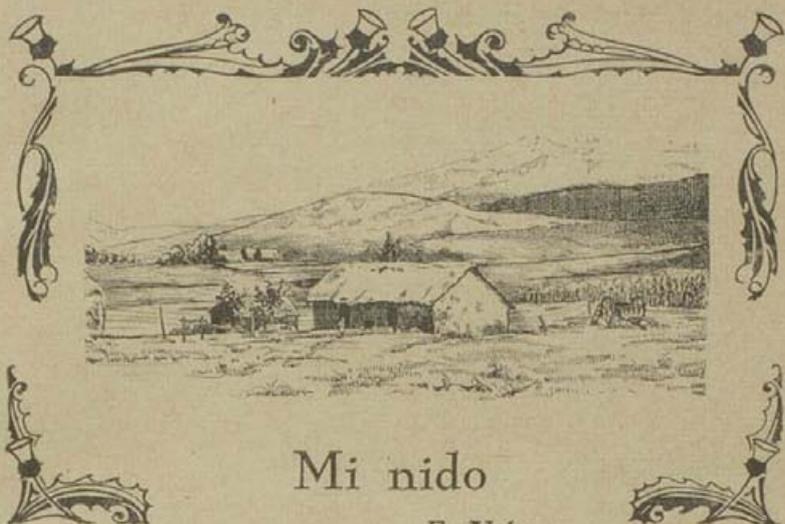
Hace algún tiempo una semilla cubrí de tierra. ¿Aún será un oscuro grano? Tal vez no. Tal vez sea un pequeño tallo y unas hojitas. Dentro de poco, será una hermosa planta.

¿Y mi hermanito? ¡Qué lindo está! El año anterior apenas daba unos pasos. Y ahora corre muy seguro de sus piecitos.

Veo que todo cambia, que todo adelanta: nada se detiene.

¡Escuela querida! Ábreme tus puertas que yo también quiero estar en marcha.





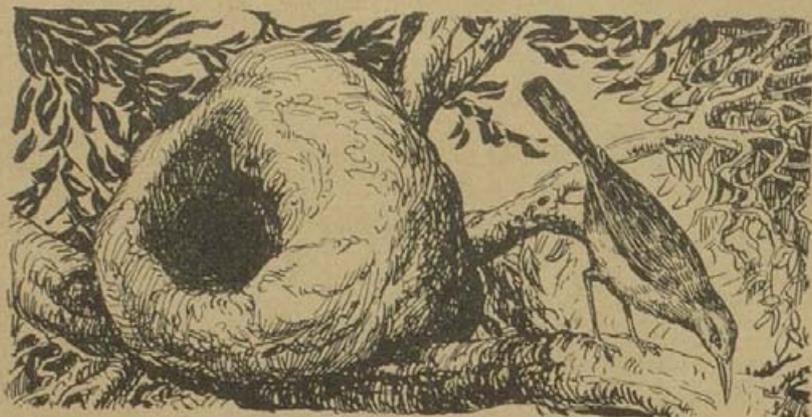
## Mi nido

E. Nelson.

RANCHITO que te alzas  
bajo el verde tala;  
ranchito que duermes  
de la acequia al ruido;  
ranchito de gruesas  
paredes de adobe  
que el tiempo respeta:  
tu fuiste mi nido.

Como amasa en barro  
el hábil hornero  
un cómodo albergue  
para sus hijitos,  
te amasó mi padre,  
rancho de totoras,  
cuando vine al mundo,  
para darme abrigo.

Cuando pequenuelo  
me guardó mi cuna,  
como el tibio huevo  
de los pajarillos:  
y el calor más dulce  
me lo dió mi madre  
al darme alimento  
con su cuerpo mismo.



Por eso no importa  
si de ti me alejo;  
tu memoria siempre  
vivirá conmigo;  
no así, caro rancho,  
el pájaro errante  
que cuando alza el vuelo  
olvida su nido.



## Campo labrado

**A**YER era una extensión llana, estéril, cubierta de maleza. Las sabandijas hallaban protector escondite.

Hoy, la maleza ha desaparecido. Pasó la cuchilla del arado.

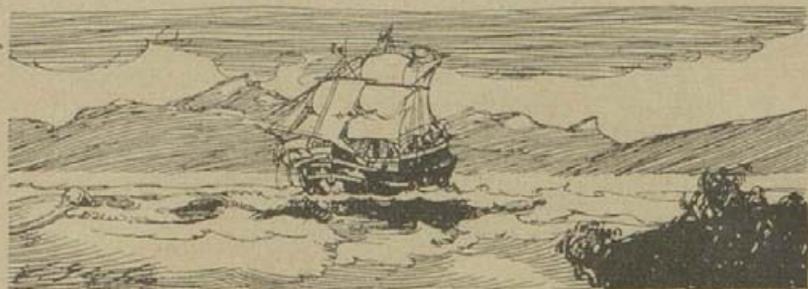
La tierra, estriada, mostró al sol sus fecundos terrones.

El labrador esparció la semilla de planta generosa.

A la fresca sombra de unos paraísos, levanta su techo la sencilla casa del que siembra. Una mujer fuerte es la animosa madre de niños de caras sonrosadas. Cuando ríen ellos, todo el campo parece inundarse de alegría.

Vendrá la mies. Las doradas espigas traerán el saludo de días mejores.

¡Felices los pueblos cuyos campos desgarran la cuchilla del arado!



## Un nombre injusto

**P**OR el agitado mar de la Patagonia navegan los barcos de Magallanes.

Dos marineros conversan en la proa de la nave capitana.

— Mira qué costas desiertas. De nada servirá el descubrimiento de estas tierras a nuestro Rey.

— Así pienso yo. Debiéramos decírselo al Capitán.

— ¡Decírselo! Ya se le dijo y parecía volverse loco.

— Pues tirémosle al agua y que a nado encuentre el paso.

El diálogo se interrumpe ¿Qué ven a la distancia?

En la costa unos seres extraños caminan verticalmente como los hombres.

Tienen, más o menos, un metro de altura y hay centenares de ellos.

¿Serán enanos? ¿Serán niños?

Los marineros dan la noticia y todos los tripulantes se asoman a bordo por estribor.

Luego ven mejor. No son hombres, no son niños.

Bajaron a tierra. Los enanos no temen.

Se acercan y miran con curiosidad a los visitantes.

Se mueven ceremoniosamente sobre sus dos pies.

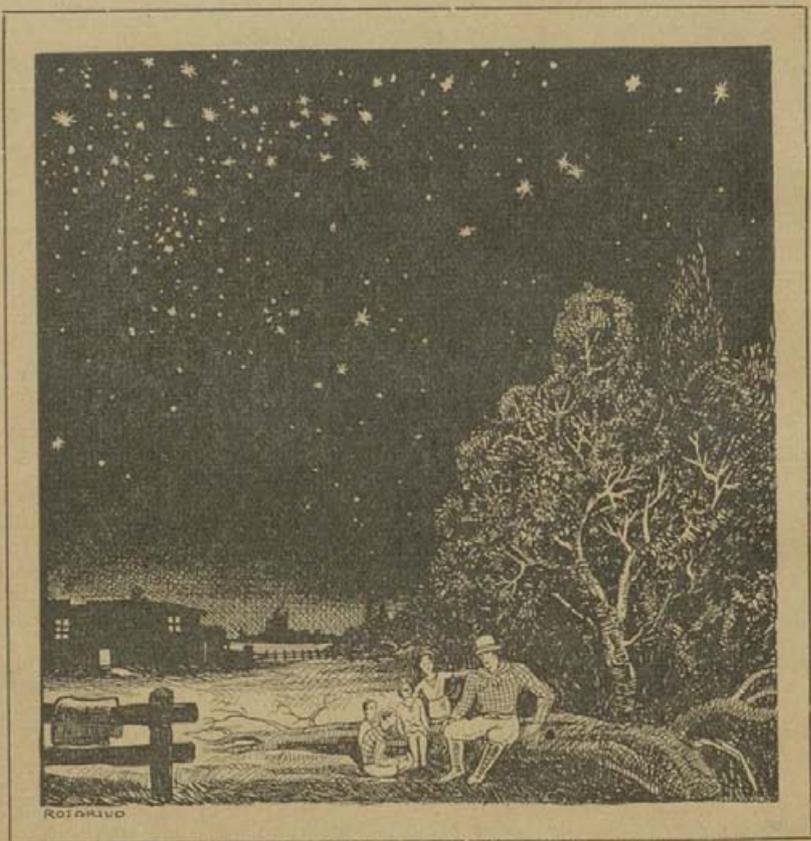
Los echan, los castigan, aprisionan algunos y otros huyen apoyando las alas en el suelo. Y, así, como si tuvieran cuatro patas, corren hacia el mar.

— ¡Estos pájaros son bobos! No saben volar — exclaman.

¡Pájaros bobos! Y el nombre quedó.

Reparemos la injusticia de ese nombre. Digamos nosotros que, si sus alas no sirven para el vuelo, en cambio son muy útiles para remar. Los pájaros bobos o pingüinos son excelentes nadadores.





## Bajo el cielo estrellado

**E**L tronco caído de un viejo sauce, en el patio de la estancia, era el punto de reunión de todos los niños.

En él se sentaba don Braulio después de la ce-

na. ¡Y cuántas cosas útiles aprendimos de sus palabras!

Bajo el cielo estrellado de nuestra pampa, en las noches de verano, sus narraciones nos llevaban a países distantes y asistíamos a escenas extraordinarias.

Había viajado mucho. El cambio de lugar le exigió, también, el cambio de oficio.

Pero ¿quién era don Braulio?

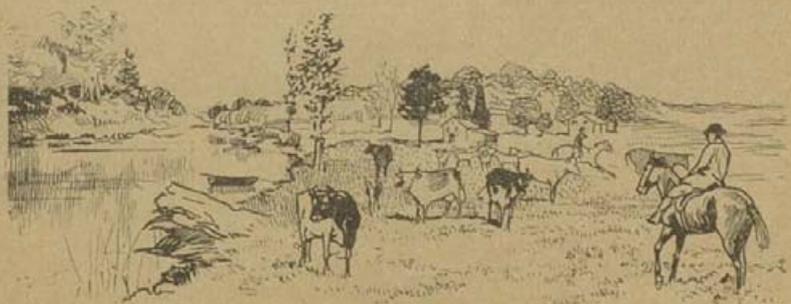
Para nosotros fué siempre un hombre misterioso. No le conocíamos familia; no sabíamos si era pobre o rico.

Su rostro, quemado por el aire y el sol, tenía el atractivo de la bondad.

Todos buscaban su compañía; él prefería la nuestra.

¿Por qué amaría tanto a los niños? ¿No tendría hijos? ¿Seríamos toda su familia?

Nosotros nos acordamos siempre de él con ese cariño imborrable que inspiran los hombres buenos.





## La siembra

Luis Franco.

**E**n el tala, un murmullo cristalino y de prisa.  
Son los tordos, "curitas" que están "diciendo  
misa".

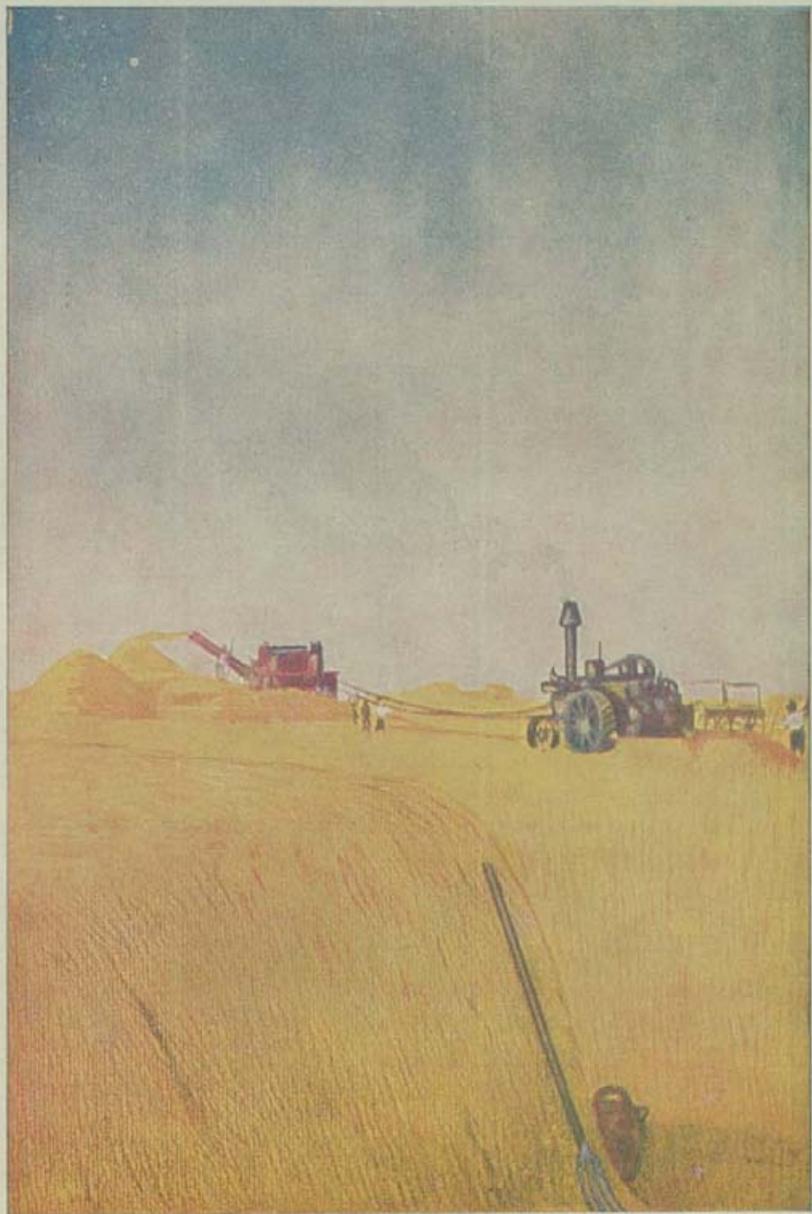
El sembrador derrama su trigo... ¿Hay además  
más hondo y ancho que éste del creador del pan?

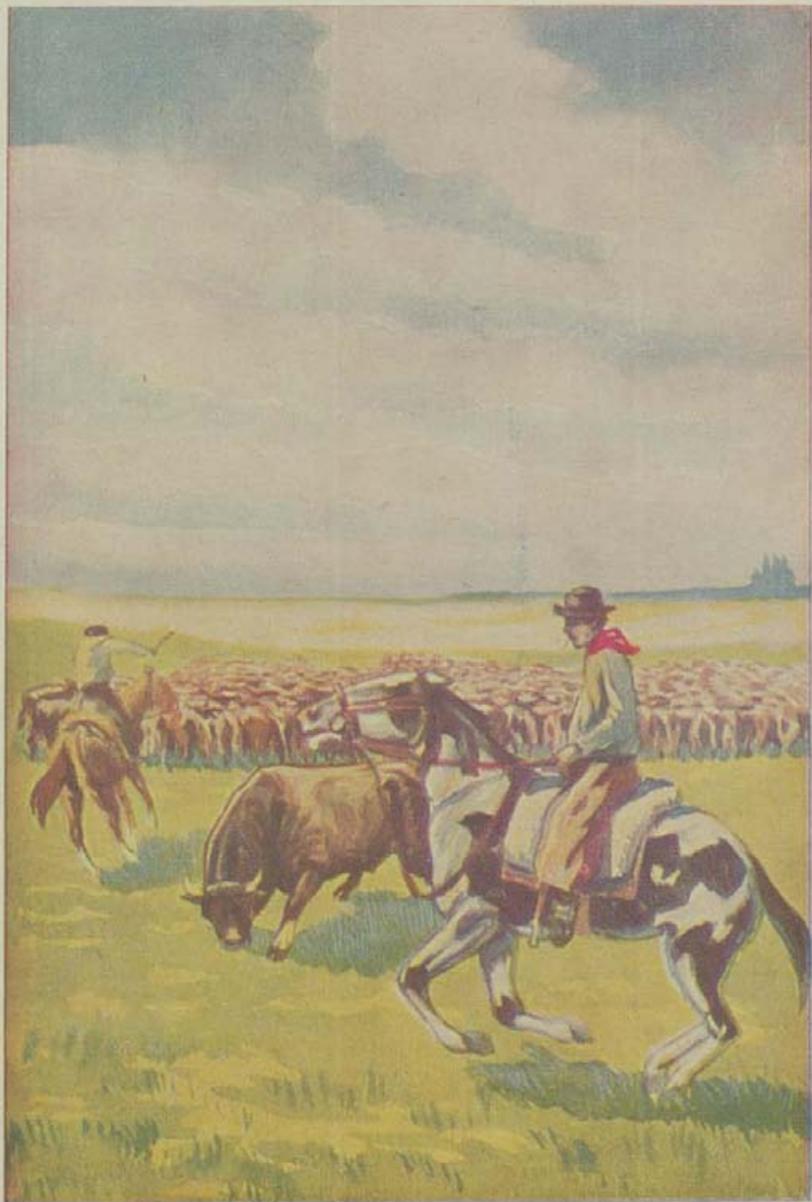
Es el gesto más puro con que se honra una mano.  
El del que lucha o escribe por la gloria, aún es vano.

En el surco la reja brilla al sol, con la honrada  
limpieza que no tiene ni la más alta espada.

En ojos del cielo, halle gracia la tierra amiga,  
y cien granos por uno devolverá en la espiga.

El sol ya cuida de ella, sublime jornalero;  
el sol más laborioso que el fuego del herrero.





## Manos ásperas

M. F. Juncos.

LAS manos venerad, recias y oscuras,  
de las gentes que habitan en los campos.  
Ellas conducen al hogar las vacas,  
al través de las selvas y los pastos.

Ellas cosechan la dorada espiga,  
que el pan produce, nutritivo y blanco,  
y el fruto de la vid que nos da el vino,  
y el café de perfume delicado.

Sobre el fecundo seno de la tierra  
que recoge el sudor del rostro honrado,  
cultivando el fruto que nos nutre  
alto ejemplo nos dan con su trabajo.

Del hombre allí se fortalece el cuerpo  
y se temple el espíritu. El Estado  
recluta allí guerreros valerosos,  
jueces, artistas, profesores, sabios:

Que espada, pluma, cítara y paleta  
lucen también en las oscuras manos  
que tuesta el sol en la feraz campiña,  
y encallece y deforma el rudo arado.





## La isla imaginaria

AQUELLA noche la cena había concluido temprano. Cuando salimos, don Braulio nos esperaba en el tronco del viejo sauce.

Corrimos a su encuentro.

— Cuéntenos algo, don Braulio.

— ¿Qué les puedo contar? — nos dijo y acompañó su palabra con su habitual sonrisa.

Yo había leído la extraña historia de aquellos marinos que tomaron por isla una ballena, y sobre ese asunto le interrogué.

— Yo no sé nada de esas falsas historietas — me repuso.

— Pero sí lo leí en un libro, don Braulio. Desembarcaron sobre el lomo de la ballena, hicieron

fuego y, cuando el animal sintió el calor, se sumergió, dándoles a todos un buen baño.

Mis amiguitos se desternillaron de risa por el chasco de los marinos. Don Braulio esperó que cesara la risa.

—Creo que ustedes son chicos que saben razonar y será fácil demostrarles el error. ¿Cómo confundir el lomo del animal con el suelo de una isla? Además, la respiración del cetáceo no es desconocida por ningún hombre de mar.

Era imposible sostener la veracidad de mi relato. Sin embargo, como una explicación de las fábulas que había leído, le pregunté: —¿Tampoco es cierto que las ballenas se tragan enteros a los naufragos?

—Otra leyenda. La ballena, a pesar de su grandor, no traga sino pequeños peces; es muy estrecho su garrate. En otros tiempos se creyó posible la vida de un hombre en su estómago. Algunas fábulas, aún de la época de Colón, hablaban de barcos tragados por monstruos del mar.

—Por eso temían viajar lejos de la costa —dijo Eduardo.

—Claro, la ignorancia hacía creer muchas cosas falsas... Existe un animal parecido a la ballena, el cachalote, que puede engullirse un tiburón; podría también tragar a un hombre. Pero la ballena no ofrece ese peligro.

—¿Es inofensiva?

—Según tenga necesidad de defenderse o no. Ahora les voy a contar lo que me ocurrió en la pesca de una de ellas.

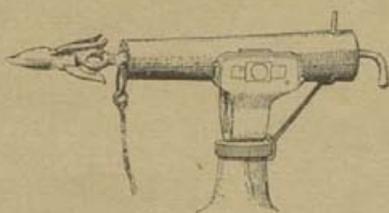


## La pesca de la ballena

Cuando nos dieron la noticia de haberse visto ballenas cercanas a la costa, hicimos rápidamente los preparativos de viaje.

Yo era en esa época tripulante de un ballenero patagónico.

Nuestro barco contaba con lo necesario para la empresa. Su torrecita para el vigía, hombre práctico en descubrir las ballenas, lo que es algo difícil, y su cañoncito para disparar los arpones granadas.



Zarpamos sin demora.

El vigía confirmó la noticia. Después de varias horas de navegación, hallamos una. La vimos, más o menos, a dos mil metros de distancia.



Le dimos alcance. El chorro de vapor, no de agua, como creen algunos, despedido por las dos aberturas de su nariz, denunciaba su ubicación.

En momento propicio, el arponero hizo funcionar el cañoncito. Pero ¡qué sorpresa desagradable! Estaba descompuesto.

¿Cómo abandonar tan importante pesca? Aunque no era de las mayores, ofrecía una pingüe ganancia.

— ¡Al uso antiguo! — grité — ¡ Al agua los botes!

Así se hizo. Tres botes se acercaron con prontitud al mamífero.

Yo llevaba en la mano el arpón, una especie de lanza atada a una larga cuerda.

Nos acercamos más aún. La ballena daba fuertes resoplidos.

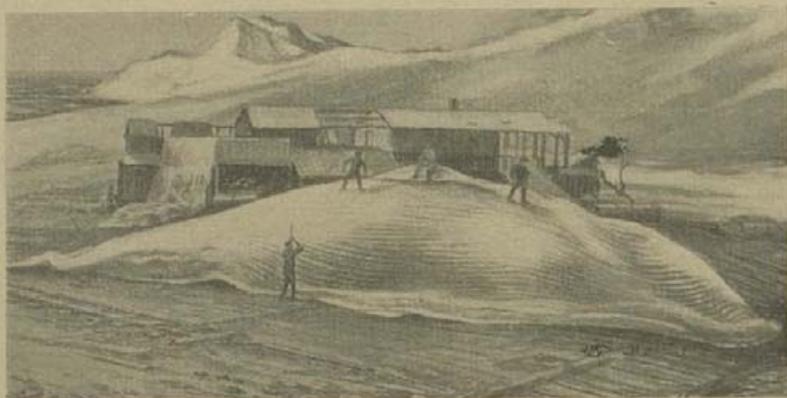
El cuadro era impresionante.

Me levanté para tirar. Alcé el brazo y con todas mis fuerzas, le arrojé el arpón.

¡Demonio de ballena! Al sentirse herida, se vino hacia nosotros y de un formidable coletazo partió la quilla del bote.

Milagrosamente nos salvamos. Los compañeros de otro bote nos recogieron. También salvamos la cuerda que aseguraba la pesca.

El susto fué tremendo, chicos — terminó diciendo don Braulio — pero nuestro arrojo halló su recompensa: además de sus barbas, veinticinco barriles de aceite obtuvimos de su cuerpo.



Comienzo de la faena



## Breve historia

No tenía Juan Andrés, cuando empezó su vida de trabajo, otros recursos que su sueldo, ni otros bienes que su voluntad y su virtud.

Era optimista y creía en un venturoso porvenir, como premio a sus afanes.

Y, en efecto, diez años más tarde lo hallamos en su alegre casita.

Es suya; él la ha ganado. Y nada satisface tanto como lo que salió de nuestras manos laboriosas. Por eso la habita con cariño y placer.

Se esmera por su mejoramiento. Ved las flores que adornan la ventana, expresión de su bienestar. Ved sus dos hijos que marchan animosos hacia la escuela, sanos, sonrientes y aseados.

¿Se creerá acaso, que Juan Andrés fué un favorecido de la suerte?

No. Hubo en su hogar días amargos de enfermedades, de escasez, de forzada holganza. Pero para vencer tan graves percances, hubo también, una hacendosa compañera, una voluntad firme, un espíritu superior de economía y bien gastar que puso, a él y a los suyos, a cubierto de todo mal.



## Despierta

Gastón Figueira.

**D**ESPIERTA:  
Abre tus ojos  
a la luz de la mañana.  
El sol, desde hace dos horas,  
juguetea en tu ventana.

En la granja, el labrador  
unce al arado los bueyes,  
y al trabajo los conduce  
entonando un canto alegre.

Su mujer está ordeñando  
la leche para los niños.  
Suena en el corral la orquesta  
que dirige el gallo altivo.

El cielo está despejado.  
Tan sólo allá, en el oriente,  
aún se ve el lecho de rosas  
que abandonó el sol naciente.

Despierta:  
Abre tus ojos  
a la luz de la mañana.  
Ve al campo. Trabaja y juega.  
Es la vida que te llama.

## Usted no se mueve de aquí

Los primeros años de la fundación de Buenos Aires, fueron de dura prueba para sus habitantes.

Estas tierras del Plata carecían de minas; la prosperidad sería el fruto de muchos años de trabajo.

El indio y la miseria eran los dos enemigos de aquella aldea. Algunos detalles nos revelan sus aflicciones.

Cierta vez, allá por el año 1590, el herrero más hábil de los tres que tenía la población, quiso emigrar. Estaba harto de sufrir privaciones, que era de lo único que todos se hartaban.



Juan de Garay

Este herrero era el encargado de reparar las armas averiadas. Si éstas no se reparaban, quedarían a merced del indio.

La ida del herrero era, pues, un asunto grave. Se reúne el Cabildo para tratar la cuestión y resuelve... prohibir la salida del obrero.

—Tengo permiso del Rey para retirarme cuando me plazca —alegó el herrero.

Y le contestaron más o menos, de esta manera:

—Mucho respeto nos merece la voluntad de nuestro Rey, pero muy grande es, también, la necesidad de vuestros servicios.

Lo mismo aconteció con el vecino Miranda, barbero, sangrador y sacamuélas. A pesar de sus tres oficios, no ganaba para vivir. Quiso irse.



Era un vecino tres veces útil; no se podía prescindir de sus servicios. Nuevamente el Cabildo se opone y repite la orden:

—Usted no se mueve de aquí.

Para conformarle, se le benefició con una colecta.

Sin duda, no lograría mucho dinero porque éste escaseaba, los productos servían de intercambio. En tal sentido, parece que la gallina gorda era moneda muy apreciada.

Aquellos hombres merecen nuestra gratitud.

El monumento a Juan de Garay, levantado en su gran ciudad, simboliza nuestro homenaje a todos los héroes de la colonización.

## La nariz y los ojos

Rafael Pombo.

**P**ÚSOSE la nariz mal humorada  
y dijo a los dos ojos:  
“Ya me tienen ustedes jorobada  
cargando los anteojos.  
Para mí no se han hecho. Que los sude  
el que por ellos mira”  
y diciendo y haciendo se sacude  
y a la calle los tira.  
Su dueño sigue andando, y como es miope  
da un tropezón y cae,  
y la nariz aplástase... .. y del tope  
a los ojos sustrae.

Sirviendo a los demás frecuentemente  
Se sirve uno a sí mismo;  
Y siempre cuesta caro el imprudente  
y bárbaro egoísmo.



# Aves de laguna

Enrique Larreta.

**A**L llegar a la laguna, comenzaron los teros a lanzar su odioso grito de alerta.

Levantáronse, con pesado vuelo, algunas garzas, una en pos de otra, como en las sederías chinecas. Al mismo tiempo, semejando flores que enseñan manchas rojas al abrirse, silenciosos flamencos



rosados subieron también en el aire y huyeron hacia otras lagunas.

Los cisnes de cuello fúnebre iban y venían recelosos entre los islotes, mientras los cenicientos chajás que hundían en el barro de la orilla sus patas granuladas y coloradas, como junco recubierto de huevos de caracol, contestaban a los teros con gritos más desapacibles, más ásperos.

Los chajás alzaron el vuelo en inmensa bandada; las gallaretas, las negras gallaretas de carne asquerosa y muchísimos patos, volaron a ras del agua, produciendo un rumor de risa lúgubre.



## La utilidad del buen ejemplo

**Q**UERIDA sobrinita:

Tu carta, la que yo creía extraviada, pues me parecía imposible que mi Inesita demorase tanto en escribirme, llegó esta mañana.

Imagínate mi alegría al enterarme de tan gratas noticias sobre tu comportamiento en la escuela.

Estás en lo cierto; es conveniente cultivar amistad con las compañeritas atentas y de buenas cualidades. En cuanto a las de conducta poco satisfactoria, apruebo tu propósito de mantener discretas relaciones; y esto, sin desairarlas, para evitarles mortificaciones, y con la intención de que se corrijan observando el buen ejemplo de ustedes.

Yo creo que así sucederá y todas serán dignas del aprecio de sus maestras y condiscípulas.

Me viene a la memoria la conocida fábula de la manzanita que se mezcló con las manzanas finas.

Sin duda, te la habré contado alguna vez, pero es oportuno repetirla.

Una manzana "cara sucia" vió próxima una cesta de manzanas deliciosas que emanaban un grato aroma. Dió un saltito y se confundió con ellas.

Poco después, su cáscara también tenía el mismo aroma.

— Venid — dijo a sus anteriores compañeras — si queréis mejorar de condición.

Y se refiere que ninguna desoyó su llamado.

Lo mismo ocurrirá en tu escuela. Una sola corregida, indicará a las demás el camino del perfeccionamiento.

¡Ah! Me olvidaba de que sólo son de tu agrado las cartas breves.

Mis buenos augurios y un abrazo de tu tía.

Leonor.



Buenos días, su Señoría



Iluminación de la Municipalidad

## L a P l a t a

Un museo interesante.

CUANDO salimos de la espaciosa estación del ferrocarril, nos encontramos ante varias calles. Cada una parecía invitarnos a conocerla.

Tomamos la diagonal. Lleva el número siete.

Tranvías, ómnibus y coches me demostraron el activo movimiento de la ciudad. En las calles apartadas del centro reina una calma relativa, tan agradable para el sosiego de las casas.

Mientras corre el automóvil, observamos en distintas calles algunos edificios notables, como el de la Casa de Gobierno, Palacio Municipal, Dirección General de Escuelas, etcétera.

La Plata es una ciudad moderna y no tiene el aspecto colonial de otras ciudades argentinas. Fue fundada en el año 1882 por D. Dardo Rocha, a fin

de que fuera la capital de la provincia, en reemplazo de Buenos Aires, que se declaró distrito federal.

Luego nos dirigimos al Museo de Historia Natural. Un hermoso paseo lo circunda: el Bosque.

El Museo ocupa un edificio que agrada por su sencillez y elegancia.

Entramos. ¡Cómo mencionar lo que vi en él, lleno de asombro! Allí tiene la ciencia, el saber de los hombres, el mejor pedestal.

Vastas salas con vitrinas de variado tamaño. Grandes esqueletos reconstruidos de animales raros que vivieron hace miles o millones de años en nuestro territorio; caparazones de armadillos o mulitas gigantes; reptiles enormes; en fin, todo un mundo completamente extraño para nosotros.

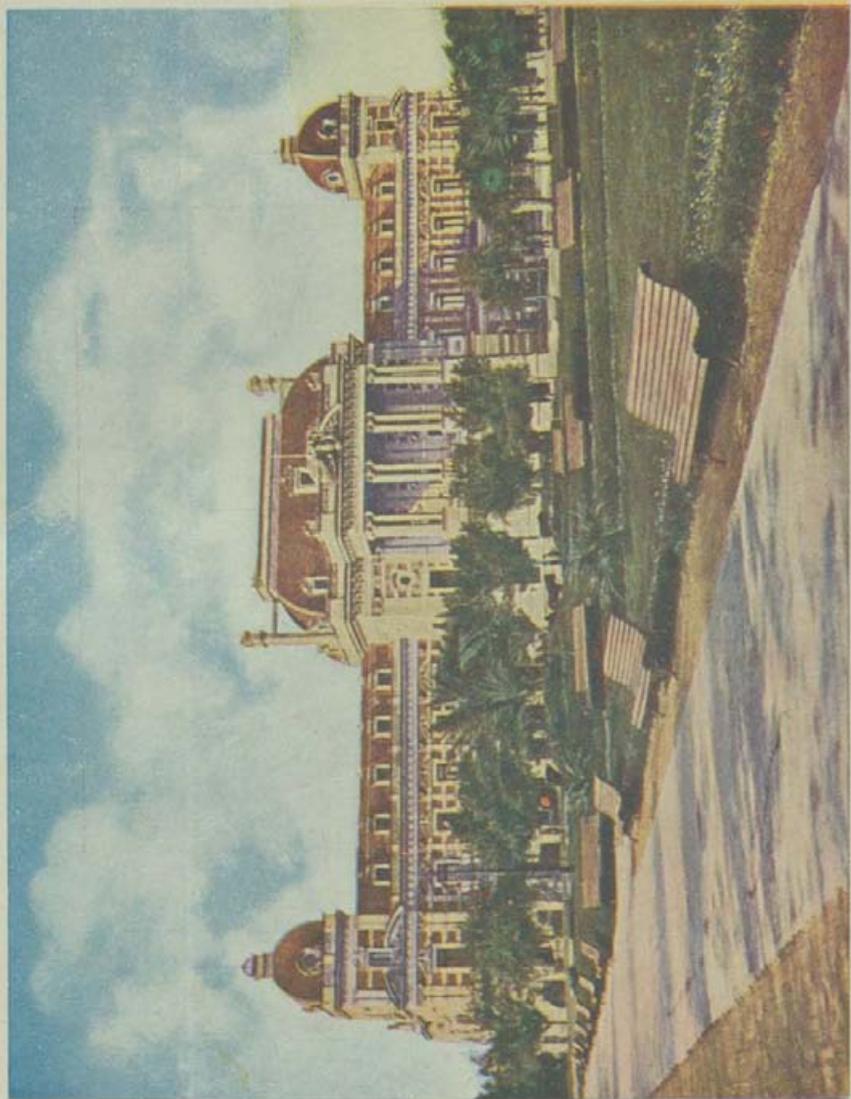
Vi, también, el esqueleto de una ballena.

En otras secciones pude observar utensilios y obras de las industrias aborígenes y láminas que reproducen escenas de la vida de los indios.

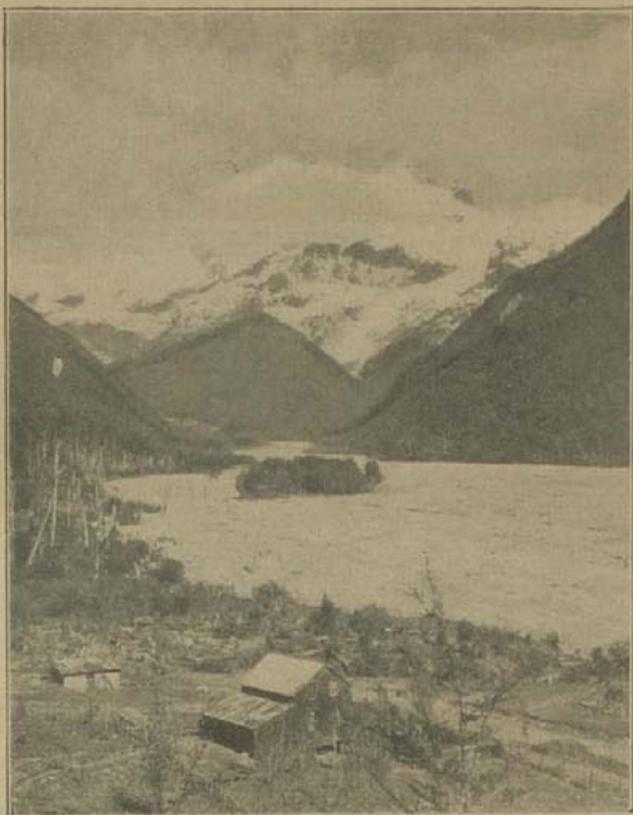
Con razón se ha dicho que este Museo es un timbre de honor para la República Argentina.



El Museo







## El volcán

L. Garra.

.....**L**A columna de humo parecía aumentar y los ruidos subterráneos se dejaban oír más fuertes.

Un día me desperté sobresaltado por violentísimas sacudidas que hacían temblar el suelo en tal forma que apenas pude ponerme de pie.

El impulso de huir volvió a apoderarse de mí angustiosamente, pero otra vez comprendí que ello era imposible.

La tierra estaba llena de grietas por todas partes. La columna de humo y de vapor que surgía del volcán alcanzaba proporciones colosales. Largas lenguas de fuego le daban un siniestro color rojizo.

Sentado junto a mi carpa pasaba horas enteras contemplando el cráter que ardía. La lluvia de cenizas aumentó, y, aunque el fuerte viento la barría, toda la extensión nevada se cubrió de una capa gris que daba un extraño aspecto al paisaje.

Algunos días después, el volcán entró en el período de su erupción máxima.

Fué algo realmente terrible que llenó mi espíritu de pavor ante lo extraordinario.

La columna de humo densísimo, como impulsada por fuerzas sobrenaturales, se extendió rápidamente por toda la atmósfera, haciendo oscurecer en tal forma que me pareció haber sido sumergido en una noche repentina.

El aire se hizo tan irrespirable, con fuerte olor a azufre, que por momentos creía asfixiarme. Los truenos se sucedían de un modo aterrador y, de tanto en tanto, alcanzaba a ver largos y violentos relámpagos, que debían partir del cráter y rompían con fulgores siniestros la oscuridad del ambiente.

Formidables llamas surgían iluminando el penacho gigantesco. Y como traída a propósito para engrandecer el cuadro, la aurora austral apareció como una visión fantástica.



## El vuelo de las aves

— **C**OMPRENDO, papá, que una hoja de papel se eleva. Es liviana y puede una corriente de aire sostenerla un momento. ¿Pero cómo vuelan las aves, algunas tan pesadas como el cóndor, y toman el rumbo que desean?

— Tu primera observación te aclara el problema. Vamos a cuentas. ¿Por qué la hoja de papel permanece en el aire y va donde éste la impulsa?

— Te lo dije; porque es liviana.

— Si esa misma hoja la sueltas de tus manos en el interior de una habitación, ¿qué sucederá?



— Se cae en seguida, papá, por ser más pesada que el aire y faltarle su corriente.

— Entonces, reflexiona: el papel, más pesado, sin corriente cae; con ella, vuela. En consecuencia, un cuerpo más pesado que el aire, papel o ave, puede volar.

— Está bien, papá; pero te olvidas de que el ave vuela sin la corriente. Un pájaro se escapa volando de una habitación.

— Alto ahí, caballero; el olvidadizo eres tú. ¿Dónde dejas las alas? Ellas son los órganos del vuelo, destinados a producir la corriente de aire. Cuando el ave quiere volar, fabrica para sí una corriente batiendo sus alas. Eso es todo el secreto.

— ¿Y cómo se orienta?

— Las alas mismas o la cola, dan el rumbo según su posición. Ahora en cuanto al vuelo, unas lo realizan con facilidad; otras, dificultosamente; algunas no vuelan. Depende de la relación de las alas con el peso.

— Ahora sí, papá, veo claro en este asunto.

— El estudio, hijo mío, te dará luz en muchos asuntos que hoy no los comprendes.



## El cohete

Salvador Rueda.

LANZÓSE audaz a la extensión sombría,  
y era, al hender el céfiro sonante,  
un surtidor de fuego palpitante  
que en las ondas del aire se envolvía.

Viva su luz como la luz del día,  
resplandeció en los cielos fulgurante,  
cuando la luna en el azul radiante  
como rosa de nieve se entreabría.

Perdióse luego su esplendor rojizo;  
siguió fugaz, cual rauda meteoro,  
y al fin surgió como candente rizo.

Paró de pronto su silbar sonoro;  
y, tronando potente, se deshizo  
en un raudal de lágrimas de oro.



## La conquista del aire

UNA antigua leyenda nos refiere el primer ensayo de vuelo humano.

Según ella, padre e hijo fabricaron alas con plumas de aves; luego, las adhirieron con cera a sus espaldas.

El hijo, Icaro, no tenía la virtud de la obediencia. Desoyó el consejo paterno y acercóse demasiado al sol. El calor le derritió la cera y desprendidas las alas, el novel aviador cayó al mar.

Recordamos la leyenda para demostrar que el vuelo ha sido una vieja aspiración del hombre. ¡Cuántas veces tuvo que declararse vencido ante una montaña, un río o cualquier otra valla de la naturaleza!

Y el pajarillo, pequeño y débil, realizaba con facilidad lo que era imposible para el amo del mundo.

Se empeñó en la conquista de la atmósfera. Estudió el movimiento aéreo de las aves, hasta descubrir el secreto de su vuelo.

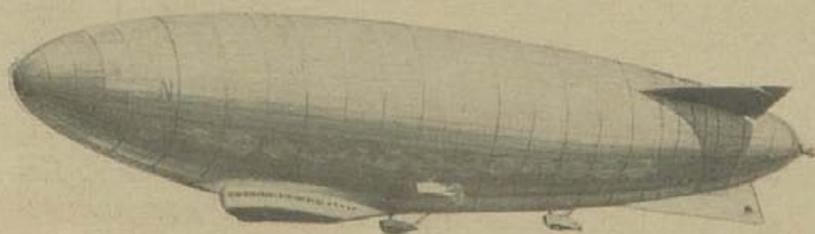
Aclarado el misterio, pensó fabricarse un pájaro gigantesco y cabalgar en él.

¿Cómo funcionaría el monstruo de los aires? Un par de alas, o dos, para sostenerse. La hélice, al girar vertiginosamente, gracias a un motor, daría la corriente aérea. El timón de cola, el rumbo. Así lo hizo. ¡Así triunfó!

El desarrollo de la conquista fué lento.

Los paracaídas y los globos cautivos o sin dirección, significaron el primer paso. Los globos di-





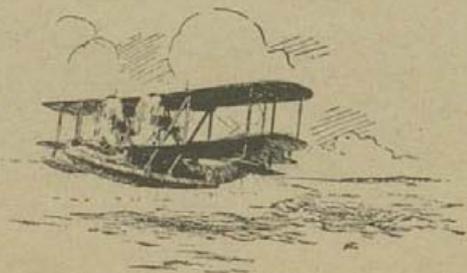
rigibles, una victoria. El aeroplano, el triunfo completo.

Ya no queda más que la tarea interminable del perfeccionamiento.

Hoy el hombre vuela y hace piruetas en el aire; esto es, juega como los pajarillos que antes envidiaba.

Vuela más alto que el cóndor; atraviesa las cordilleras más imponentes; cruza los océanos; no lo detienen las arenas del desierto ni los hielos del polo.

Pero la tragedia de Icaro dió un terrible vaticinio: tan preciosa conquista le demandaría grandes sacrificios, e innumerables héroes han sucumbido en pos de este viejo ideal de la ciencia y del progreso.





## Tristeza otoñal

María Amalia Zamora.

**F**LOTA un viento glacial en las lomadas,  
precursor de las nieblas y el hastío;  
y, ateridas las alas con el frío,  
van las aves en tímidas bandadas.

Ya las ramas del lila están heladas  
y, ¡cuán lejos las rosas del estío!  
Ya no murmura su canción el río.  
Ya se acercan las pálidas nevadas....

Ya se torna la noche tenebrosa  
y más triste la luz del nuevo día.  
Cuando llega la tarde silenciosa  
no escucho ni siquiera una armonía....  
¡Y está muerta la grácil mariposa,  
que en el jardín revolotear solía!



## Doma fracasada

R. Güiraldes.

**H**ORACIO tomó el potrillo de la oreja y le dió unos zamarreones.

— Cuando quieras — me dijo.

Me acerqué, puse el pie en el estribo y subí, tratando de no despertar demasiado pronto las cosquillas del potrillo.

—Larguen— grité a los que lo sujetaban.

El potrillo no se movió. Delante mío adivinaba un cogote flacucho, ridículo, un poco torcido. Al mismo tiempo noté que mis manos sudaban y tuve miedo de no poderme afirmar en la rienda.

—¿Para cuándo?—preguntó detrás mío una voz.

Peor que un golpe, sentí el ridículo de mi espera y al azar le solté por la cabeza un rebencazo.

Experimenté un doloroso tirón en las rodillas y desapareció para mí toda noción de equilibrio. Para mal mío, eché el cuerpo hacia adelante y el segundo corcovo me fué anunciado por un golpe seco que me subió a todo el cuerpo con un sacudimiento.

Abrí grandes ojos previendo la caída y echéme esta vez para atrás, pues había visto el camino subir hacia mí, no encontrando ya con la mirada ni el cogote ni la cabeza del potrillo.

Otra y otra vez se repitieron los cimbronazos que parecían quererme despegar los huesos, pero sintiendo firmes las rodillas, volví a dar un rebencazo a mi potro.

Más y más sacudiones siguieron con prisa y las piernas se me acalambraron.

Una rodilla se me zafó de la grupa; me juzgué perdido. El recado desapareció debajo mío y quedó en el aire.

El golpe me castigó el hombro y una cadera con una violencia que me hizo perder los sentidos.

A duras penas alcancé a ponerme de pie.



## El agua

**I**MAGINEMOS a un fatigado caminante que viene recorriendo áspera senda. Vencido el cuerpo, reseca la boca, una ansia enloquecedora lo domina: ¡la sed!

De pronto, como en los cuentos de oriente, oye un suave murmurio. Y, cercano, brotando entre las piedras, descubre un chorro cristalino de agua pura.

Pensad en su inmenso regocijo.

Y ahora, decidme: ¿por qué tesoro cambiaría el sediento caminante ese hilo de agua del manantial?

La vida es imposible sin el agua.

Las plantas de regiones donde escasea, tienen una constitución distinta a las demás. Sus hojas suelen ser carnosas, como las de los cactus, y absorben el rocío y la humedad de la atmósfera.

El caso más curioso de esta lucha por el agua, lo brinda una planta provista de jarrillas para

recogerla. El pecíolo de sus hojas se ahueca al ensancharse; el limbo queda en la parte superior. Si llueve, se yerguen las jarrillas y reciben el agua; al aparecer el sol, el limbo cae sobre la boca del pecíolo, a manera de tapa, e impide la evaporación.

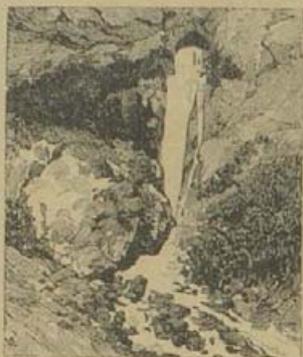
Los animales de regiones secas combaten la sed comiendo plantas jugosas. La naturaleza permite al camello hacer su provisión de agua para la penosa travesía; uno de sus estómagos hace las veces de aljibe.

Si el agua es la vida, también es el progreso. Las zonas más prósperas son aquellas que cuentan grandes ríos o costas dilatadas.

La República Argentina posee corrientes caudalosas. Un buen sistema de riego, dará fertilidad a las regiones improductivas.



Dique de San Roque



## Agua montuna

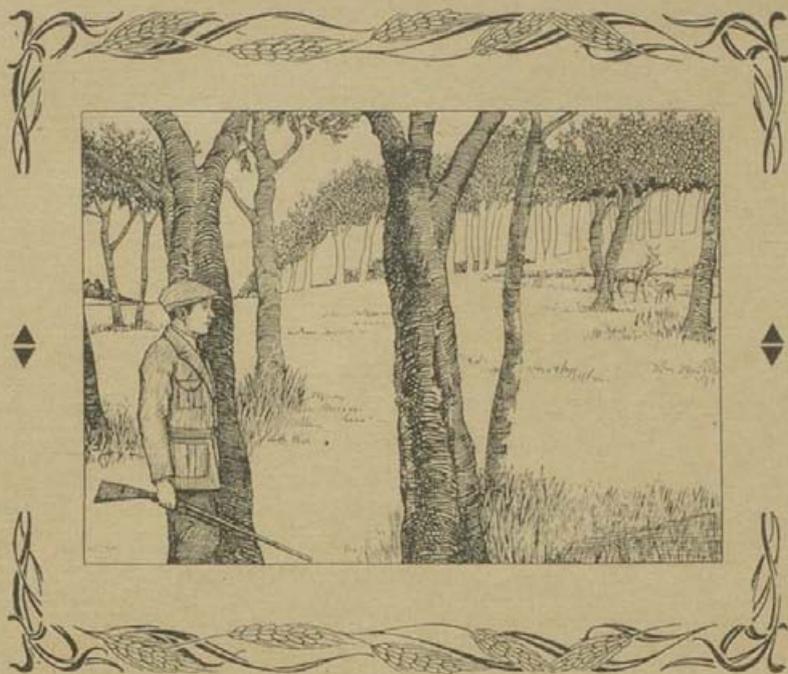
A. R. Bufano.

FRESCOS, cristalinos,  
de entré los guijarros  
blancos y parduscos,  
grises y morados  
surgen deliciosos  
los hilillos claros,  
y por una acequia  
se alejan cantando.

Desde lejos, la acequia parece  
que en el ojo enterrara su canto;  
mas de cerca, todo  
se trueca en sencillo milagro.

Son las finas hebras  
las que en borbollones menudos y diáfanos,  
surgen presurosas y constantemente  
de entre los guijarros

rojos y amarillos,  
celestes y pardos,  
y se van por la acequia tan linda  
hacia el valle profundo cantando.



## Cazador, detente

**E**L cariño de los padres por sus hijos es el sentimiento más fuerte de la naturaleza.

¿Qué sería de ellos, tan débiles, tan inexpertos sino existiera ese gran amor que los salva de todos los peligros?

Hasta en la misma selva ese sentimiento existe. Las fieras ofrecen escenas de ternura maternal que emocionan.

La leona cuida amorosamente sus cachorros.

La ferocidad de sus mandíbulas se aplaca cuando los levanta del suelo.

Honda simpatía despierta la elefanta, ese paquidermo de grotescas formas, si se la sorprende acompañada de su cría.

Diríase que lleva al hijo como de la mano cuando le toma la trompita con la suya y lo hace marchar a su lado. Si lo suelta, lo coloca adelante para que no le falte nunca su vigilancia. Si oye algún ruido extraño, una detonación, por ejemplo, ¡con cuánta prisa lo cubre con su cuerpo! Se olvida de sí misma para salvar la vida de su hijito.

Las focas dejan a los suyos sobre los bancos de hielo, y se van en procura de alimento.

Son miles las foquitas que esperan el regreso de sus padres; éstos no se equivocan y hallan siempre a las propias, aún habiendo mudado de sitio.

No sólo cuidan de su vida y de su alimento; es otra obligación la de distraerlos y jugar con ellos. La cola es el gran juguete que le obsequia la madre y horas enteras hace la delicias de sus pequeñuelos.

Cuenta un cazador que cierta vez descubrió, a orilla de un lago, una cierva con su cervato.

Preparó el arma. Apuntó. En el preciso instante de disparar, vió como la cierva lamía la cabeza de su pequeñuelo. Bajó el arma entonces, avergonzado de la acción que iba a cometer.

Detente, tú, también, cazador, en iguales circunstancias. Recuerda que ese sentimiento es el que mantiene, dulce y perdurable, el amor de tu hogar.



## La canción del bosque

Julia Bustos.

**H**oy cantaban los pinares  
una canción singular,  
eran voces misteriosas  
que jamás podré olvidar.

—Pino amigo, mi buen pino,  
Blanca Nieve ¿dónde está?

—Hoy pasó por el camino  
fatigada de llorar

—Mariposa, mariposa,  
Blanca Nieve ¿volverá?

—La *Envidia* la persigue,  
porque es linda por demás.

—Margarita, Margarita,

—Blanca Nieve ¿morirá?

—Los siete enanos del bosque  
más que bien la albergarán.



- Pajarillo, pajarillo,  
Blanca Nieve ¿ es libre ya ?  
La *Envidia* se ha enterado  
de que vive y vivirá.
- Arroyito, a Blanca Nieve,  
¿ qué noticia le darás ?
- La *Envidia* con engaños  
¡ Ay ! matarla intentará.
- Viento, viento, ¿ por qué gimes ?  
¿ Blanca Nieve, ha muerto ya ?
- La *Envidia*, la malvada,  
su designio cumplirá.
- Todo el bosque llora y tiembla  
como bajo un vendaval.
- Es que Blanca Nieve ha muerto  
y la llevan a enterrar.
- Estrellita voladora,  
¿ Ya no la veremos más ?



— Sé de un príncipe encantado  
que la va a desencantar.

— Iban los siete enanitos  
llorando a todo llorar,  
en una caja de plata  
la llevaban a enterrar.

De pronto llegó al galope  
el real príncipe Bondad,  
a su presencia vencido  
quedó el conjuro fatal.  
¡Cómo cantaron los pinos  
en su lengua familiar!  
¡Blanca Nieve ya está libre;  
Blanca Nieve es feliz ya!





## Una visita a Ameghino

Rodolfo Senet.

**M**i primera visita a Ameghino fué en 1900. Quería tener su aprobación o desaprobación en un trabajo mío.

Llegué cohibido, lleno de temor.

Trabajaba en ese momento en su escritorio, que era un zaguán habilitado como tal, gracias a la clausura de la puerta cancel. Salió a recibirme con su indumentaria de trabajo—un guardapolvo de brin que le llegaba a los talones—y después de mirarme de pies a cabeza, me preguntó qué quería.

Le di cuenta de mi trabajo y cuando se enteró de que se trataba de todo el reino animal, mientras yo hablaba, él meneaba la cabeza.

Yo tenía en la mano el pliego, y pidiéndomelo me dijo:

—Bueno, bueno, démelo. Ya lo veré.

Y en seguida agregó: Le mandaré por escrito una opinión sobre los mamíferos.

Había allí mamíferos, aves, reptiles, peces y, en fin, todos los invertebrados.

—Para decirle la verdad—añadió—no me quiero meter en camisas de once varas. Veré únicamente los mamíferos.

¿Cuántas varas mediría la camisa en que me había metido yo?

Como al mes me remitió el cuadro, naturalmente, lleno de enmiendas, acompañado de una carta en la que me decía que no me afligiera por los errores: que cualquier otro los habría cometido, desde que él solo era quien poseía los datos suficientes para confeccionar un cuadro más o menos exacto.

Esta conducta, sin duda, da una muestra del espíritu bondadoso y conciliador del sabio.





## El ruego del árbol

**A**CABAS de comerte una manzana. Esa fruta nació de mí; yo la formé con gran cariño.

Trabajaron en silencio y ocultas mis raíces; extrajeron de la tierra diversas substancias para enriquecer mi savia. Ésta

corrió por mi tronco, ramas y hojas.

La savia es mi sangre; con lo mejor de ella, formé mis flores.

¿Conoces mis flores? Son pequeñas, de suave aroma, pálidamente rosadas.

Cada flor se convirtió en la fruta que has comido. Redonda y sonrosada: prueba de mi salud.

Cuando te dicen carita de manzana, es porque

tu cara está llena y la sangre circula bajo tu piel, pura y en abundancia.

La manzanita te ha brindado una doble utilidad: el placer de su sabor y el alimento de su carne.

Tengo motivo para esperar tu agradecimiento.

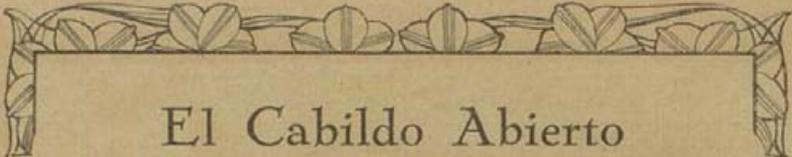
Habrás notado que esa manzanita guardaba en su interior algo semejante a un cofrecito con sus joyas. Es una cajita que protege mis semillas, verdaderas joyas para mí.

Sé bueno conmigo, ya que te hice un bien sin conocerte.

No las destruyas. Siémbrales. Ellas son las encargadas de propagar la vida de mi especie y seguirán dando placer y alimento.

Siémbrales, por deber de gratitud.





## El Cabildo Abierto

— ¡CABILDO Abierto! ¡Queremos Cabildo Abierto!  
— exigían los patriotas al virrey Cisneros.  
¿A qué daban ese nombre? ¿Por qué lo exigían?  
Vamos a explicar.

Las ciudades tenían entonces un gobierno para sí. Varias personas, unas designadas y otras elegidas, formaban una comisión. Esta comisión constituía el Cabildo, es decir, el gobierno municipal.

Cuando algún asunto grave preocupaba a la ciudad, el Cabildo llamaba a sus reuniones a los vecinos más distinguidos, cuya opinión pudiera ser útil. Y todos, reunidos en asamblea, estudiaban y resolvían el motivo de la citación.

Estas asambleas se llamaban Cabildos Abiertos, y aunque el voto popular no las elegía, llevaban por su número la voluntad del pueblo.

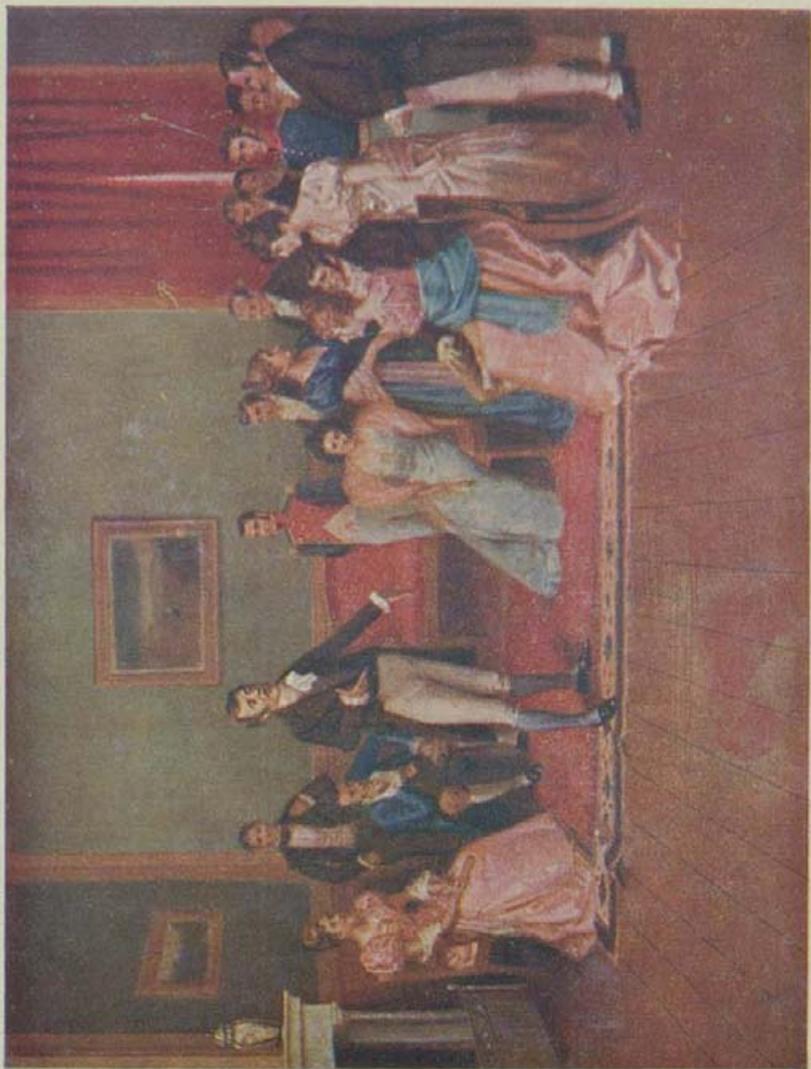
¡Y qué valientes fueron estos Cabildos Abiertos del virreinato del Río de la Plata!

El Cabildo Abierto del 14 de Agosto de 1807 le quitó la autoridad al virrey Sobremonte y nombró reemplazante a Liniers. Y esto sólo podía hacerlo el Rey de España.

El célebre Cabildo Abierto del 22 de Mayo destituyó a Cisneros y preparó la revolución libertadora.

Como se comprende, estos Cabildos Abiertos se hicieron revolucionarios y dieron a Buenos Aires la dirección política de todos los pueblos del virreinato.







Mariano Moreno

**E**L nombre de Mariano Moreno se une a la gloriosa revolución de Mayo. Fué este prócer quien comprendió desde su origen la importancia del gran acontecimiento.

No se trataba de reemplazar a Cisneros y se-

guir formando parte de España. El verdadero propósito era constituir una patria independiente.

Y tal propósito era una empresa difícilísima, llena de obstáculos, de grandes sacrificios para quienes la intentarían.

Moreno conocía el peligro. "No hay situación tan grave para los pueblos como la del momento de su libertad". Y al mencionar la obra que debían realizar los patriotas, agregaba que sólo las virtudes darían buen éxito a sus esperanzas.

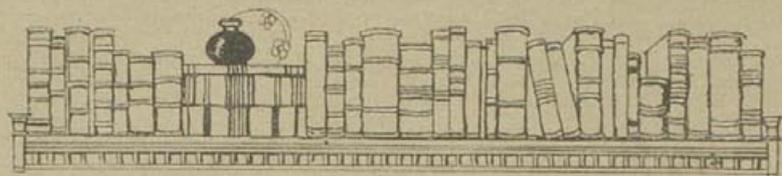
"Es necesario —decía Moreno— trabajar mucho, destruir los abusos y la corrupción del gobierno, curar los males que nos afligen; procurar que todos los ciudadanos se interesen por el país; educar al pueblo..."

Inspirado en esas ideas, acepta el cargo de Secretario de la Junta del 25 de Mayo.

Para cumplirlas, sabe que perderá su dicha: —"Un hombre justo que esté al frente del gobierno será tal vez una víctima. El sosiego que he disfrutado hasta aquí con mi familia y mis libros, será interrumpido."

"Pero nada de esto me detiene. Si mi persona es necesaria, yo no puedo negar a mi patria el sacrificio de mi tranquilidad individual, de mis tareas, de mi fortuna y aun de mi vida."





## Los libros

Petrarca.

TENGO amigos cuya sociedad me es muy agradable. Son de todas las edades y de todos los países. Se han distinguido, a la vez, sobre el campo de batalla y en el silencio del gabinete. Han obtenido grandes honores por su conocimiento de las ciencias.

Es fácil llegar a ellos, porque siempre están a mi servicio y les admito a mi lado, o los despido cuando me place.

Jamás son inoportunos y responden a todas mis preguntas inmediatamente.

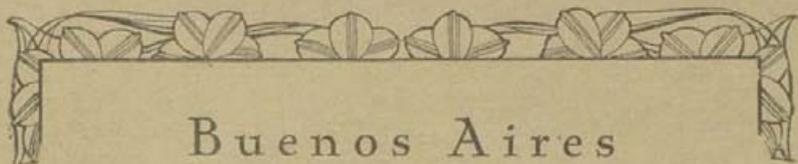
Algunos me refieren los hechos de otros tiempos; otros me revelan los secretos de la naturaleza.

Unos, con su jovialidad, desvanecen mis cuidados, alegran mi espíritu; otros me dan la fuerza del alma, y me enseñan la importante lección de no contar sino conmigo mismo. Rápidamente me abren los variados senderos de todas las artes y de todas las ciencias.

En cambio de tantos servicios solamente me exigen una habitación conveniente en un rincón de mi modesta morada, en donde puedan descansar en paz, porque a estos amigos atrae más la paz de un tranquilo retiro que los ruidos del mundo.



Diagonal Roque Sáenz Peña



## Buenos Aires

A orillas del Plata, sobre su margen derecha, se levanta la populosa e histórica ciudad de Buenos Aires, cuna de la libertad de América.

En su gran puerto se reúnen los barcos que vienen de lejanos mares.

Traen al tope las banderas de todos los pueblos. Los tripulan hombres de todas las razas.

Cada barco es un mensaje de paz y de trabajo. La Argentina los devuelve colmando sus bodegas con el fruto de sus fértiles campos.

Las calles de la ciudad son amplias, con pavimento de asfalto, piedra o madera.

Muchas aceras arboladas alegran el aspecto de sus edificios. Abundan las construcciones monumentales.

La hermosa Avenida de Mayo une la plaza de su nombre con la del Congreso. La calle Rivadavia es la de mayor longitud.

Entre Ríos y Callao, las Diagonales, Florida, Maipú y tantas como merecen citarse, llaman la atención por su bella arquitectura o su vasto aspecto.

El progreso de Buenos Aires es constante. Lo demuestran el tráfico de sus calles, el desarrollo de sus industrias y comercio, los "rascacielos", verdaderas colmenas humanas, y las plazas y los parques

que la adornan. La Avenida Costanera semeja un enorme balcón abierto sobre el Plata.

Es la ciudad sudamericana de mayor ascendiente moral. Se publican en ella gran número de libros, diarios, periódicos y revistas.

Hablan del desarrollo de su cultura sus nutridas bibliotecas, varios cientos de escuelas e institutos de enseñanza superior.

Una ciudad que progresa, se transforma rápidamente. Pero algo va quedando como una señal del pasado; de un pasado inmortal.

Mirad el viejo Cabildo, frente a la plaza Mayor del 25 de Mayo de 1810.

Parece decirnos a todos los argentinos:

“Aquí, hijos míos, nació la Patria. Aquí se escuchó la palabra de los próceres y bajo mis arcos se unieron para siempre los colores de nuestra bandera”.







## Bernardino Rivadavia

El más grande hombre civil  
de la tierra de los argentinos.

Mitre.

**H**AGAMOS una reseña de la actuación de este prócer, una de las glorias más sólidas de la patria.

Lo vemos primero, siendo muy joven, batirse en las calles de Buenos Aires, al ser atacada por la segunda invasión inglesa.

Llegan los días de Mayo. Toma la orientación patriótica. En el Cabildo Abierto del día 22 vota por la cesantía del virrey Cisneros.

Al año siguiente, es llamado a desempeñar funciones de gobierno. Con su gran energía, destruye el complot de Alzaga.

Más tarde, realiza gestiones diplomáticas ante varios estados europeos.

Vuelto al país, Don Martín Rodríguez lo nombra su ministro y Rivadavia trabaja incansable y talentosamente. La tarea que desarrolló en ese período lo convierte en el argentino más influyente y respetado de la época.

Afanoso por organizar el país y defenderlo del desorden, logra crear un gobierno central: se establece la Presidencia de la República y Rivadavia es elegido para tan elevado cargo.

Los adversarios del prócer aumentan y le imponen la renuncia.

¿Qué mejores títulos puede presentar un hombre para merecer la estimación de sus conciudadanos?

Sin embargo, la calumnia no dejó de rondar su nombre.

Poco antes de ser ministro en 1811, se le acusa de traidor y le obligan a dejar a Buenos Aires.

En 1827, cae vencido por el rencor de sus enemigos. La proclama que dirige al país tiene sabor de lágrimas:

“Argentinos, no emponzoñéis mi vida haciéndome la injusticia de suponerme atemorizado por los peligros o arredrado por los obstáculos...”

La justicia se ha hecho. Hoy consideramos a Bernardino Rivadavia como nuestro más grande hombre de gobierno.



## Canciones de la tierra

J. V. González.

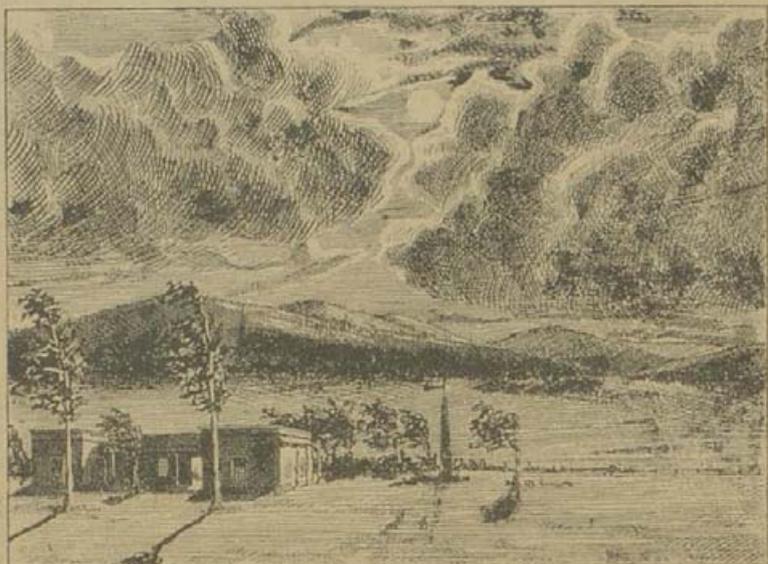
Las noches riojanas se pueblan de cantares oídos a largas distancias, acompañados por el tamborcito que sostiene con la mano izquierda, mientras con la derecha golpean el parche.

Es la vidalita provinciana en la que el gaucho, de inspiración natural y fecunda, traduce las vagas sensaciones despertadas en su alma por la constante lucha de la vida, la influencia de los llanos solitarios, de las montañas invencibles y el fuego salvaje de su sangre tropical.

La vidalita de los Andes es el yaraví primitivo, es el triste de la pampa de Santos Vega, es la trova doliente de todos los pueblos que aún conservan la savia de la tierra.

La canta el pastor en el bosque, el campero en la falda de los cerros, el labrador que guía la yunta de bueyes bajo los rayos del sol, la mujer que maneja el telar, el niño que juega en las arenas del arroyo y el arriero impasible que atraviesa la llanura desolada.





## Viento del sur

Arturo Capdevila.

**S**OPLA en la noche su clarín el gélido  
viento del sur.

Una tras otra, así como rebaños  
cuya impetuosa fuerza da salud,  
han pasado rugiendo diez tormentas  
por las gargantas de la sierra azul.

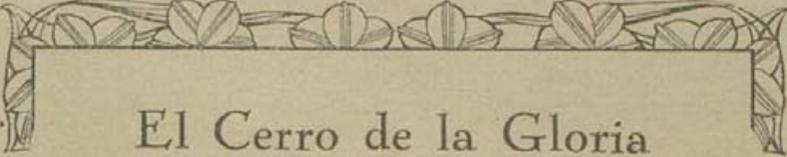
Y ahora viene arreándolas el gélido  
viento del sur.

Negras se ponen las azules sierras  
y da la luna macilenta luz,  
y en la gran soledad crugen las puertas...  
cruge la casa bajo el viento sur.

Y todo el aire se estremece en una  
profunda, inmensa, clamorosa U.....  
y va en mil potros por la noche el gélido  
viento del sur.







## El Cerro de la Gloria

**S**OBRE la mesa colocaron varios racimos de uva; de una uva grande, de color verde claro.

Se nos hacía agua la boca ante la vista de tan apetitoso postre.

Por fin les llegó el turno. Estruamos entre los dientes la redonda fruta y un jugo fresco, azucarado hizo la delicia de nuestro paladar.

— Llegaron hoy de Mendoza — nos dijo el señor Gómez, dueño de casa.

¡Mendoza! La provincia argentina hija de los Andes la de los famosos viñedos, nos enviaba tan rico producto.

— ¡Viva Mendoza! — exclamamos todos.

El señor Gómez, que es mendocino, agregó con entusiasmo:

— Mi provincia merece ese aplauso. No sólo las uvas, todas sus frutas son de excelente calidad. Las sustancias minerales de la región andina y el riego dan a la tierra una extraordinaria fertilidad.

Se habló luego de los paisajes mendocinos, de sus hermosos valles, de la redondeada cima del Tupungato, cubierta de eterna nieve.

Refiriéndose a la ciudad, dijo el señor Gómez: — Se ha dicho de Mendoza que está fundada en un bosque. Muy exacta la observación. Hay árboles por doquiera; espaciosos parques y plazas, corpulentos carolinos en sus aceras y plantas en todas

partes, hasta en la modesta casita de adobe de las afueras.

Y, señalando un cuadro pendiente de la pared, añadió:

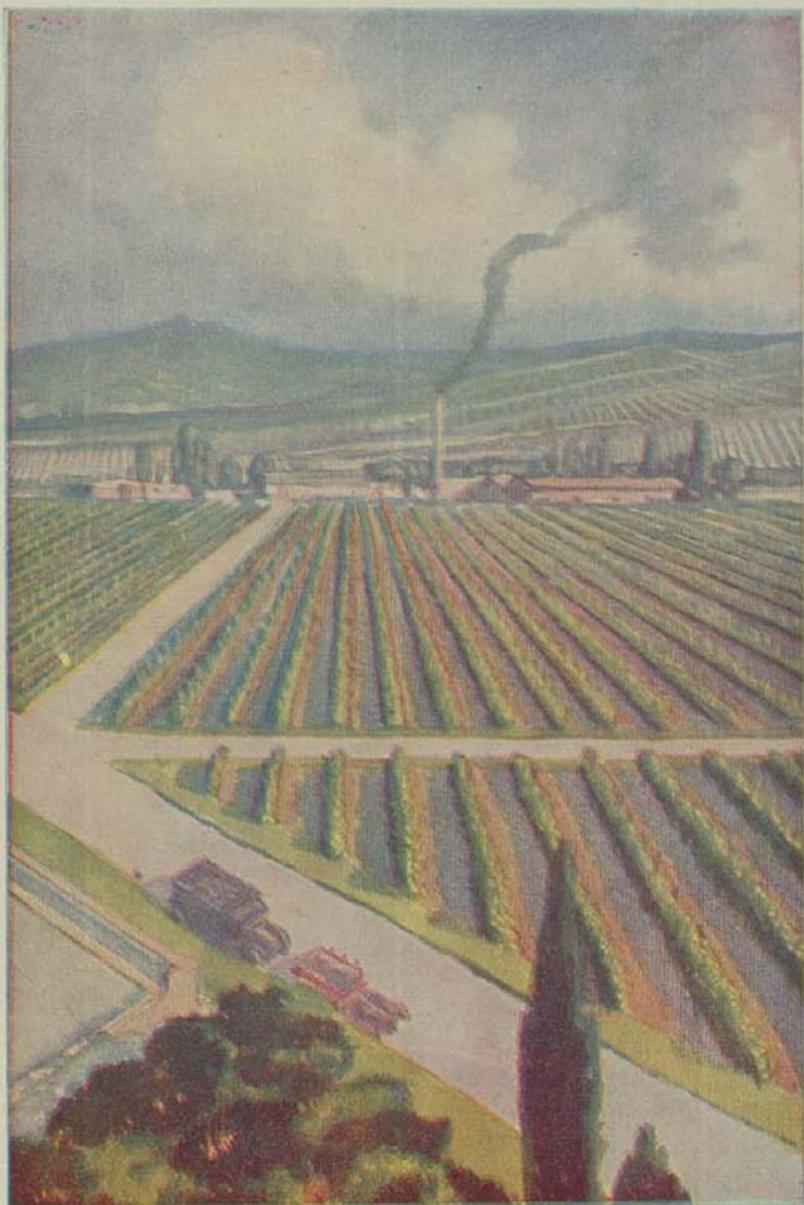
—Vean esa fotografía.—Reproduce uno de los monumentos más hermosos del país. Se ha levantado en homenaje al Ejército Libertador, sobre la cumbre de su alto cerro, el Cerro de la Gloria. Se halla en un paseo como pocos habrá en el mundo: el parque San Martín.

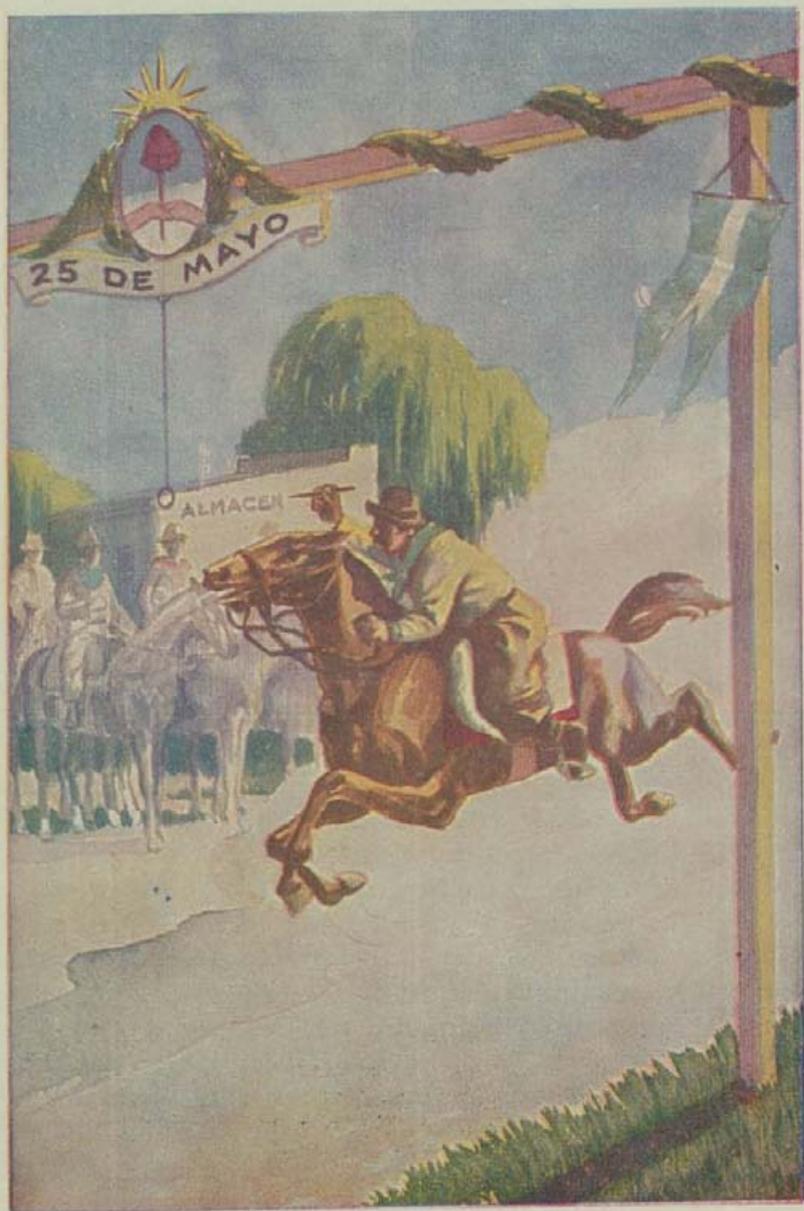
El nombre del gran Capitán dió emoción a la palabra del señor Gómez, que todos la compartimos.

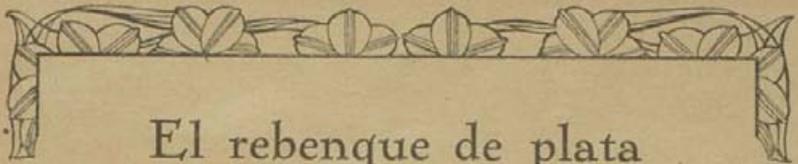
—Nos hacía falta —agregué por mi parte— unir el nombre de Mendoza al del gran argentino, que necesitó su tierra fértil para hacer germinar la semilla de la libertad.

Sin esperarlo, ese parrafito mío fué aplaudido y el señor Gómez me dió las gracias.









## El rebenque de plata

ERA una joya rústica con sus virolas e incrustaciones de plata.

Don Braulio notó nuestro interés.

— Es un recuerdo de mi padre — nos dijo — y perteneció a un cacique llamado Calfucurá.

— ¿Lo conoció usted al cacique?

— No. Murió por el año 1874; pero mi padre me hablaba mucho de ese indio ladino. Era tan fiero como pícaro. Engañaba a su gente titulándose enviado de Dios para rescatar las tierras ocupadas por los *cristianos*.

— ¡Cómo si fueran suyas!....

— El creía tener razón; pero no hay razón que justifique el atraso. Les hablaba a los indios de la pampa de otros tiempos, de aquélla sin más alambreado que el horizonte; los incitaba a la lucha, al saqueo. Así se hizo dueño de casi toda ella durante muchos años. Y me voy con mi relato, sino se cansan, rumbeando para la historia.

— ¿A caballo, don Braulio?

— A pie y con el permiso de ustedes. Cuando Mendoza y luego Garay, fundaron a Buenos Aires, tuvieron que emigrar las tribus. Dejaron comarcas donde se alimentaban fácilmente. Algunas comieron hasta raíces para no morir. La pampa no les ofrecía mucho. En los ríos y lagunas pescaban y cazaban. Y con la carne del ñandú, sus huevos y



algunos mamíferos del campo pudieron mantenerse.

—¿Por qué no sembraban?

—Les atraía poco la agricultura. Sin embargo sembraban maíz, zapallo, porotos, pero no mucho. Más tarde mejoraron de suerte. Los caballos baguales de Mendoza y de los que vinieron después, se multiplicaron tanto en nuestra pampa, que un viajero, en época de la colonia, refiere haber visto una tropa de varios miles. Y así debió ser porque el indio tuvo caballo y se alimentó de su carne. Lo mismo ocurrió con el vacuno que introdujeran Garay y otros. Su abundancia creó la industria de las “vaquerías”. Los españoles exportaron en un año por el puerto de Samborombón, ciento cincuenta

mil cueros de vaca. La carne quedaba abandonada a los pumas y a los tigres.

—¿Así terminarían pronto?

—Claro está. El comercio los convirtió en rivales. Los indios llevaban ese ganado a Chile. Empujados cada vez más hacia el oeste y disminuyendo el ganado bagual, de nuevo los amenazaba el hambre del desierto. El caballo los hizo jinetes temibles y el malón fué la respuesta salvaje del indio ante el avance de los colonizadores.

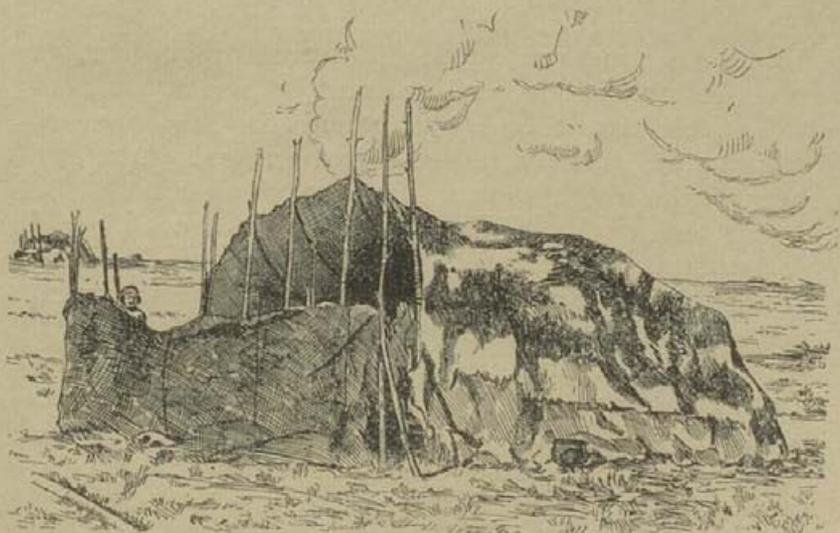
Y se acabó la historia por hoy.

—Continúe, don Braulio. Háblenos del malón.

—Le falta la historia del rebenque.

—Eso será historia de mañana. Es tarde ya y a mí los brazos se me caen como alones de avestruz cansado.

Nos despedimos, deseándole buen reposo.





## El malón

**H**ACÍA tiempo que los indios amenazaban las estancias del lugar. La hacienda gorda de sus campos tentaba su codicia.

El fortín contaba con setenta soldados para la defensa de la población. Pocos, sin duda, pero a ellos se agregaban los demás hombres del contorno y, así, se contarían con unos quinientos.

No se descansaba ante el peligro. De día se escudriñaba el horizonte para descubrir alguna polvareda; de noche se trataba de ver la llama de alguna hoguera, señal de su temida presencia.

Si un rumor lejano se oía, rápidamente los hombres aplicaban el oído a tierra para distinguirlo mejor. El caballo, como era un buen avisador, quedaba en el patio de las casas. Cuando daba muestras de temor, endureciendo sus orejas y relinchando, mal indicio: el indio se ponía en marcha.

Después de muchos días de zozobra, un cañonazo del fortín despertó a los vecinos. La campana

de la iglesia, tocada a todo vuelo, anunció también el malón.

Todos abandonaron sus casas y corrieron hacia el fortín; los hombres a tomar las armas, las mujeres y los niños a guarecerse.

Con la rapidez del rayo llegaron los indios, en medio de una algarabía infernal. Traían cañas de coligüe con cuchillos atados en la punta, a modo de lanzas.

En grupos sueltos se dedicaban al saqueo. Otros cortaban el alambrado y arreaban la hacienda.

Miles de cabezas de ganado formaban ya su botín.

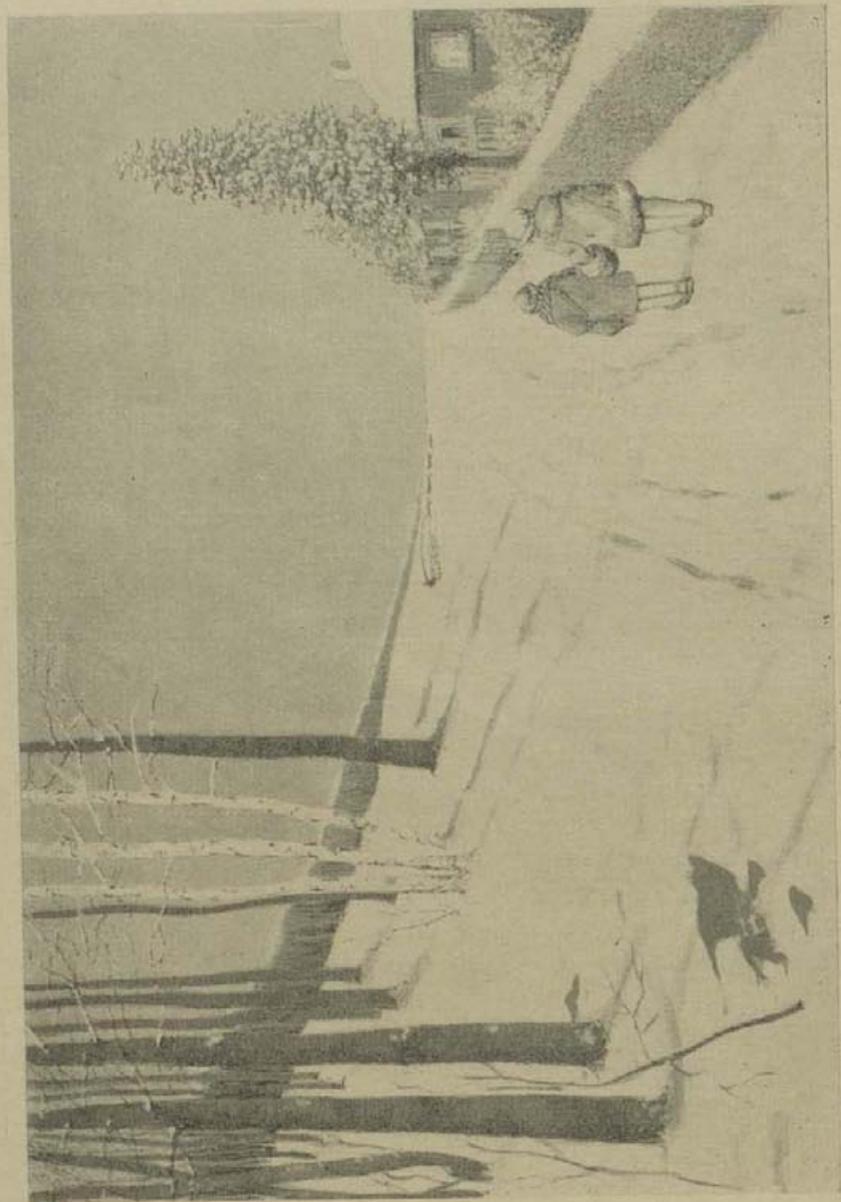
Los hombres del fortín esperaban el momento que emprendieran la retirada. Entonces, estando la mayoría ocupada en el arreo de los animales y con la carga del saqueo, sería más fácil el ataque.

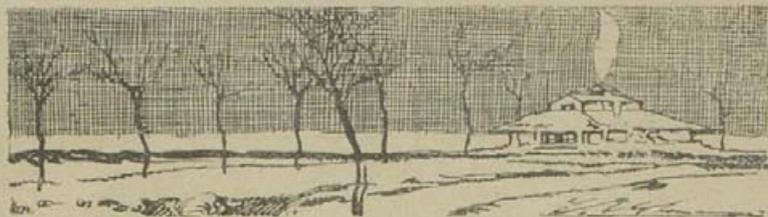
Y así fué. Salieron en esa oportunidad del fuerte y pusieron en derrota completa a los indios, quienes abandonaron todo el producto del robo y sufrieron un tremendo escarmiento.

Los mandaba el terrible Calfucurá y éste no pudo salvar ni su rebenque. En la huída se le cayó y lo recogió mi padre, que tuvo su parte en la lucha.

Tal es la historia de mi rebenque.







## El invierno de otros países

— ¡QUÉ invierno tan crudo! — dice Delia a su hermanita.

Delia vuelve de la escuela.

Se restriega las manos para entrar en calor.

— Arrímate a la estufa — le contesta Elvira, que no ha podido salir por hallarse resfriada.

— La señorita nos habló esta tarde del invierno de otros países. Nos mostró la lámina de un paisaje invernal y la describimos.

— ¿Te acuerdas de ella?

— Sí; se veían varias casas, separadas, y un camino entre árboles desprovistos de hojas.

— Claro, en invierno no es extraño.

— Lo nuevo para nosotros era la nieve, que cubría techos, árboles y casi borraba el camino. Hacia la casa más próxima marchaban dos niños.

— Irían bien abrigados.

— Cubiertos de pieles. Parecían dos ositos.

— ¡Cómo se aburrirán los niños con tanta nieve y frío!

— Sin embargo, Elvira, tienen algunos juegos interesantes. Fíjate que se hiela el agua de los lagos y de algunos ríos y aprovechan para patinar. Son habilísimos patinadores.

— Yo he oído contar que hacen muñecos y bolas de nieve. A éstas las echan a rodar y, a medida que ruedan, aumentan de tamaño.

— Es verdad. En el fondo de la lámina, pasaba un trineo a todo correr.

— ¿Qué es eso?

— Un coche sin ruedas que se desliza sobre la nieve, tirado por diez o doce perros.

— Me gustaría dar un paseo.

— Siempre que no tengas miedo a los lobos.

— ¿Lobos? Ese es el cuento de Caperucita.

— No. Son lobos verdaderos. Hambrientos, salen a los caminos del bosque.

— Entonces, Elsa renuncio al paseo: no quiero oír ni de cerca, ni de lejos, los aullidos de esas fieras.

— Y yo tampoco. El solo pensarlo, me pone la carne de gallina y con más gusto me comerían los lobos.





## Mala compañía

C. de Caboteau.

UN zorro que tenía la intención de comerse, tal vez, unas gallinas, se hizo amigo del perro del patrón con astucia y tácticas ladinas.

Le hacía fiestas continuas con el rabo, lo llamaba, echándose de panza, y tanto hizo que al fin y al cabo ganó del perro toda la confianza.

Por fin, díjole el zorro cierto día:  
— “¡Tú sabes cuánto te amo, amigo perro!;  
por tu poca salud te convendría  
alejarte algún tiempo de este encierro.

— No puedo — dijo el perro —; si yo sigo  
tu consejo, ¿quién cuida el gallinero?  
— ¡Bah! — replicó el taimado — soy tu amigo  
y haré tus veces como compañero.”

Dejóse convencer el perro viejo  
y se alejó de casa una mañana,  
decidido a seguir ese consejo  
por espacio de toda una semana.

Al verse el zorro libre de asechanza  
y alegre por la ausencia del rival,  
comenzó en esa noche la matanza  
de todas las gallinas del corral.

Y al volver el buen perro al gallinero  
(todavía inocente de la traza)  
no encontró ya en su puesto al embustero,  
y el amo a palos lo arrojó de casa.

## Cosas de niño

LA inocencia y la alegría de los niños de dos a cinco años, dan motivos frecuentes de regocijo.

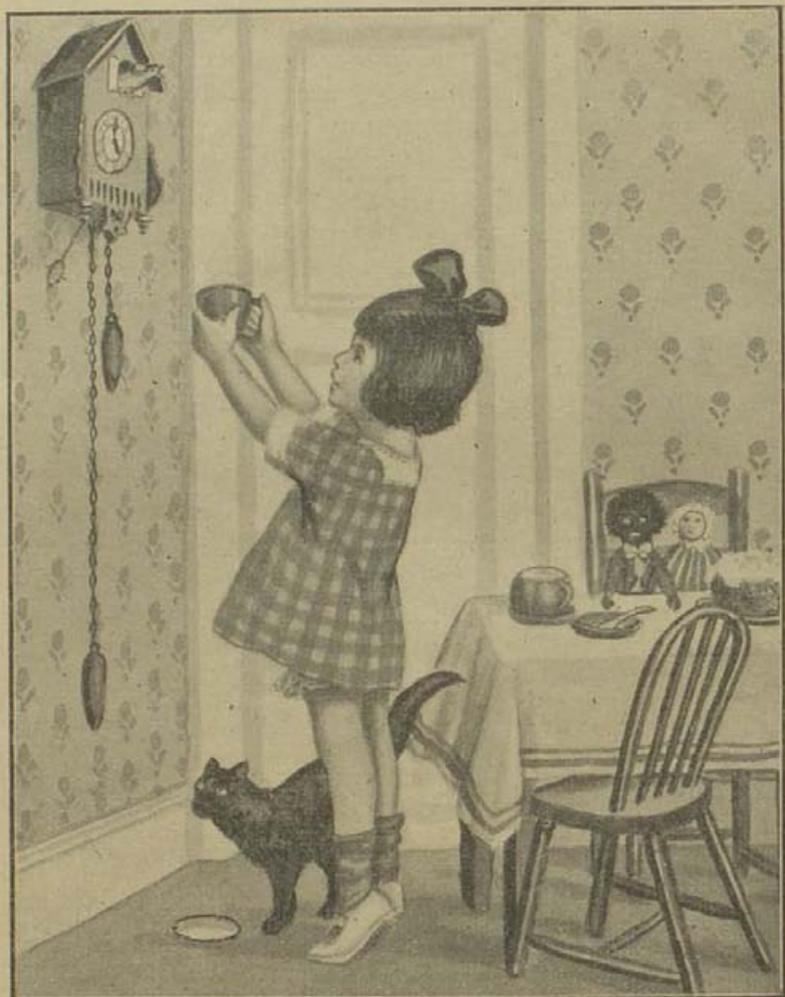
Nada hay más simpático y atrayente que un niño de esa edad. Juguetón incansable, travieso sin malicia, dotado de una sana curiosidad, revuelve su casa, a todo echa mano y no ve cosa alguna sin deseársela.

No existe lo imposible para él; si no puede, ha de poder su papá o su mamá. Y ¡cuidado! que no se le ocurra pedir la luna, porque habrá que alcanzársela.

La gracia de un niño nos conquista. Hagamos desfilar algunos de estos personajes en cualquiera de sus actitudes.

He ahí a Pedrín. Tiene dos años. Presentémosle un vistoso juguete y pensad en su gesto de asombro: redondea los ojos, mira con fijeza, entreabre la boca e introduce el índice, mientras se desprende un hilillo que cae y moja su pecho.





Después, lo palpa, investiga, separa, divide. — Se acabó el juguete.

A Cholito lo conocí una tarde. Era la primera visita que hacía a su casa. Venía corriendo a su gatito. Y de improviso, me descubre. Se detiene. Me mira con sorpresa. No sabe si huir o gritar. La sorpresa se torna en pánico. Un puchero desfigura sus rosados labios. Por último, viendo que no ocurre nada, se calma, me mira confiado y, pareciéndole ridículo el asunto, ríe alegre, afectuosamente. Ya somos amigos. Lo atraigo, lo siento en mi falda y le beso en la frente. Y él, seguro de sí mismo, me deshace el nudo de la corbata.

Pero el colmo del atrevimiento lo brinda Carlitos. Cuatro años el embeleco. Tiene un perrito, blanco, lanudo. Cierta mañana, se despierta de mal humor el faldero. Ladra y ladra. Su amo no consigue hacerlo callar. Entonces el padre del niño recurre a un procedimiento heroico: Le da unas palmadas. Mohino, va a acucurrucarse a los pies de Carlitos, quien ha visto con disgusto la escena.

Instantes después, el padre tararea una canción. Y Carlitos, que sigue acariciando el canecillo, le dice:

—Cállate, papá.

—¿Te molesto, hijo?

—No es eso, sino que le das mal ejemplo al perrito y luego le pegas si ladra.

El papá lo mira sospechando alguna burla a sus dotes de cantor. Pero nada; la expresión sincera de Carlitos le demuestra que el atrevimiento es sólo aparente.



## El extremo sur

**T**IERRA del Fuego es el extremo meridional de América.

Su clima sufre la influencia de los mares polares, cubiertos de grandes bancos de hielo.

Próxima a ese desierto encontramos la región que posee los paisajes más hermosos del globo.

Tiene todos los contrastes para asombrar al viajero: mares profundos, montañas nevadas, llanuras de pampa.

Su archipiélago ofrece una red intrincada de canales, cuyas aguas azules reflejan maravillosamente los altos picos que bordean sus costas.

Contrasta también, el continuo silbar del viento glacial de sus ventisqueros con el impresionante silencio que reina donde la cordillera se opone como un enorme paredón.

La misma impresión de solemnidad producen sus tupidos bosques de árboles enormes, retorcidos, y la maleza hosca y dura que dificulta el paso.

Son bosques tétricos, casi sin aves, que huyen perseguidas, sin duda, por la intensa humedad de su suelo.



## El mordisco del oso marino

— **C**ASI me parte el brazo — nos decía, mientras nos enseñaba una profunda cicatriz del brazo izquierdo.

— ¿Fué al darle de comer?

— No, hijo; fué al darle unos buenos palos porque me llevaba algo que me hacía falta.

— ¿Qué cosa don Braulio?

— La piel, con la cual hice ese hermoso cubrecama que ustedes conocen.

— ¡Ah! Entonces tenía razón el oso — opinó torpemente uno de los chicos.

— Por eso no le guardo rencor — dijo riendo don Braulio.

En seguida nos explicó el grave percance.

Fué en las islas Malvinas.

Una fría mañana de invierno, armados de fuertes garrotes, nos dirigimos hasta la costa, en cuya proximidad habíamos construído, en la noche anterior, un corral.

Los osos marinos — especie de focas con pequeñas orejas y excelente piel — acostumbran asolearse durante los días más crudos.

En este trance distinguimos varios osos echados sobre las rocas de la orilla.

Procuramos caer sobre ellos sorpresivamente. Levantando los garrotes y profiriendo fuertes gritos para asustarlos, los corrimos hacia el corral.

Un oso intentó huir. Casi se escapa. Quise evitar su fuga y me acerqué demasiado.

Lo amagué con un golpe, y el animal, sin darme tiempo para la defensa, se me vino encima y me obsequió con esta caricia inolvidable.

A pesar de mi herida, le hice frente; ayudáronme mis compañeros y lo molimos a palos.

Yo quise guardar, no sólo el recuerdo de su mordisco, sino también, su hermosa piel. Y la conservo como mi mejor cobija de invierno.



Descripción de lámina



Martin pescador



## Rosario, la hija del trabajo

**E**STAMOS en el sur de Santa Fe.  
No encontramos los tupidos bosques del norte, cuyos árboles brindan el tesoro vegetal de sus maderas.

Aquí la riqueza habrá que crearla.

Miremos el paisaje: una gran llanura, fértil, bien regada; clima templado y lluvias abundantes. ¡Vengan los labradores a surcar la tierra y a sembrar la semilla de ópimas cosechas!

Pero sabed que el suelo nada ofrece sin virtud; sin la virtud del esfuerzo; sin la virtud de la constancia. La riqueza será el sazonado fruto del trabajo de todos los días.

Ese fué el lema de los hombres que poblaron nuestras praderas. Y tanto produjo el llano santafecino, que reclamó un punto de salida para el exceso.

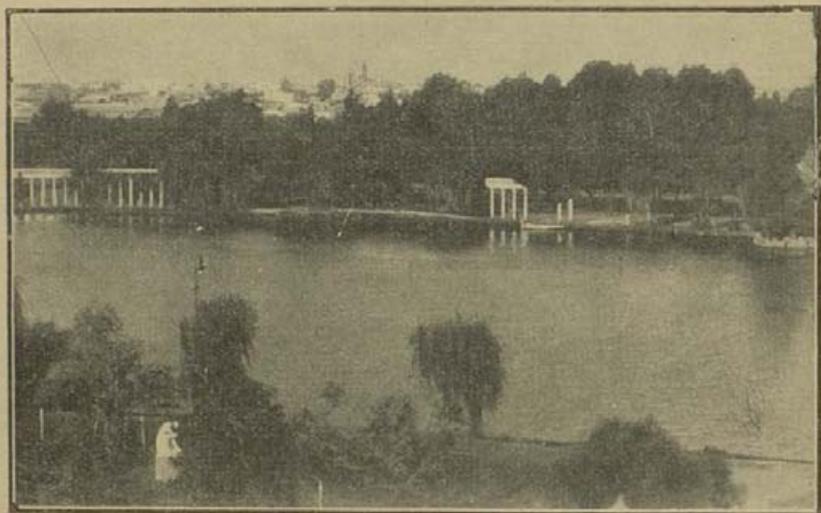
Y surgió Rosario, la segunda ciudad de la República, para comunicar la pródiga llanura con el mundo.

La actividad de su puerto, el intenso tráfico de sus calles y la buena arquitectura de sus edificios, comprueban la laboriosidad de sus habitantes.

Rosario tiene un breve pasado colonial. Sus límites no fueron trazados por la espada de un conquistador. Bien puede decirse que sus cimientos los abrió la cuchilla del arado.

La figura del labriego, de curtido rostro y manos toscas, se nos presenta como el héroe anónimo de su grandeza y prosperidad.

Por eso la llamamos a Rosario la hija del trabajo.



Parque Independencia. (Rosario de Santa Fe)

# Mala amiga es la mentira

E. Nelson.

UN señor viajaba en tren con uno de sus hijos de cinco años.

Como persistiese éste en asomarse a la ventanilla, le dijo su papá:

—No te asomes, porque se te va a volar el sombrero.

El niño no hizo caso, y para asustarlo le escamoteó el sombrero en un descuido, diciéndole:

—¿No ves? Eso te pasó por desobediente.

El niño quedó muy preocupado y el padre quiso consolarle:

—Ahora voy a silbar y tu sombrero volverá a tu cabeza —le dijo.

Y así lo hizo, sin que el niño lo advirtiera.

El asombro del niño fué tan grande que quiso gozar de nuevo de las dotes de su papá.

Se asomó a la ventanilla y dejó escapar su sombrero, diciéndole con satisfacción infantil:

—Papá, silba ahora, para que vuelva mi sombrero.

La mentira es amiga de un instante.





## ¡Independencia!

EL 25 de Mayo de 1810, el pueblo de Buenos Aires separó de su cargo al virrey Cisneros y se dió un gobierno propio.

Todo lo ocurrido después, todo el cruento batallar no tuvo otro objeto que sostener lo realizado ese día

Despedir al Virrey y no aceptar reemplazante,

significaba dejar de ser colonia, desligarse de la madre patria.

Elegir su gobierno y poseer en lo sucesivo dicha facultad, significaba ser un pueblo libre, crear una nación.

El 9 de Julio de 1816, el Congreso de Tucumán, sin vacilaciones, valientemente así lo comunicó al mundo entero.

El pensamiento de Mayo había sido por fin anunciado a los demás pueblos.

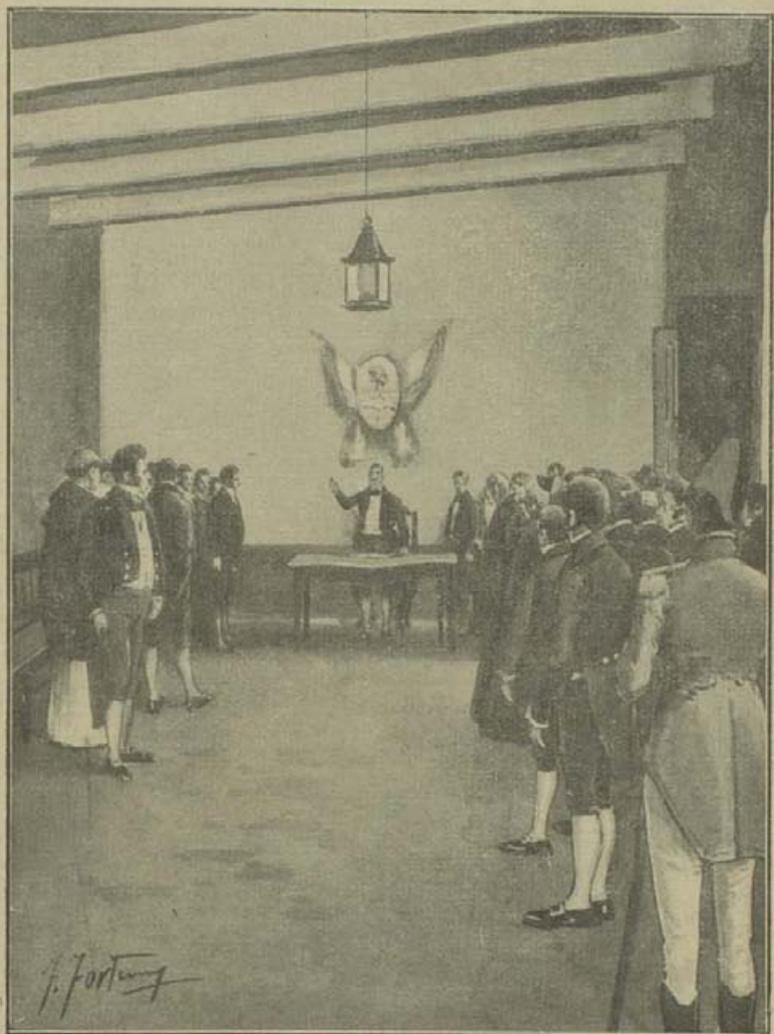
¡Independencia!

¡Qué inmenso poder tienen las grandes ideas!

Los hombres de Julio eran ya los libres de una patria en lucha por su libertad.

Nuevas energías alentaron el corazón de los argentinos.

Y la bandera de Mayo, comprendida y más amada, fué a clavarse, como enseña redentora, sobre los nevados picos de los Andes.



Proclamación de la Independencia



## La defensa contra el rayo

CIELO tormentoso. Detrás de los cristales de una ventana, la madre y los hijos contemplan el avance de las nubes.

Nubes pesadas, oscuras, amenazantes. Un fuerte viento las precede.

—No podremos ir a la escuela — dice Juanita.

—Yo no le temo a la lluvia — agrega Rodolfo.

Las nubes siguen cubriendo el cielo. Los

relámpagos se cruzan. Algunas gotas caen.

De pronto, una luz vivísima..... seguida de un fuerte estruendo.

— ¡Un rayo, mamita! — exclaman los niños.

— Ha caído sobre la chimenea.

— ¡Ay! mamita — dice penosamente Juanita. Rodolfo se estremece.

La alta chimenea parece un desafío a la tempestad. Pertenece a la fábrica donde trabaja el padre de los niños.

La lluvia ahora cae torrencialmente.

— ¿No habrá ocurrido alguna desgracia?

— No temas, hija. Tranquilízate. ¿No ves el pararrayos de la chimenea?

— El pararrayos ha evitado el peligro — dice Rodolfo más sereno.

— Entonces, ¿no le habrá ocurrido nada a papá? — se atrevió, por fin, a preguntar Juanita.

— Déjame, mamá, explicarle. El pararrayos es una barra de metal, unida a tierra por medio de un alambre, cuyo extremo inferior se introduce en un pozo; a éste va a parar la chispa eléctrica del rayo que caiga por los alrededores.

— ¿Sabes quién fué su inventor?

— Benjamín Franklin, mamá. Contaba él haber remontado a gran altura en día de tormenta, un barrilete o cometa. Cuando el hilo mojado se hizo algo conductor de la electricidad, sufrió una fuerte descarga. Este experimento le demostró que era posible apoderarse o dirigir la electricidad de las nubes.

— ¡Benjamín Franklin!... Yo quiero a ese hombre. Si no fuera por su invento, ¿quién sabe qué hubiera ocurrido en la fábrica donde está papá!

— dice Juanita.

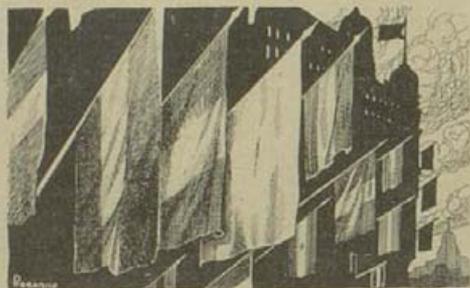
Y la niña repite el nombre, llena de gratitud, para no olvidar a ese benefactor de la humanidad.

# Las banderas

## I

—Hoy, papá, he visto flamear banderas de distintos países.

—Pertenece a familias extranjeras que rinden homenaje a nuestra efemérides.



—Así lo había pensado. Y, a la vez se me ocurrió preguntarte algo.

—Di.

—¿Por qué cada país tiene su bandera?

—Me lleva lejos tu pregunta.

La bandera tiene origen muy antiguo. Una nación es un pueblo con su historia nacional, como nosotros.

Imagínate que en sus comienzos ese país fué sólo una ciudad, o menos, un grupo de familias, establecidas en determinado lugar. Tuvieron necesidad de defenderse de sus enemigos; o atacaban para aumentar sus bienes; la lucha los obligó a utilizar señales para entenderse y distinguirse. Un lienzo, colocado sobre un palo o lanza, a fin de ser visto por todos, era un medio excelente; donde marchara ese lienzo, era el itinerario de todos; había que seguirlo. Trataron de emplear distintos colo-

res que evitaran confusiones. Con igual propósito, le agregaron otros símbolos, animales o plantas del lugar, leones, castillos, armas, sol, estrellas, etc.

—La nuestra tiene el sol.

—Eso es. Creada la insignia, se hizo con el tiempo signo nacional. Con ella estuviera en la buena fortuna. En la mala, indicaba el camino más seguro para refugiarse. En el extranjero, el verla flamear era indicio de gente amiga o pariente. Al regresar al suelo nativo, la bandera le expresaba la proximidad de la patria.

—Se la vería con regocijo, papá, pensando en el hogar.

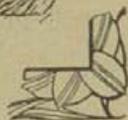
—Con alegría y cariño. De todo eso nació el amor y el respeto a la bandera, convertida en emblema de los sentimientos de un pueblo.



Jura de la bandera a orillas del Río Salado



## La bandera argentina



### II

— En nuestra época las banderas van dejando de ser expresiones de guerra; se transforman en símbolos de cordialidad; en sus colores debe verse la inspiración de ideales altos y generosos.

—¿No es esa la historia de la nuestra?

Efectivamente. Mensajera de la libertad, bien podríamos llamarla.

—¡Qué acertado estuvo Belgrano en la elección de sus colores! Porque, papá, el azul y el blanco armonizan muy bien.

—No fué sólo acierto. El pueblo de Mayo simpatizaba con esos colores. El bizarro regimiento de los Patricios usaba chaqueta azul y pantalón blanco. French y Berutti, en la memorable jornada del Veinticinco, repartieron cintas azules y blancas entre los patriotas.

—Y Belgrano más tarde...

—Propuso la escarapela con dichos colores y así se hizo. Era el primer paso hacia la bandera, creada por el mismo prócer en 1812, y enarbolada sobre las barrancas de Rosario. Y tú sabes que el Gobierno le ordenó su retiro. Algo se resolvió en la Asamblea del año 1813. Pero hubo que llegar al año 1816 para que el Congreso de Tucumán dictara la primera ley, creándola oficialmente.

—¿Y por qué la prisa de Belgrano?

—Por lo mismo que llevo explicado. La bandera es emblema de una nación, de una patria. Y Belgrano era de los patriotas que deseaban luchar francamente por la independencia.

—¿Y cuál es el azul de sus franjas?

—Ni el pálido ni el oscuro. Azul, simplemente, como el cielo. Azul celeste han dicho algunos para precisar su color.

—Mensajera de la libertad la llamaste.

—Los pueblos de América así la conocen.

—Entonces, ¿no oprimió a nadie?

—Nació para luchar por la justicia. Su sol  
alumbra, en medio del lienzo, para todos.

—¿No hizo guerras injustas?

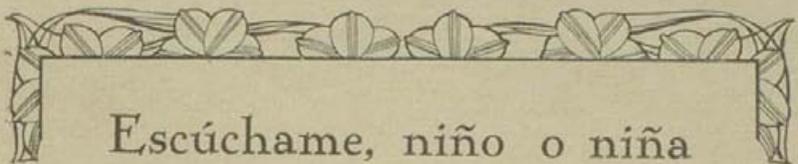
—Jamás; es amiga de la paz y de la concordia  
de todos los hombres.

— Siento orgullo por mi bandera.

— Siéntelo, hijo mío. Es la bandera de un pueblo  
honrado, que trabaja y se ilustra.



Primer Gobierno Patrio



## Escúchame, niño o niña

**U**n pensador aconsejaba: “ata tu carro a una estrella”. Con ello expresaba lo siguiente: ve en pos de grandes ideas, sigue el impulso de nobles y altos sentimientos.

No olvides, niño o niña, su consejo. Ata tu carro a una estrella. No temas ni su altura ni su lejanía. Las causas nobles triunfan siempre.

Ten aspiraciones.

Yo te diré, en breves palabras, el secreto del éxito para todas las empresas.

Necesitas ampliar el poder de tus ojos, de tus manos, de tu cerebro: estudia.

Habítuate a vencer las dificultades, a dominar la resistencia de las cosas, a crear: trabaja.

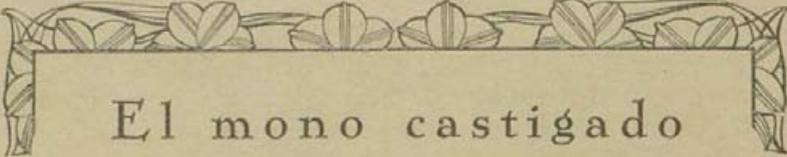
Nutre tus energías para la marcha, ten aliento para recorrer ásperas sendas: persevera.

Debes, niño o niña, poner de acuerdo tu conducta y tu corazón; sumarlos en una sola resultancia: ten bondad.

Estudio. Trabajo. Perseverancia. Bondad.

Suficiente, niño o niña, para convertir en realidad tus anhelos, como se convierte la savia incolora en blancos y perfumados pétalos.

Y ya puedes atar tu carro a una estrella. Elige la más alta, la más brillante. No te arredre ni su altura ni su lejanía.



## El mono castigado

ÉRASE que se era una aldea de chimpancés. Habían llegado ese día al nuevo bosque. La fruta abundaba; los leopardos, codiciosos de la carne de mono, no andaban por ahí.

Estaban muy contentos. Todos, no.

Un chimpancé terco y desconfiado, llamado Cascarrabias por los otros, turbaba la paz de la aldea.

Al llegar la noche, construyeron sus nidos en los árboles. Bien altos, para que ningún zarpazo les interrumpiera el sueño.

Nidos redondos, con las ramas dobladas hacia el centro. Algunos, los contruidos sobre las ramas más flexibles, se hamacaban deliciosamente.

Se acostaron. Sólo Cascarrabias quedó al pie de un árbol.

— Vamos a quitarle el mal humor — dijo un joven chimpancé.

Bajaron tres o cuatro. Según acostumbran para sus fiestas, golpearon el suelo con sus manos, como si tocaran el tambor.

Llegaron los demás. Y con la música dicha, empezó un baile de brincos y volteretas.

Esto pareció aumentar el disgusto de Cascarrabias. Dando un grito desagradable, se levantó y de un salto se acostó en cama ajena.

Semejante comportamiento indignó a los demás.

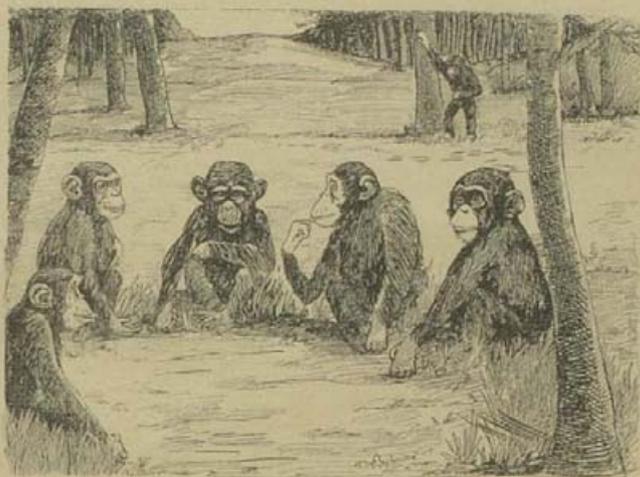
— ¡A expulsarlo de nuestra sociedad! — dijeron todos.

Cascarrabias fué condenado.

—Que haga su cama en la parte baja para que se entienda con el leopardo.

Y vino el leopardo. Los jueces se arrepintieron de su severidad.

Pero ¡qué lucha terrible y valiente! El fuerte Cascarrabias esperó al enemigo, lo agarró con sus manazas de las patas delanteras y a mordiscos lo dominó, hasta que la fiera pudo huir, toda ensangrentada.

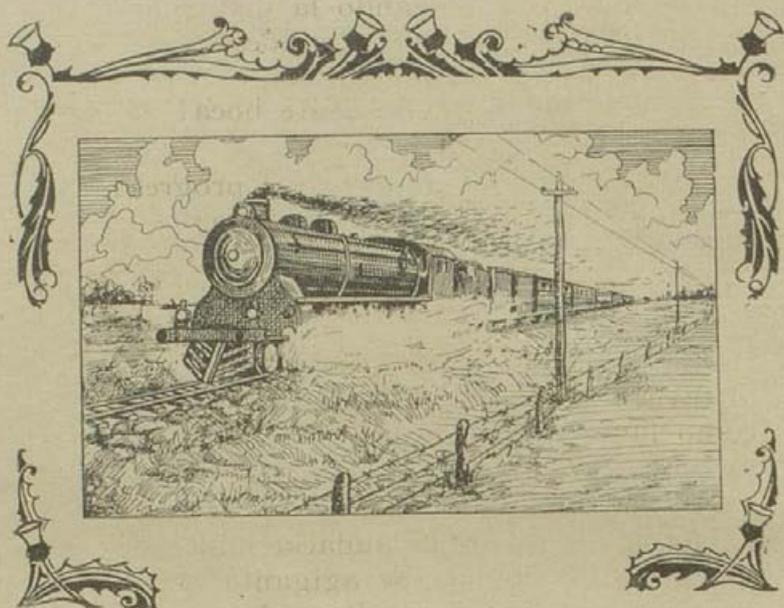


Un chillido general estalló arriba, como si fuera una salva de aplausos.

—Me iré a trabajar al teatro de los hombres — respondió Cascarrabias, orgulloso de su victoria.

—No te vayas, Cascarrabias. Estás perdonado.

El valiente Cascarrabias juró entonces enmendarse, y ser, en lo sucesivo, tolerante y bondadoso.



## El ferrocarril

Olegario V. Andrade.

L ANZA a los vientos su pendón de fuego,  
rasga los aires su silbido agudo;  
su aliento de humo es el fecundo riego  
que anima el seno del desierto mudo.

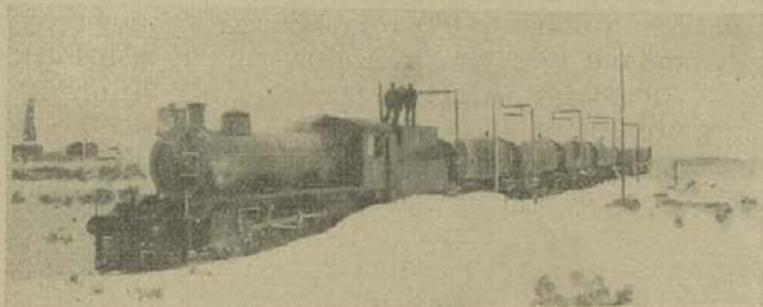
¡Miradlo; es el guerrero del presente,  
el genio armado de la nueva idea;  
la ley del porvenir brilla en su frente  
y su penacho de vapor ondea!

¡Miradlo; va tragando la distancia;  
parece apenas que la tierra toca;  
y devorado por febriles ansias,  
nubes vomita por su ardiente boca!

¡Miradlo; es el anuncio del progreso,  
es el audaz conquistador moderno;  
está de sangre su pendón ileso,  
su gloria brilla con fulgor eterno!

La barbarie se esconde amedrentada  
al divisar su enseña brilladora,  
como las sombras de la noche alada  
al centellear un rayo de la aurora.

Es el acento de la audacia humana  
que crece, se duplica, se agiganta;  
que pone de la vida en la mañana  
las alas del relámpago a sus plantas.



Tren petrolero (Chubut)



El río Paraná frente a la ciudad de Corrientes

## Excursión fluvial

.....**P**ARTE nuestro ligero barco de la isla del Tigre. El Delta nos recibe con sus mil arroyuelos que serpentean entre las islas.

Remontamos la corriente; el paisaje, variado y pintoresco, nos entretiene largas horas. Los ceibos se han cubierto de rojas flores.

Vemos abrirse las amplias riberas del Paraná de las Palmas. En sus agitadas aguas flotan los camalotes.

No pensemos en el tiempo. Como en una película, admiremos el desarrollo de las magníficas orillas.

No sólo es hermoso el gran río. Es un factor de progreso. Lo prueban las ciudades que se asoman a sus barrancas.

Campana, Zárate, Baradero, San Pedro, San



Monumento a Urquiza (Paraná)

Nicolás, son poblaciones prósperas y puertos de seguro porvenir.

Más al norte, Rosario destaca la opulencia de su crecimiento. En la orilla izquierda, la entrerriana Diamante y la bella ciudad de Paraná, cuya presencia anuncia la colosal estatua de Urquiza, casi sobre el río y en el parque de su nombre.

Se acentúa la diferencia de ambas márgenes: baja y anegadiza la derecha, alta y barrancosa la izquierda.

Entramos en el límite de Corrientes. Esquina, Goya, Bella Vista y Empedrado, sucesivamente, nos exhiben la actividad de sus puertos.

Poco después, las siete puntas de piedra que bate el Paraná, nos recuerda el nombre histórico de la ciudad que está a nuestra vista: San Juan de Vera de las Siete Corrientes.

Continuamos el viaje. Sobre la costa chaqueña



toman el sol de la siesta los yacarés. Ya hemos visto algunos nadar cerca del barco y asomar sólo el hocico y, de cuando en cuando, sacudir su enorme cola.

Un marinero nos refiere cómo mató uno de estos reptiles. Entró en el agua armado de un largo cuchillo. Llevaba puesto el sombrero. Azuzó al yacaré más próximo; éste se enfurece y lo ataca. Se sumerge y, mientras el yacaré se lanza sobre su sombrero que flota, por debajo lo hiere con el cuchillo.

A nuestra vista está ya Barranqueras, el puerto de Resistencia y término del viaje.





## En el reino de los picoteados

¿DÓNDE queda este reino? ¿Quiénes lo forman? A lo primero respondo que muy distante; sus límites no están bien determinados. En cuanto a lo segundo, fácil es echarlo de ver: son sujetos de pico llevar.

Vosotros sabéis la importancia del pico para la gente de alas. Un buen gobierno de su país, debe pensar en el perfeccionamiento de tan elegante y útil apéndice.

Con dicho propósito, pues, se estableció un concurso de picos. Valiosos premios se prometían para los mejores.

Una bandada de verdes coto-





rras llevó la gran noticia a todos los rincones del país y hubo un estremecimiento de alegría y de esperanza en todos los nidos.

Jamás vieron las aguas de los lagos reflejarse en ellas, coquetamente, cantidad tan grande de picos.

Llegó el día de la prueba.

Los aspirantes fueron desfilando ante el juez, alabando las cualidades del propio, en una verdadera picotería.

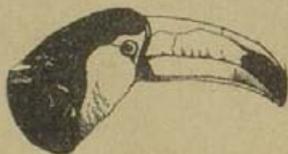
— Yo — dijo el loro — poseo el pico más útil; con él doy buenos picotazos y me ayuda a trepar, como si fuese otra pata. Además, tiene estrías interiores que me permiten sujetar y triturar las frutas de cáscara dura.

Quería el loro continuar su discurso, pero el juez le ordenó que dejara el sitio a otro aspirante.

— Mi pico, largo y esbelto, se introduce en las flores y me brinda el placer de libar su néctar. ¿Quién puede beber ese licor? — dijo por su parte el diminuto picaflor.

— El mío — sostuvo el águila — tiene la curva de una garra; él me hace la reina del aire.

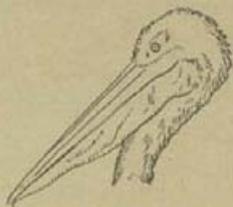
Apareció el tucán.



— No sé — dijo — si soy un pico pegado a una ave o una ave pegada a un pico; las dimensiones son semejantes.

No pudo continuar porque el tejedor se apareció diciendo:

—Soy el artesano de la selva; dirijo la industria del tejido. Ganaré buenos pesos el día que ponga una tienda.



Por último, entre las burlas de los presentes, se acercó el pelicano.

—Yo, señor juez — dijo con humildad — no vengo a discutir el premio. Pero estoy agradecido de mi pico, porque su bolsa me permite llevar vivitos y coleando los pececillos a mis hijos.

— ¡Tuyo es el primer premio! — dijo el juez, a la vez que dió un gran picotazo a su secretario para que anotara. — Hasta ahora he oído hablar de picos diestros o fuertes, útiles para comer o destruir. Sólo a ti se te ha ocurrido pensar en el mejor destino.

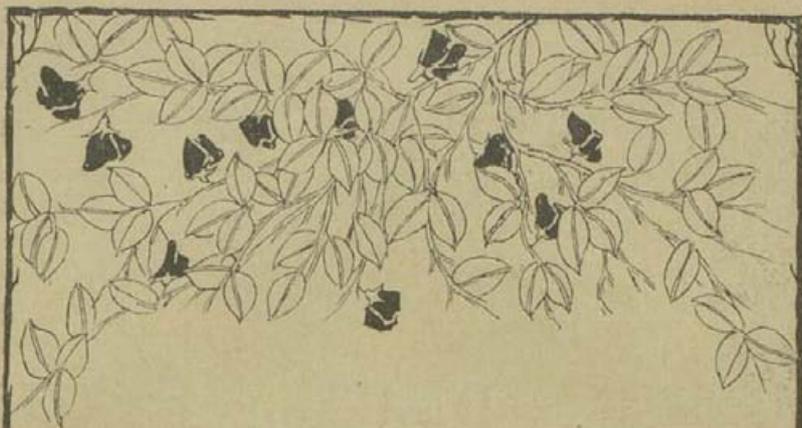




## Diálogo

UN vientecillo ligero  
de una tarde de verano,  
me trajeo con gran secreto  
y promesas de callarlo,  
(secreto en alas del viento,  
¡cuán poco secreto eres!)  
lo que un grave duraznero  
dijole a una enredadera.

Con modales poco serios,  
preguntóle la atrevida:  
— Dime, buen árbol, ¿qué tiempo  
te llevas aquí plantado?  
— Cinco años cumplí este enero.  
— ¡Cinco años! Pero ¿es posible  
(dice con mucho aspaviento)  
que me haya tocado en suerte  
un compañero tan lerdo?



Y agrega la vanidosa:  
— Ni cinco meses yo cuento  
y ya tapizan los muros,  
con alegría del dueño,  
mis hojas y flores bellas.

Ante charla tan vacía,  
repícale muy sereno:  
— Allá tú con lo que haces,  
mas oye lo que te advierto:  
quien a vivir se apresura,  
no podrá llegar muy lejos.

Y refiere la leyenda  
de aqueste diálogo cierto,  
que fueron sabias palabras  
las que dijo el duraznero.



## Insectos peligrosos

— ¿POR qué, tío Miguel, llevas esas pastillas de quinina en tu valija?

— Es una precaución que nunca está de más, cuando se viaja hacia el norte.

— ¿Existe algún peligro?

— Puede presentarse. La quinina se obtiene del árbol de la quina y nos preserva del paludismo.

— ¿Es una enfermedad?

— Sí. La trasmite un mosquito. Se manifiesta por fiebres y chuchos, que poco a poco van acabando con el enfermo.

— Ya no dejo ningún mosquito en la casa.

— Harás bien; pero no temas de todos el temible mal. Ese mosquito común que pretende hacerte dor-

mir con su musiquita, no lo produce. Te lleva un poquito de sangre y te la paga con su violín.

— Pero, ¿cómo se distingue uno de otro?

— Te daré un dato. Cuando el mosquito maligno se posa en la pared, coloca su cuerpo en ángulo con ella. En cambio, el común se posa paralelamente.

— ¿Y cómo se eliminan?

— Los animales insectívoros son nuestros buenos aliados, el murciélago, por ejemplo. En algunas regiones prohíben su caza y favorecen su cría. Pero lo más eficaz para terminar con ellos, son las obras sanitarias: cegar los pantanos, donde se reproducen y viven sus larvas. Asimismo se ha conseguido extirpar en muchas partes otra enfermedad, la fiebre amarilla, producida también por un insecto.

— ¿Y por qué no se realizan esas obras?

— Sí; se van realizando. Pero será necesario que todos colaboren en esta empresa para que el terrible mal se convierta en un fantasma del pasado.



## Las apariencias engañan

CUANDO una persona manifiesta algo cuyas razones nos parecen confudidas, solemos decir:

— Las apariencias engañan.

Y es muy cierto. Unas veces, tomamos equivocadamente algunas causas y consecuencias: nuestra razón se orienta mal y caemos en el error. Agregue-



mos que la imperfección de nuestros sentidos nos transmite, muy a menudo, falsas informaciones.

El hombre aumenta el poder de su mente con el estudio y la observación; aumenta, también el poder de sus sentidos mediante aparatos, sobre todo, para el oído y la vista.

Hagamos una sencilla experiencia. He ahí una margarita. Vamos a estudiarla.

¿Qué es una margarita?

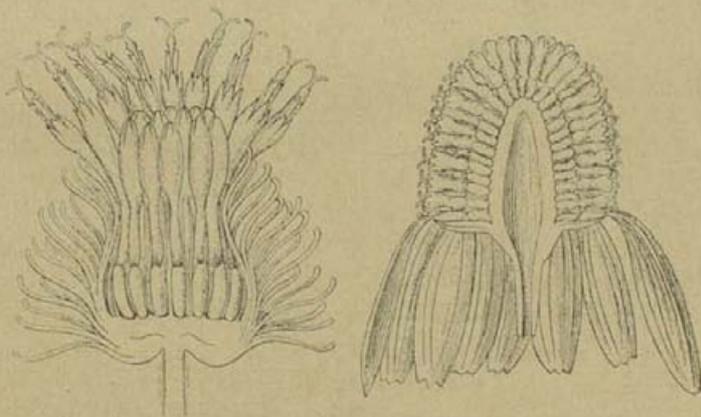
— Una flor — respondéis, extrañados de la bobalicona pregunta. Y yo, sin reparar en vuestro gesto, os respondo:

— Las apariencias engañan. No es una, son muchas flores. Culpemos a la vista del error.

Si utilizamos un lente, veremos que ese dorado

botón está compuesto de una multitud de florecitas. Si las separamos con la punta de un alfiler; notaremos que tampoco son iguales como parecen: varían en ellas el color y la forma; amarillas las centrales, más pálidas o blancas las exteriores. Las primeras, con estambres y pistilo; las segundas, con pistilo sólo y una larga hojita blanca que, dispuestas todas en círculo, le dan tan bonito aspecto.

Nuestros sentidos son imperfectos; pero ya veis, cómo el estudio y la observación salvan sus insuficiencias.





## Lluvia en el campo

R. Güiraldes.

Los nubarrones amontonados en el horizonte habían recubierto el cielo y las primeras gotas sonaron de un modo opaco y precipitado.

Como a pesar de la hora temprana sintiéramos calor, fué más bien un goce aquel tabaleo fresco.

Algunos empezaron a acomodar sus ponchos; yo esperé.

Mirando el cielo, cogimos que aquello era preludio de algo más serio.

La tierra se había puesto a despedir perfumes intensamente. El pasto y los cardos esperaban con pasión segura. El campo entero escuchaba.

Pronto un nuevo caer de gotas alzó una sutil polvareda. Parecía que nuestro camino se hubiese iluminado de un débil resplandor.

La lluvia se precipitó, ocultándonos el horizonte, los campos y hasta las cosas más cercanas.

Mi sombrero sonaba a hueco y pronto de sus bordes empezaron a formarse goteras. Para que éstas no me cayeran en el cuello, levanté sobre la frente el ala, bajándola atrás a fin de que el chorrillo se escurriese por la espalda.

Con las ropas pegadas al cuerpo, pasé dos horas.

De pronto una abertura se hizo en el cielo. La lluvia se desmenuzó en un sutil polvillo de agua; un rayo de sol cayó sobre el campo, corrió quebrándose en los montes, perdiéndose en las hondonadas, encaramándose en las lomas.

Los postes, los alambrados, los cardos lloraron de alegría. El cielo se hizo inmenso y la luz se calcó fuertemente sobre el llano.





## La ardilla y el caballo

T. de Iriarte.

**M**IRANDO estaba una ardilla  
a un generoso alazán,  
que, dócil a espuela y rienda,  
se adiestraba en galopar.

Viéndole hacer movimientos  
tan veloces y a compás,  
de aquesta suerte le dijo  
con muy poca cortedad.

“Señor mío,  
de ese brío,  
ligereza  
y destreza

no me espanto,  
que otro tanto  
suelo hacer, y acaso más.

Yo soy viva,  
soy activa;  
me meneo,  
me paseo;  
yo trabajo,  
subo y bajo,

no me estoy quieta jamás.

El paso detiene entonces  
el buen potro, y muy formal,  
en los términos siguientes  
respuesta a la ardilla da:

«Tantas idas  
y venidas,  
tantas vueltas  
y revueltas,  
quiero, amiga,  
que me diga:

son de alguna utilidad?

Yo me afano  
mas no en vano:  
sé mi oficio  
y en servicio  
de mi dueño  
tengo empeño  
de lucir mi habilidad».

## Frases de San Martín

LA preparación del Ejército de los Andes tocaba a su fin. En pocos meses más, su jefe daría la orden de marchar hacia la cordillera. Atravesar las elevadas montañas y libertar a Chile, era el plan del Libertador.

Pero algo muy importante quedaba por realizar que a San Martín le preocupaba.

¿Era su ejército una fuerza de sublevados o de hombres libres?

Se imponía, era necesaria la definición.

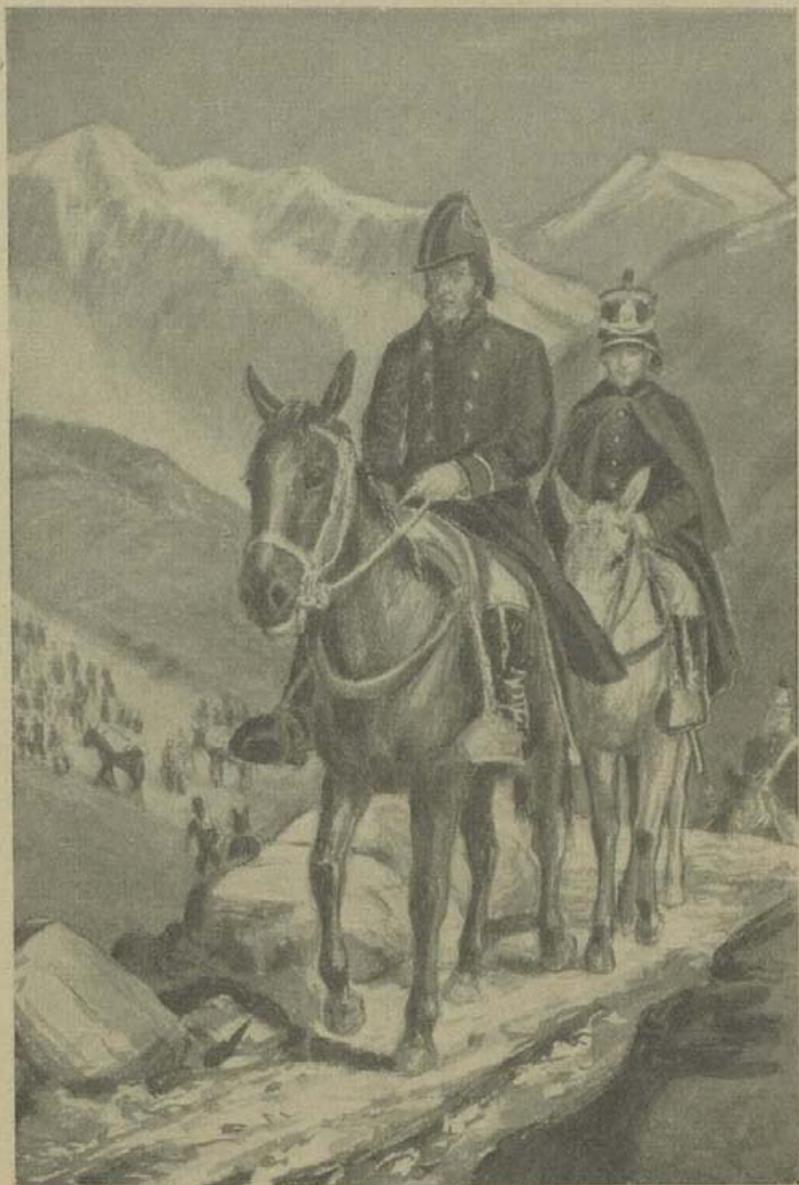
San Martín y Belgrano, sobre todo, apremiaban



a los congresales de Tucumán para declarar la independencia.

—¿Cree usted que la independencia es asunto tan fácil como soplar y hacer botellas?— dijeron a San Martín los que vacilaban.

—Es más fácil para un americano obtener la



El Paso de los Andes

independencia de su país que hacer una sola botella — contestó el héroe.

\* \* \*

La sobriedad y sencillez de San Martín eran proverbiales. Trataba de eludir fiestas y demostraciones; su mesa solía ser la misma cocina del campamento.

Estas condiciones se manifestaron en el retiro de su hogar. La vanidad de su inmensa gloria no turbó nunca su espíritu sereno y modesto.

En cierta ocasión, la nietecita se apoderó de una medalla, recuerdo de su participación en una célebre batalla.

Al verla la madre, hija de San Martín, se la quita y la niña echa a llorar.

San Martín se la devuelve diciendo:

— “¡Qué valen esos cintajos de gloria si no sirven para enjugar las lágrimas de una pobre niña!”

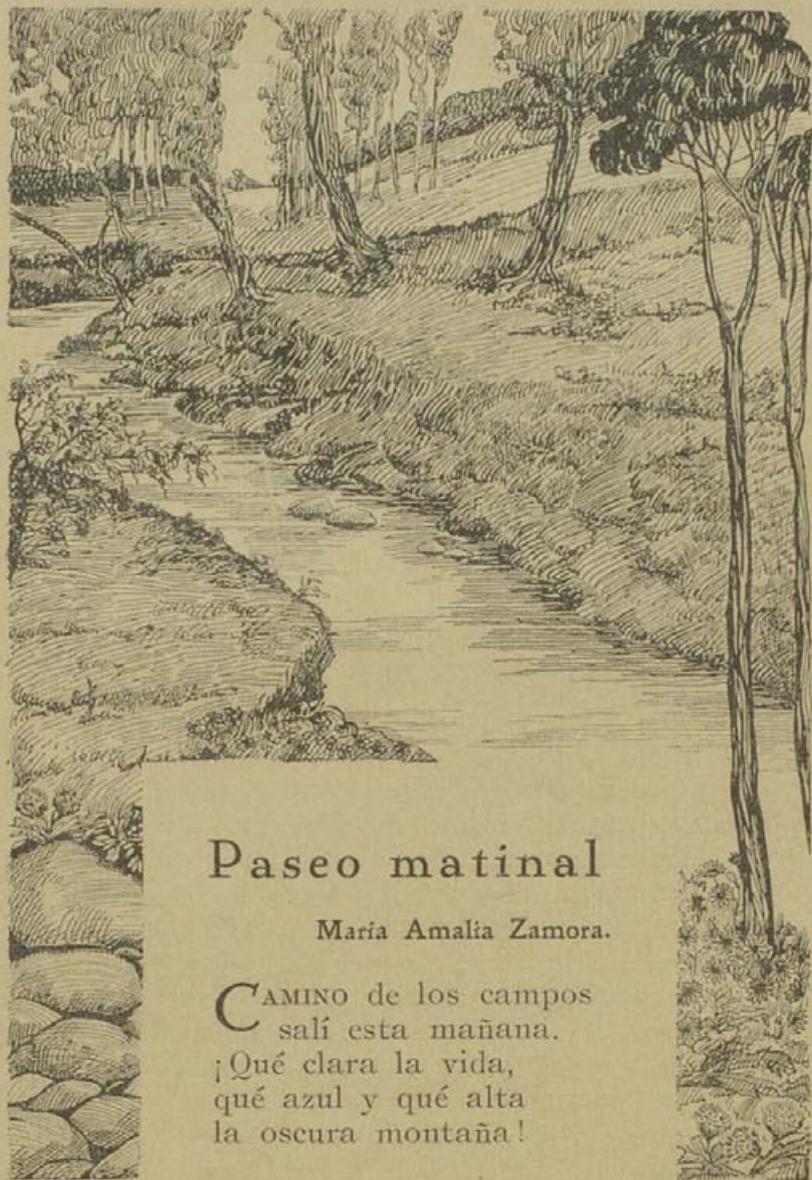
\* \* \*

Una frase de hierro fué la guía de su conducta: “Serás lo que debes ser y si no, no serás nada”.

Y fué lo que debió ser. Recto y justiciero, de una honradez a toda prueba. De su camino no pudieron desviarle ni las ambiciones ni las lisonjas.

Cuando le pidieron que abandonara su empresa libertadora para mezclarse en las luchas políticas de su país, dió la respuesta que América recuerda:

— “He desenvainado mi espada para luchar por la libertad de América, no para derramar sangre de hermanos”.



## Paseo matinal

María Amalía Zamora.

**C**AMINO de los campos  
salí esta mañana.  
¡Qué clara la vida,  
qué azul y qué alta  
la oscura montaña!

Mirando los campos  
se me fué una hora.  
El perfume traigo  
de todos los campos  
en mi traje oscuro;  
y en el alma,  
un poco de su alma tan pura!

¡Gloria del aire en las alturas  
y de la rama en los ramajes!  
¡Cristalízase el alma en las frescuras  
azules de los húmedos paisajes!  
¡Ha llovido muy hondo y la mañana  
de alegre fiesta amanecida está!

Me uno al cielo y al sol y a la mañana:  
de paso voy.  
Llenos de agua los montes y los caminos  
mojan mis pies;  
el agua bulliciosa suena  
y mi paso ligero es cadencioso.

¡Oh gozo!  
Recorro todo el monte  
y de retorno traigo  
flores, piedras,  
gozo y horizontes...  
Y estoy de fiesta:  
mi santuario es el monte.



## Cómo se alimentan las plantas

¿TE extrañas que llame seres vivos a las plantas? Partamos de esta consideración: las plantas tienen órganos que cumplen funciones; entonces hay vida. Además, nacen, crecen y se reproducen.

Los seres inertes, inorgánicos, esto es, faltos de órganos, son los seres minerales. Y no es posible confundir una piedra con un rosal.

Tú pensarás, sin duda, que como seres vivos, tendrán necesidad de nutrirse. Claro está que comen las plantas, aunque no les vea boca ni masticar sus alimentos.

Quítate esa cara de asombro, pues voy a explicarte lo que se te antoja un cuento chino.

Acércame tu plantita. En esta maceta oculta sus raíces. Cuando tú tienes sed, a menudo te acuerdas de ella y le viertes un jarro de agua. Si le faltara, se moriría.

¿De qué moriría? De sed y de hambre.

El agua tiene la propiedad de disolver algunas substancias, como lo hace con el azúcar de tu café y la sal de tu caldo.

Lo mismo acontece con otras substancias contenidas en la tierra. Las disuelve y las raicecillas absorben el líquido.

Sube el líquido hasta las hojas; y en ellas, con un poco de carbono que quitan al aire, en cambio de oxígeno, y con la ayuda del sol, fabrican azúcares, grasas, almidones, etcétera; es decir, las mismas substancias que necesitan los animales para nutrirse.

Por eso hallamos azúcar en el néctar, en la remolacha y en la caña de su nombre; almidón en la patata: harina en el trigo; aceite en el olivo: albúmina en los frutos; resina en el pino.

¿Has visto que maravilloso laboratorio químico es cada planta?

¿Comprendes cuánto placer encierra el estudio de la naturaleza?



## El roble y el hongo

**E**L hombre es un ser sociable. Vivir en sociedad con sus semejantes significó para él progreso y civilización.

Los animales conocen las ventajas de la vida social; de ahí los términos manada, majada, rebaño, tropa, tropilla, piara, bandada, enjambre, etc. que sirven para expresar la reunión de un número crecido de distintos animales, estén o no domesticados.

Insectos hay que nos brindan los más extraordinarios ejemplos de instintos sociales.

En el mundo vegetal se cumple, asimismo esta ley de la asociación.

En plantas de diversa especie encontramos un caso curioso de ayuda mutua: la sociedad del roble con el hongo.

En las raíces del coloso introducen sus raicecillas los hongos. ¿Son parásitos? No.

Ocurre que dichas plantas no obtienen para su alimento todas las substancias que necesitan. Mediante las raíces efectúan el cambio.



Y es como si dos buenos amigos se dijeran:  
—Mira: tú tienes carne y yo tengo pan. Toma un trozo de mi pan, a cambio de un trozo de tu carne.

Así viven en amigable sociedad el robusto roble y el pequeño hongo.

Recio se eleva el árbol. Pero allá, junto a sus raíces, trabaja el duendecillo, sin cuyo concurso, no hubiera existido esta frase: fuerte como un roble.

¡Qué sabia lección para los egoístas y soberbios que creen bastarse siempre a sí mismos!





## Por lejanas tierras

— OBEDEZCAN todos. Cierren los ojos. Juan los entreabre.

— Ahora no.

— Bien. Yo veré por todos y atención.

Nos encontramos embarcados. Nos lleva un hermoso trasatlántico. Salimos de Buenos Aires hace muchos días.

El viaje es cómodo; pero nos cansa el ver agua y cielo solamente.

Por fin, llegamos a puerto. A bajar por la planchada, chicos. ¡Cuidado! No tropiecen.

Estamos en una hermosa ciudad. ¡Qué raros edificios! Algunas veces hemos visto en láminas sus

techos cóncavos. Piso sobre piso, parecen los volantes de un vestido.

Los habitantes son de talla mediana, ojos oblicuos y piel aceitunada. Muchos visten como nosotros.

— ¡Estamos en el Japón!

— Cállate, Pedrito, yo sólo tengo ojos.

Ahí vienen unos niños. Llevan la cabeza rapada, dejándose cuatro mechones. Zapatos de madera, atados al pie. Vestidos sueltos y mangas tan anchas que casi tocan el suelo.

— Le pediré a mamá que me compre uno de esos vestidos.

— Atiende.

A otros, más pequeños, los traen sus padres en las espaldas y ellos se toman del cuello.

A mi vera pasa otro niño; lleva un pincel para escribir.

— ¿Para escribir?

— Mejor dicho, para pintar las letras; aquí no usan plumas.

¡Oh! ¡Qué juguetes más bonitos!

— Déjanos ver.

— No; cuidado, porque todo desaparece.

Son unos grandes peces de papel, huecos, y cuelgan de unas varillas, en el frente de las casas. Sopla el viento, se hinchan y parecen nadar.

Me acuerdo haber leído su significado. En cierta



fecha, los padres de hijos varones colocan esos peces que simulan nadar contra la corriente...

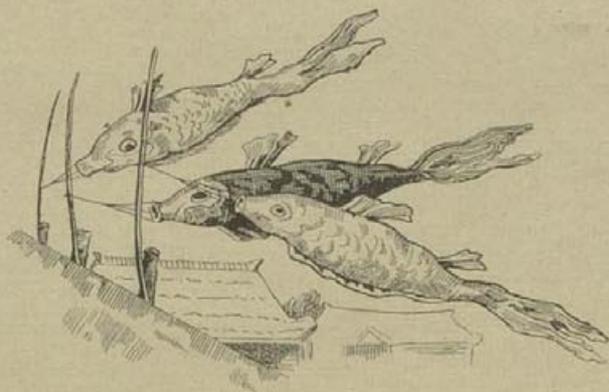
— ¿Para qué?

— Para demostrarles que lucharán en la vida con grandes dificultades; pero que ellos deberán vencerlas y triunfar mediante la virtud y el trabajo.

Ahora les doy permiso para abrir los ojos.

— ¿Y los peces de papel?

— Tonto, ¿te lo has creído? Todo lo dicho es cierto, menos nuestro viaje.





Edison



Pasteur

## Humildes orígenes, grandes destinos

CADA niño es una fuerza oculta. No sabemos cuanta energía atesora. Ignoramos adonde llegará.

¿Qué será ese niño de ojos vivos y mechones rubios, cuya mirada se nos clava curiosa, investigadora?

A aquel otro, de ojos oscuros, cabellos revueltos y frente pensativa, ¿qué porvenir le aguarda?

La vida tiene muchas sendas. ¡Ojalá todos encuentren la del bien!

Un artesano en su oficio vale lo que un artista en su arte.

Los niños todo lo podrán. No importa su modesto origen.

En casa de adobes, de una aldea perdida en la selva misionera, nació el libertador de América.



Franklin



Gutenberg



Fulton



Stephenson



Morse



Jenner

Sabios e  
inventores

La dura infancia de Sarmiento no fué inconveniente para alcanzar los más altos honores.

De niño, pobre, descalzo, sin abrigo. Grumete de un barco mercante. Después la gloria: el primer almirante de nuestros buques, Guillermo Brown.

Una mujer célebre, la escritora Pardo Bazán, empezó en la humildad y logró justo renombre.

Un gran pintor argentino ha contado las angustias de su infancia huérfana.

¿Y el ejemplo magnífico de Edison, “cabeza hueca” como alguien le dijo?

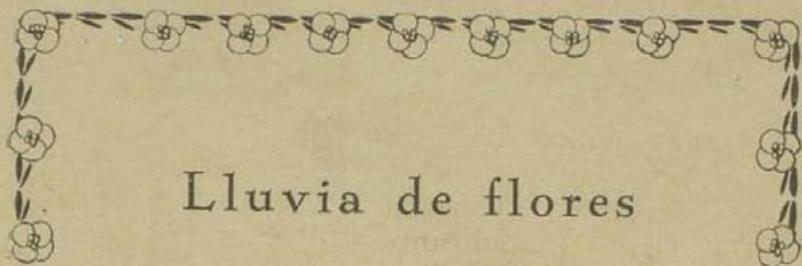
¡Niños! ¡Niñas! Tened fe en vosotros. Nada de lo que busquéis, por la senda del bien, os está negado.



Ameghino



Señora de Curie



## Lluvia de flores

**S**OBRE los campos y los jardines, vuelca la Primavera sus cestas colmadas de flores.

Corolas blancas, azules, rosadas y amarillas nos sonríen por doquiera: en el palacio y en la choza, en la ciudad y en la quebrada más oculta de la montaña.

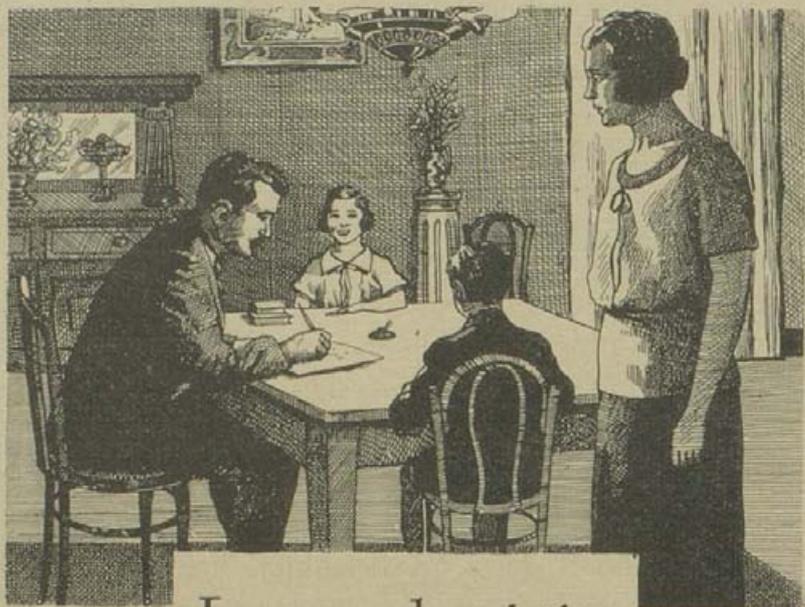
Florechitas del campo, humildes y sencillas, ¡qué vivos son vuestros colores y qué agradables vuestros pétalos! Si no fuera por vosotras, el campo se tornaría en un desierto verde, sin alegría ni belleza.

Flores de los jardines, vosotras sois más elegantes, más complicadas, tal vez más pálidas. La mano del hombre os perfeccionó; su arte exquisito disminuye vuestros estambres para convertirlos en pétalos, y resultáis sorprendentes maravillas.

Soberbias rosas, blancas azucenas, rojos claveles, humildes violetas, fragantes jazmines, varitas de nardos, racimos de lilas: ¿a quién proclamar mejor si todas sois hijas de la belleza?

Símbolo de gracia, galardón de triunfo, cantáis en el hogar el poema de la dicha.

Corre presurosa, alegre Primavera, y por campos y jardines, vuelca tus cestas colmadas de flores.



## La paz doméstica

Luis María Jordán.

¡**Q**UÉ dulces las veladas de la casa!  
La vida que en la calle se complica,  
cómo se transfigura y simplifica  
en las cuatro paredes de la casa!

Horas de regocijo y de delicias,  
de pensar en voz alta y de ser bueno,  
de amar la vida eterna en cuyo seno  
florecerán al cabo las albricias.

De escuchar los consejos de la madre  
—la madre es vieja, le aparecen canas—  
o de oír el cantar de las hermanas  
santificando la labor del padre.

Horas que uno quisiera hacer eternas:  
sin inquietud, sin desazón, sin cuitas;  
horas calmadas del hogar: benditas  
horas que deberían ser eternas!

Basta la salud y la alegría,  
un par de viejos que ya peinan canas,  
un pequeño rosal y las hermanas  
para que ahuyenten la melancolía.

¡Qué dulce las vigiliass de la casa!  
todo es amable, todo sabe a rosas,  
todo — hasta el alma misma de las cosas —  
se hace más bueno en el umbral de la casa.



## Luces voladoras

**O**SCURECÍA. Los últimos rayos del sol se apagaron en el poniente.

El brillo de las estrellas se hizo más intenso. Después el campo se envolvió en las sombras de una tranquila noche de enero.

Frotaron sus élitros los grillos y un murciélago cruzó el patio.

Sobre el alfalfar en flor, vimos volar unas lucecillas.

Unas eran pequeñas linternas de luz intermitente. Otras, mayores, eran como foquitos sin interrupción.

— He ahí, me dije yo — un cuento infantil. Van los genios de las buenas hadas hacia el bosque. Buscarán a la Bella Durmiente; la despertarán de su largo sueño. Luego con ella, formarán alegre ronda.

Lástima que los cuentos no sean alguna vez realidad.

Las lucecitas intermitentes son los bichitos de luz, las luciérnagas; los foquitos, luciérnagas más grandes, llamadas cocuyos o tucos.

Daniel, el menor de todos, preguntó:

— ¿Tienen luz eléctrica?

— No. Esa luz se produce mediante una substancia que segregan las luciérnagas. En contacto con el aire, se oxida y da lugar al fenómeno luminoso, según se cree.

Nos propusimos cazar algunos tucos.

Al momento, todos tuvimos una varita encendida en un extremo.

Con ellas nos paseamos agitándolas.

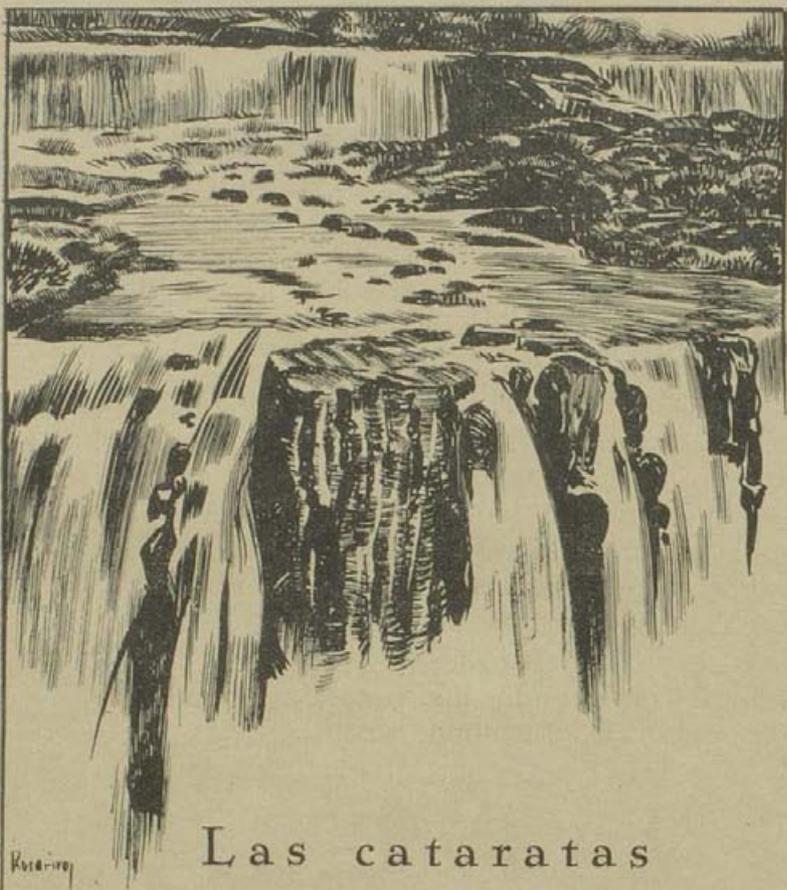
La estratagema dió buenos resultados.

Los cocuyos nos creyeron de su especie y volaron a nuestro encuentro. Con nuestras gorras aprisionamos más de una docena. Y, a manera de adorno, los colocamos entre el cabello.

— ¿Quién podría decir que nuestras cabezas carecen de luz? — preguntó Raúl.

— No te enorgullezcas; — le contestó Carlos — a tu cabeza le ocurre lo mismo que a los planetas. Cuando tienen luz, es porque la llevan prestada.





## Las cataratas del Iguazú

**D**os grandes ríos, el Paraná y el Uruguay, parecen darse cita en la tierra misionera, la próspera región de los yerbales, de los bosques de cedro, quebrachos y algarrobos.

Marcha el primero hacia el sud. El segundo, quiere ahorrarse el fatigoso trabajo de abrir largo cauce a sus aguas y corre hacia el oeste, a cruzarse en el camino.

Se interponen las sierras de Misiones y los separa. Sólo podrán unirse en el nacimiento del Plata, después de haber abrazado toda la mesopotamia.

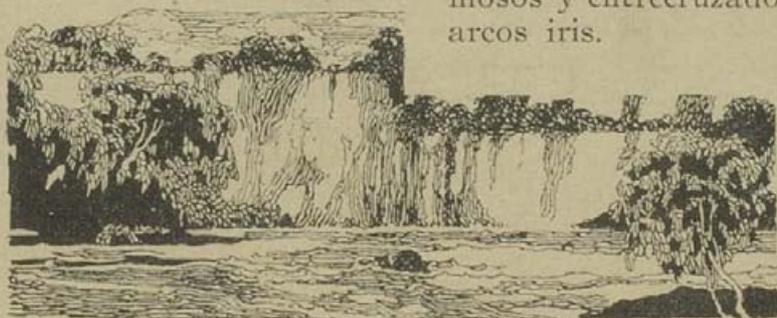
Otro río, más afortunado, el Iguazú, realiza algo más al norte la aspiración del Uruguay. Y el gran hermano lo recibe fraternalmente.

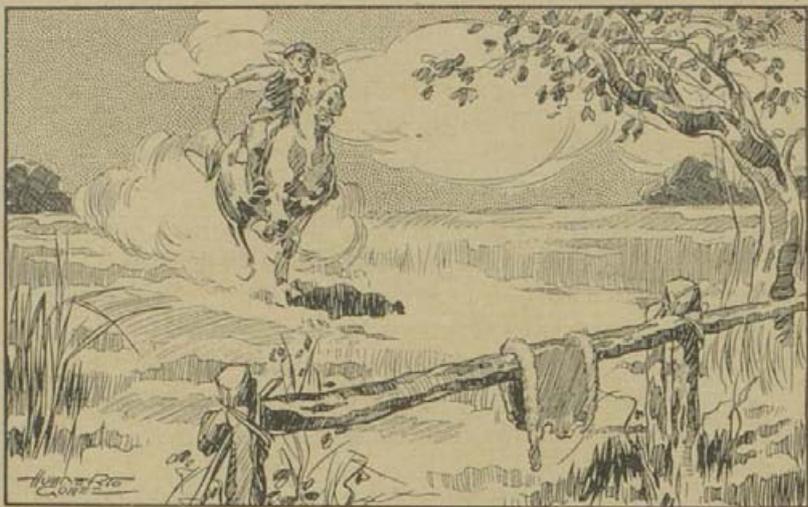
¿A costa de qué esfuerzos?

La sierra está en su camino. Pero él, hijo de la montaña, no retrocede, aunque los enormes bloques de piedra deshilachen su corriente. Avanza. Impetuoso y violento, arroja sus aguas al asalto.

De pronto, se abre el abismo de las cataratas y desde lo alto, se precipita la caudalosa corriente del Iguazú.

Un ruido ensordecedor produce la tremenda caída. Y del fondo, las revueltas aguas se elevan como hirviente espuma, mientras el sol pinta hermosos y entrecruzados arcos iris.





## La vuelta

**D**IVISAMOS una distante polvareda.

Poco a poco, la mancha de polvo sobre el campo se aclaraba y surgía la figura de don Braulio.

Regresaba después de una ausencia, que se nos antojó interminable.

Llegó. Sin apearse, abrió la tranquera y se dirigió al "palenque" para desensillar el caballo.

Fuimos a saludarle llenos de alborozo.

— Buenos días, don Braulio. Por fin ha vuelto.

— La querencia que tiene tan lindos pajaritos, como ustedes, no se olvida.

— ¿Cómo le ha ido?

— De bien para regular. Los animales iban flacos por la larga seca. Los pastos están quemados

con este sol que ni una nube se atreve a taparle la cara.

— El maizal está sufriendo la falta de agua.

— Es verdad, pero de aquí a mañana tendremos lluvia.

— ¿Sí? ¿Cómo lo sabe?

— Los sapos anoche roncaban mucho; la virazón de esta madrugada y aquellas nubes indican tormenta segura. De ese lado no falla.

Miró las nubes y agregó:

— Parece que será de viento y granizo.

Mientras nos hablaba, fué quitando el apero. Aflojó la cincha, lo cual el caballo agradeció con un resuello.

Luego, tomó el cuero de oveja de blanda lana, los bastos y la carona. Otra pequeña manta completaba el recado.



— Me lo llevo al *jagüel*, que estará sediento — nos dijo.

— Lo llevamos nosotros, don Braulio.

Le sacó el freno y las riendas; con una cuerda le echó un lazo al cogote. Antes de entregarlo le acarició el hocico, las ancas y de contrapelo le pasó por el lomo la lonja del rebenque.

¡Ico! Y detrás nuestro marchó el caballo dócilmente, trascendido a sudor por el largo galope.

¡Linda estampa de overo rosado! Los versos de Roldán me vinieron a la memoria. Y los recité en voz baja.

Caballito criollo, del galope corto,  
del aliento largo y el instinto fiel.  
Caballito criollo que fué como un asta  
para la bandera que anduvo sobre él.  
Caballito criollo, que de puro heroico  
se alejó una tarde de bajo su ombú,  
y en alas de extraños afanes de gloria  
se trepó a los Andes y se fué al Perú.  
Se alzaré algún día, caballito criollo,  
sobre una eminencia un overo en pie,  
y estará tallada su figura en bronce,  
caballito criollo que pasó y se fué.





## Mirando el cielo

VINIERON mis amiguitas. Con ellas, mamá y yo nos reunimos en el jardincito de casa.

Hacía calor. El cielo despejado, no tenía nubes. Por el oeste, asomaba su disco la luna.

— ¡Si pudiéramos viajar hasta ella — dijo Magda, mientras contemplaba el astro de la noche.

— Si lo deseas — le repuse — se te ofrece la oportu-

tunidad. Un señor construye, en estos días, un aeroplano especial para ese viajecito.

Luisita, sorprendida por la noticia, exclamó:

— ¡Qué disparate! Si llega, no tendrá sitio para colocar el aparato.

A los cuatro años, no se puede saber mucho.

— Se la traería en el bolsillo — dijo Celia en tono de burla.

Mamá intervino para evitar que las bromas molestaran a Luisita.

— Sí, hijita, tendría sitio de sobra. La enorme distancia nos engaña acerca de su tamaño. Centenas de miles de kilómetros deben separarnos de la luna para verla reducida a las proporciones de un plato.

— ¿No le parece, señora, irrealizable ese viaje? — preguntó Angélica.

— Como se han realizado tantas cosas que parecieron imposibles, nos cuesta decir: esto no se hará. Ahora lo razonable es estudiar sus dificultades y los medios para resolverlas. Veremos si ha llegado el momento.

— A mí se me ocurre — opiné yo — que esa enorme distancia hace una quimera de ese proyecto.

— Así se piensa. A menos que se llegara a construir un aparato de extraordinaria velocidad.

— Además, llegaría a faltarle el aire — agregó Carmencita.

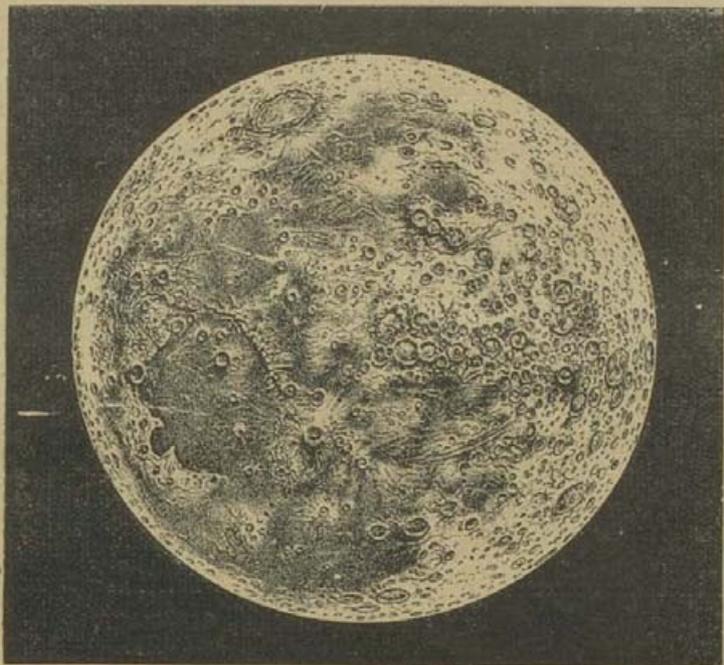
— Esa es otra grave dificultad. La capa atmosférica tiene un espesor de cien kilómetros y en las partes superiores el aire se enrarece. Cuando hubiera atravesado la atmósfera ¿podría continuar el vuelo?

— ¿Y la fuerza de atracción de la tierra, lo dejaría ir? — dijo, juiciosamente, Nélica.

— A medida que se piensa, surgen más impedimentos. Supongamos que el osado volador llegue a la superficie lunar, ¿qué recibimiento le espera?

— ¿Está habitada la luna? — interrumpió Julia.

— Hay gente que vive en la luna — dijo, riéndose, Celia.



— Creo que no está habitada porque la vida es imposible en el satélite. Falta aire y agua. El calor del día sobra para que hierva nuestra cafetera y las noches son intensamente frías.

— Adiós viaje, agregué. Lo siento por Magda que ya se consideraba habitante de la luna.



## La hermana

Eduardo Marquina.

VERANO “Enero”, declinaba el día manchando el cielo de vapores rojos y volvían, pisando los rastros, los niños—ella y él—a la alquería.

Ella callaba... El chiquitín decía:  
—“Yo era un soldado; y cuanto ven tus ojos, no eran parvas de trigo, eran despojos de una batalla en la que yo vencía.”

—“Pero, ¿y yo?”...  
—“Deja; espera... Ebrio de gloria, yo volvía después de la victoria, y a ti, que eras la reina, te buscaba...”

—“¡No, no!.. La Reina es poca cosa... Yo era —dice la chiquitina— una enfermera y tú estabas herido, y te curaba...”



## Anécdotas

**H**ALLÁBASE Sarmiento de visita en la casa de un amigo. Un fuerte resfrío le molestaba y el humo del tabaco le provocaba tos.

Una de las niñas de la casa le dice:

— ¿Por qué fuma, señor Sarmiento?

— Porque se me antoja — le responde secamente. No pasó de ahí el diálogo.

Sarmiento seguía concurriendo de visita. Pero la niña observó que no fumaba, como era su costumbre. Llamóle la atención y atrevióse a preguntarle:

— ¿No fuma más, señor Sarmiento?

— Me he puesto en penitencia durante dos meses por haberle dado a usted una mala respuesta.

El gran hombre no tenía inconveniente en reconocer su falta. Además, le demostraba a la niña que debemos arrepentirnos de nuestros errores y procurar su enmienda.



Nuestro sabio más ilustre, Florentino Ameghino, refería cómo se despertó su entusiasmo por las ciencias naturales.

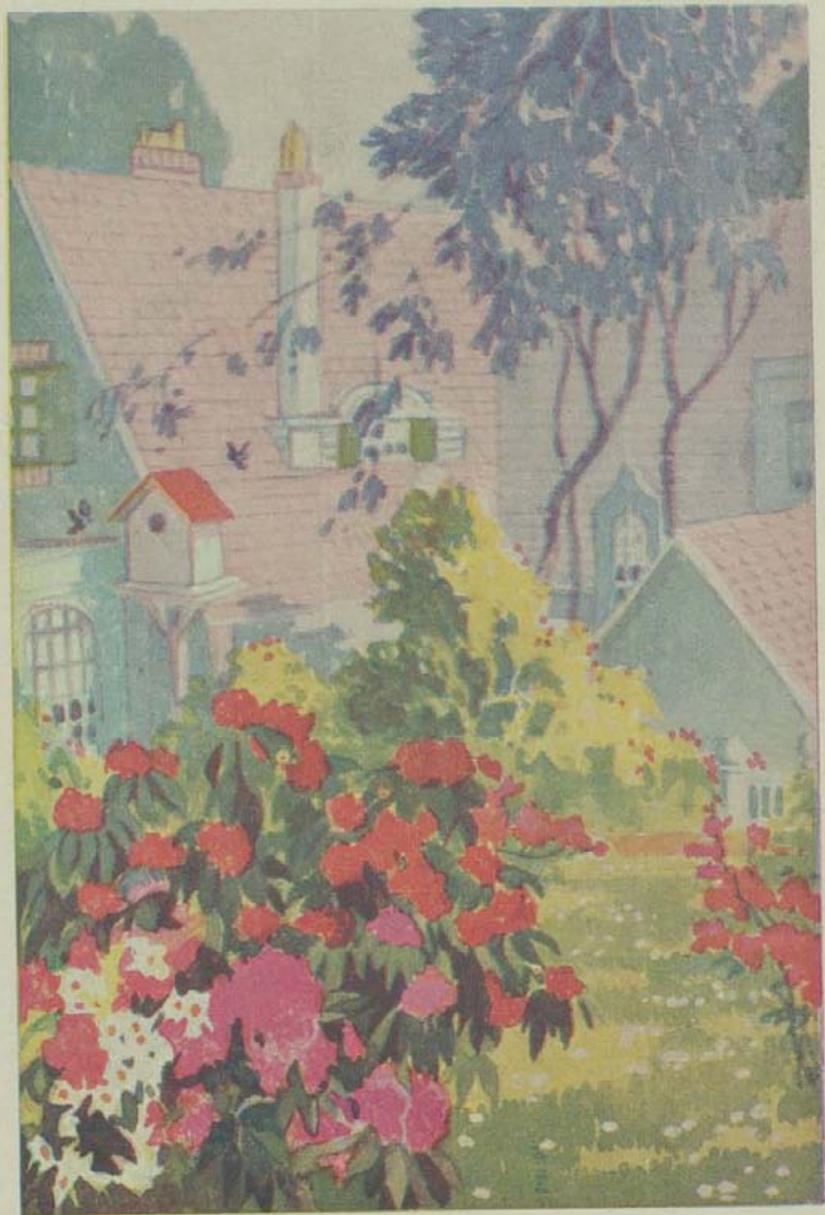
— “Era muchacho y en mis andanzas por el río Luján, vi incrustado en una margen de dicho río un caracol.

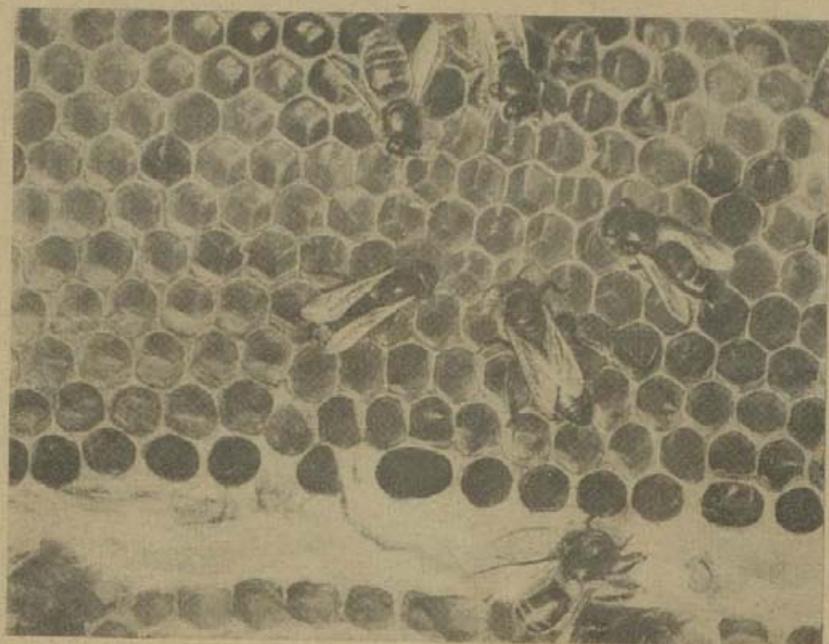
“Regresé a mi casa con él; y hablando con mi padre, me dijo que, posiblemente, las aguas lo habían arrastrado y sepultado en el sitio del hallazgo.

“No estuve de acuerdo. Discutimos. Para mí, el río no lo había enterrado, sino descubierto.

“La discusión me despertó el deseo de confirmar mi juicio. Y desde entonces me consagré a esta clase de estudios.”







## La colmena

VAMOS a describir la casa de la abeja, insecto muy digno de su fama.

Se llama colmena y comprende un gran número de compartimientos. Es su residencia y también la fábrica de su industria.

Está dividida por varios tabiques, colocados verticalmente. Sobre ellos, y en ambas caras, construyen las celditas, tubitos prismáticos y exagonales.

En la construcción emplea la cera como material.  
¿Qué es la cera? Una substancia que segrega la

abeja; la mastica y mezcla con un líquido; obtiene así una pasta de fácil trabajo.

Las paredes de las celditas son muy delgadas, por espíritu de economía, pues se gasta mucha miel en su fabricación. Las refuerza, a menudo, con resinas de los árboles.

El hombre le ahorra ese gasto, dándoles panales artificiales o ya usados.

El arreglo de la colmena—las abejas son muy primorosas—la alimentación de las que nacen, el transporte de polen y néctar, que guardarán en las celditas destinadas a ese fin, son tareas que cumplen las obreras.

La reina del enjambre es una abeja más desarrollada y vive regaladamente en compartimiento más amplio, como cuadra a su dignidad real. Su misión es la de poner sus huevecillos en las celdas. Llegar a poner hasta tres mil.

La ley del trabajo impera en la colmena.

Los zánganos son expulsados en breve tiempo.





## El buey

Carducci.

¡PIADOSO buey! Al verte, mi corazón se llena de un grato sentimiento de paz y de ternura, y te amo... cuando miras inmóvil la llanura, que debe a tus rigores ser más fecunda y buena.

Bajo el pesado yugo, tú no sientes la pena, y así ayudas al hombre que tu paso apresura; y a su voz y a su hierro, contesta la dulzura doliente con que gira tu mirada serena.

De tu ancha nariz brota, como un vaho, tu aliento, y tu afable mugido, lentamente, en el viento vibrando como un salmo de alegría, se pierde...

Y en su austera dulzura, tus dos verdes pupilas reflejan cual si fueran dos lagunas tranquilas, el divino silencio de la llanura verde.

## Los héroes de todos los días



—MÍRALO. Muy alto, sobre una oscilante tabla. Trabaja pacientemente; trabaja con arte: ya perfecciona una moldura, ya le da un trazo más esbelto a una línea.

Una canción brota de sus labios; un dulce recuerdo lo ilumina. Esa casa no es suya; él no la habitará. Pero trabaja con amor.

Trabaja sereno, heroicamente. Despreocupado del abismo que le amenaza a cada segundo.

\*  
\*  
\*

—La mina. Honda garganta oscura. Enormes bloques de piedra que se derrumban. Cámaras ocultas de gases mortíferos. Y ahí, tiznado, sudoroso, jadeante el minero.

¿Volverá a la superficie? No piensa en ello. Le preocupa arrancar aquellos trozos de piedra que moverán el mundo allá arriba.

\*  
\*  
\*

Está enfermo y no tiene quien vele por él. Le huyen, le temen: es un enfermo peligroso, dicen.

Llegó esta mañana al hospital. Se acerca el mé-



dico. Toma su pulso, toca su quemante piel; ausculta su pecho; recibe el aliento del enfermo.

Podrá contagiarse; él sabe, como médico, que el mal se transmite. Mas no es ese su pensamiento. Lo que anhela es salvar a ese hombre sin amparo, que si no fuera por su ciencia y por su arrojo, moriría.



— Son niños; ignoran todo; no saben escribir ni sus propios nombres. Vacíos casi por completo de todo útil conocimiento.

Tomados por el torbellino de la vida, faltos de experiencia, ¿qué porvenir les aguarda?

Hay que emprender la dura tarea de hacerlos hombres.

Dura tarea. Se gastan los nervios, se hiere la garganta, se marchita la salud. Pero obra tan grande, es digna de tanta abnegación.

¿No es verdad, maestro?





## El egoísmo anula las buenas cualidades

— ¡UN hormiguero! ¡Un hormiguero! ¡Miren!  
A grandes gritos nos comunicaba Oscar su descubrimiento.

Don Braulio sentenció:

— Hay que destruirlas.

— ¿Por qué? ¡Pobrecitas, tan laboriosas! — dijo Oscar.

— Soy enemigo de perseguir inútilmente cualquier animal; pero hay algunos, como la hormiga, que si no acabamos con ellos, ellos acaban con nosotros.

— ¿Es posible, don Braulio?

— Ustedes mismo lo dirán. Ese montoncito cónico de tierra ha sido extraído de los cimientos para formar el hormiguero. Si otros más se forman, perderán su resistencia.

¿Qué podrá ocurrir?

— El derrumbe.

— Probablemente. No sé donde he leído que una ciudad fué destruída por las hormigas. Además, son muy voraces; en pocos días pueden acabar con nuestra huerta.

— ¡Eso no! Allí están mis plantitas — exclamó Oscar.

— Ya ves, como vas pensando de manera distinta. ¿Y si éstas fueren de esas hormigas que, en cantidad inmensa, avanzan como una ola de destrucción? Hasta el ganado huye y las familias deben proteger a los niños de sus ataques. Pero no te asustes, Oscar, son de otras regiones. Éstas se contentarán con tus plantitas.

— ¡Guerra a las hormigas! — dijo Pedro.

— Yo admiro su laboriosidad — siguió diciendo don Braulio — su vida social, su previsión y hasta me parecen más interesantes que las abejas. Insectos ganaderos se les ha llamado porque ellos mismos crían a los pulgones que segregan una sustancia que les gusta. — Pero entre las abejas y las hormigas, hay la distancia que media entre el hombre bueno y de trabajo que practica el bien y el egoísta que todo lo quiere, y que todo le parece poco para satisfacer sus ambiciones. El egoísmo de su vida anula sus buenas cualidades.



## Han calumniado a la cigarra

J. H. Fabre.

CUANDO la hormiga, en las sofocantes tardes de verano, va de un lugar a otro extenuada de sed, la cigarra, en la rama de un arbusto, perfora la corteza, hinchada de una savia madura por el sol.

Muchos sedientos rondan por allí.

Alrededor de la picadura, se apresuran avispa, moscas, y, sobre todo, hormigas.

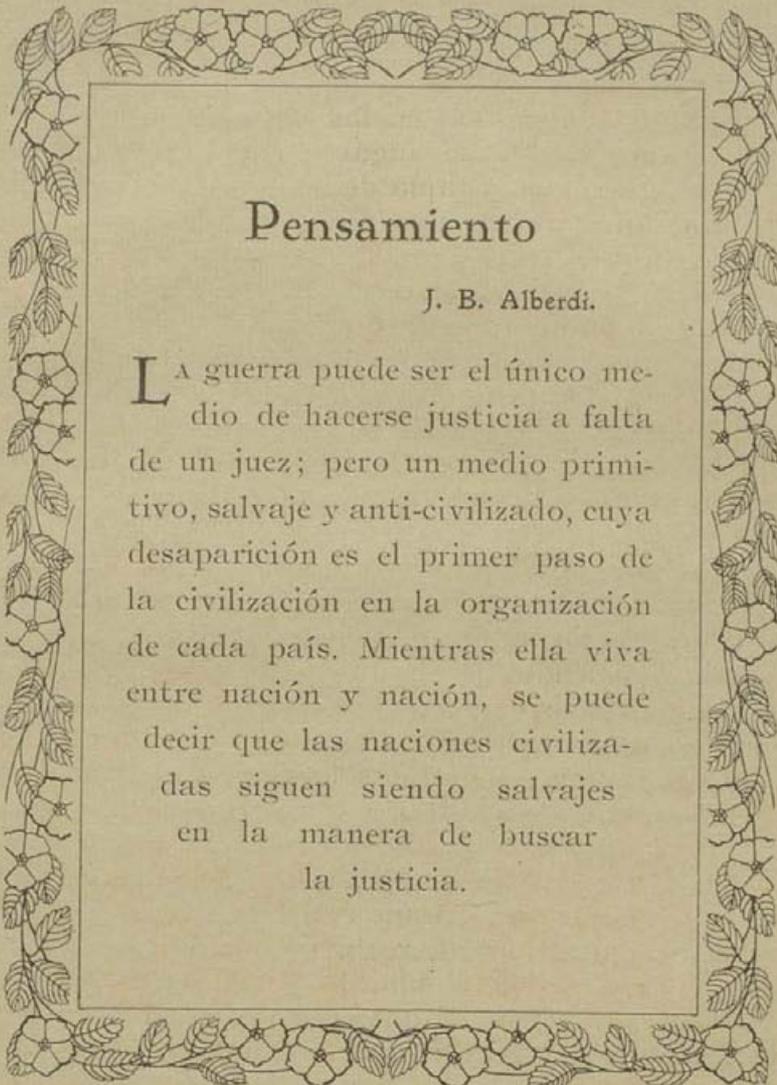
Los más pequeños, para acercarse al manantial, se deslizan por debajo del vientre de la cigarra que, bondadosa, se levanta sobre sus patas y deja paso libre a los importunos; los mayores, pateando impacientes, toman un bocado, se retiran y vuelven más decididos.

Los más obstinados son las hormigas. He visto algunas mordiscar a la cigarra en las patas. Otras le tiran de la punta del ala, subiéndole a la espalda y haciéndole cosquillas. He visto una, más audaz, que quiso quitarle el chupador.

Y de esta manera el gigante, atormentado por aquellos enanos y concluída la paciencia, acaba por abandonar el pozo.

Huye, lanzando a los salteadores un chorro de orina. Pero ¡qué le importa a la hormiga esa expresión de soberano desprecio!

Se ve, pues, que la realidad cambia los papeles imaginados por la fábula. El pordiosero sin delicadeza, que no retrocede ante el robo, es la hormiga; el artesano industrial, que comparte su alimento con el necesitado, es la cigarra.

A decorative border of repeating floral motifs, possibly morning glories, with leaves and vines, framing the central text.

## Pensamiento

J. B. Alberdi.

LA guerra puede ser el único medio de hacerse justicia a falta de un juez; pero un medio primitivo, salvaje y anti-civilizado, cuya desaparición es el primer paso de la civilización en la organización de cada país. Mientras ella viva entre nación y nación, se puede decir que las naciones civilizadas siguen siendo salvajes en la manera de buscar la justicia.

# Colón

Guillermo Matta.

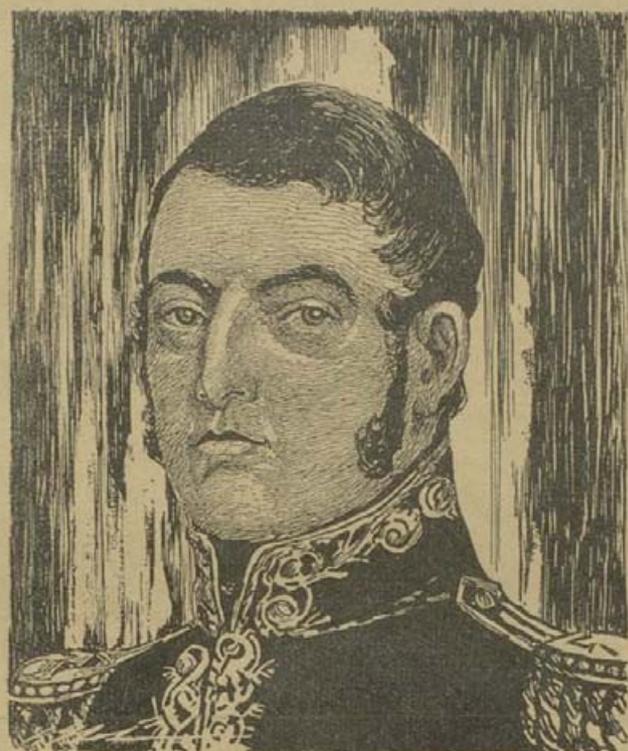
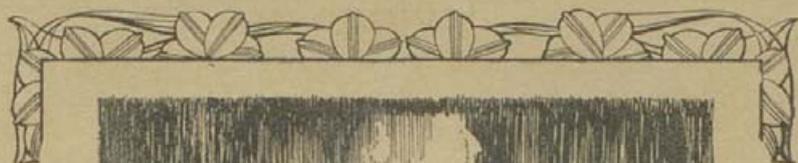
A la marcha veloz del pensamiento,  
obstáculos el mundo opone en vano;  
sólo el débil se abate al sufrimiento:  
el genio es invencible y soberano.



Colón, Colón, renueva tu ardimiento.  
Ven, ya te espera el hemisferio indiano,  
y en frágil nave, desafiando el viento,  
hiende en pos de tu gloria el océano.

Tu genio, el globo misterioso abarca;  
de pie sobre el timón, audaz piloto,  
siempre al oeste, siempre va tu barca.

¡Oh, gozo! ¡Oh, triunfo! En el confín remoto,  
naciendo el alba entre arreboles, marca  
la extensa playa de ese mundo ignoto.



## Retrato



Ricardo Rojas.

**E**RA San Martín un hombre de estatura mediana, aunque imponente por su estampa marcial. Tenía la tez morena. Su cabeza redondeábase

en bellas líneas armoniosas, fuertes en los [arcos ciliares, de enérgico ceño.

Los ojos negros, de mirada magnética y profunda, movíanse como emboscados a la sombra de las cejas expresivas. Las manos eran huesudas y largas, de ademán elocuente; la marcha a la vez ágil y firme; la actitud, cautelosa o elegante, según las ocasiones; la voz, rotunda y varonil. Reía poco; pero su sonrisa era graciosa en la boca pequeña, bien dibujada y bien dentada. Afeitábase el bigote, usaba largas patillas que peinaba hacia adelante, como lo hacía con el cabello, negro y lacio, tendido sobre la frente.



## Del pasado

— H<sup>A</sup>BÍA decidido — nos contaba el viejo serrano don Lindolfo — agrandar mi huerta y necesitaba agua. Me puse a cavar la acequia y fué, entonces, cuando encontré esa vasija de barro cocido.

Y con su mano huesuda, nos señaló una jarra, con dibujos geométricos, colocada sobre una mesita.

— Se trata de un trabajo de origen indio. Tendrá una antigüedad de varios siglos antes de la colonización española.

Luego continuó:

— En este lugar se levantaba la población de una numerosa tribu. Ese camino de guijarros apisonados es obra de ellos; y aun se ven los rastros de sus acequias, lo cual demuestra que era un pueblo de residencia fija, pastor y agricultor a la vez. Más allá, se hallan los escombros de sus construcciones.

Fuimos al sitio indicado. Vimos los restos de un paredón, hecho de piedras superpuestas, como si fuera la muralla de un pucará (fortaleza india). Una que otra pared, derruidas, indicaban los restos de sus casas. Las paredes de adobe no resistieron la acción del tiempo.

— Como se ve — agregó don Lindolfo — estas tribus diaguitas, eran las más adelantadas de nuestro territorio. Cultivaban el suelo, explotaban al-



gunas minas, tenían hornos de fundición para los metales. Con el pelo del guanaco y de la llama, hacían en sus telares de palos hermosos tejidos, coloreados con tintas vegetales o minerales.



— En cambio, don Lindolfo, las del litoral y los bosques, vivían casi de lo que le daba la naturaleza, en chozas mal cubiertas de ramas y hojas, semidesnudos, como los tobas, maticos, timbúes, minuanes y de algunos se ha llegado a pensar que eran antropófagos — dijimos nosotros.

— Los de estos lugares, recibían las ventajas de la civilización quichua.

Usaban el poncho y un traje de falda hasta las rodillas. Calzaban ojotas. Se adornaban con plumas de avestruz y objetos de piedra y hueso. Eran, pues, los más bien vestidos. Los indios del centro y del sur (araucanos, patagones, onas) se cubrían con pieles y con éstas levantaban sus tolderías.

— Y de los que vivieron aquí, ¿hay alguna leyenda?

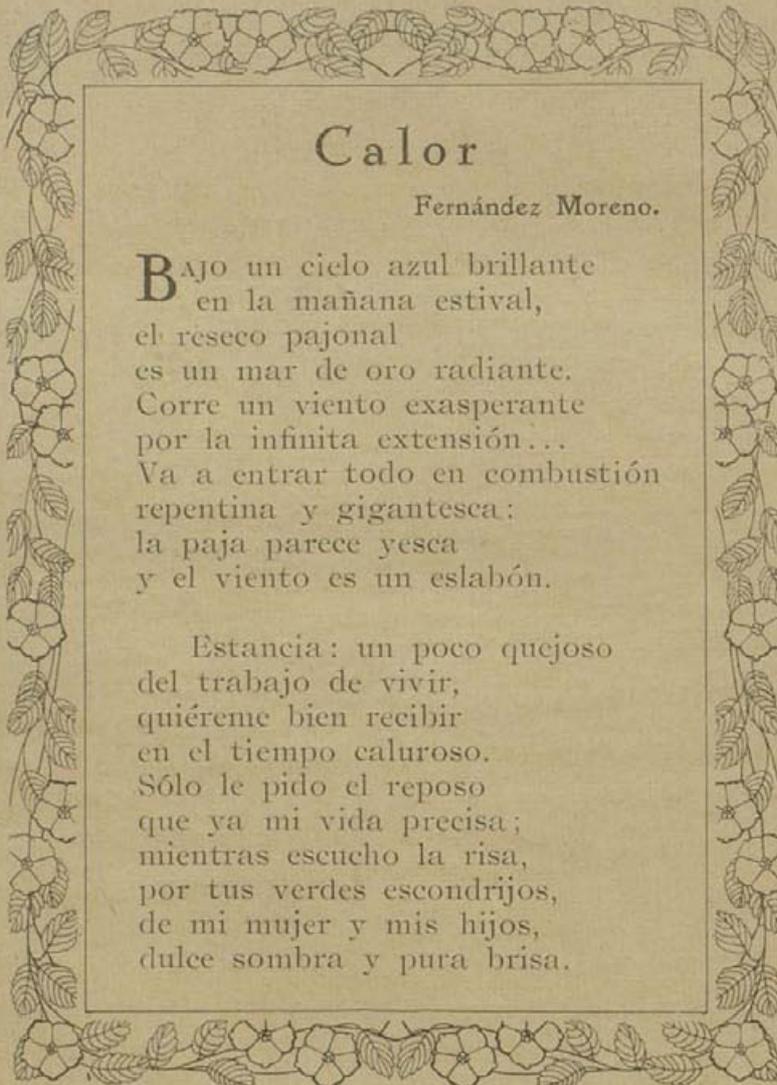


— Le oí contar a mi abuelo la causa de su emigración. Adoraban al sol. Un día se produjo un eclipse completo. La obscuridad en pleno día la tomaron como orden divina de abandonar estos lugares. Y se fueron los supersticiosos, dejando sus casas y plantaciones. Pero — agregó don Lindolfo — regresemos ya, que es hora de almuerzo y les tengo preparado unos platos de origen indio muy apetitosos.

Junto a los arrayanes, en el amplio patio terroso, barrido con escoba de carquejas, <sup>(1)</sup> se tendió el mantel y comimos hasta saciarnos, loco, “humitas”, patay y un arrope de chañar.

(1) Planta parecida a la retama.



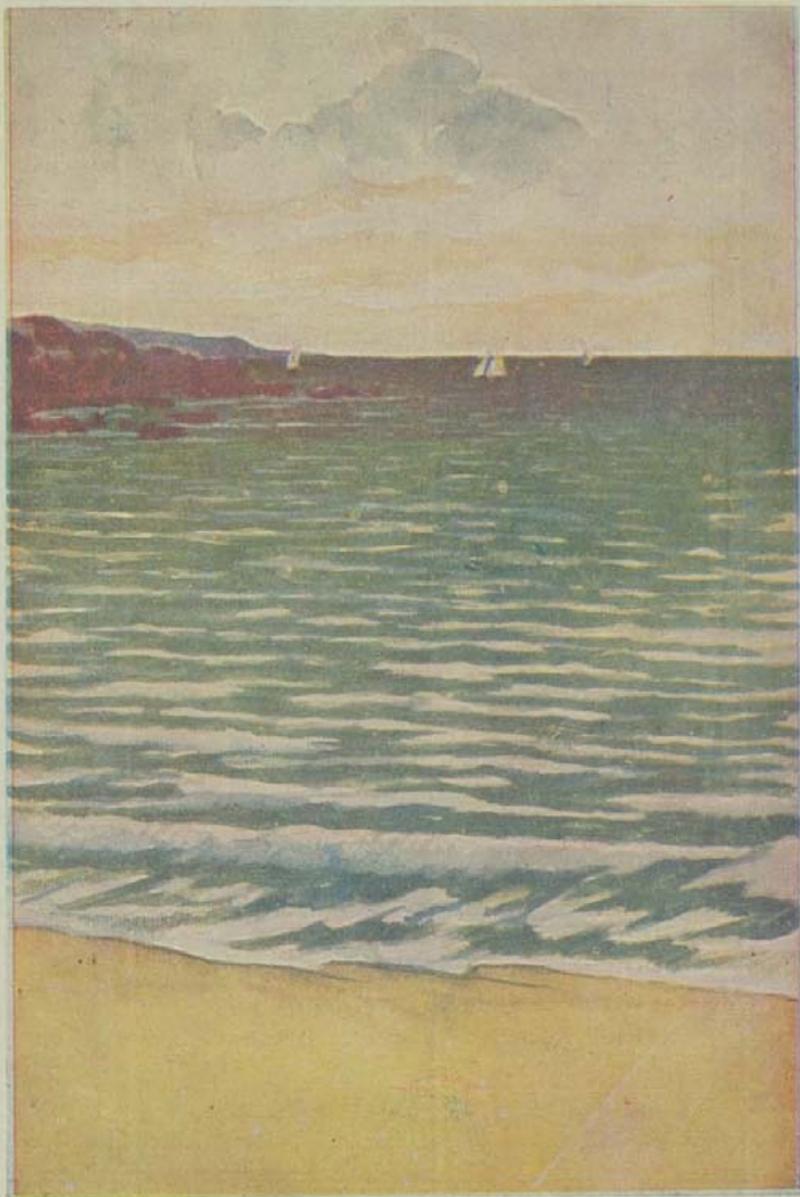
A decorative border of repeating floral and leaf motifs surrounds the text. The flowers are stylized with five petals and a central dot, and the leaves are simple, pointed shapes.

## Calor

Fernández Moreno.

**B**AJO un cielo azul brillante  
en la mañana estival,  
el reseco pajonal  
es un mar de oro radiante.  
Corre un viento exasperante  
por la infinita extensión...  
Va a entrar todo en combustión  
repentina y gigantesca:  
la paja parece yesca  
y el viento es un eslabón.

Estancia: un poco quejoso  
del trabajo de vivir,  
quiéreme bien recibir  
en el tiempo caluroso.  
Sólo le pido el reposo  
que ya mi vida precisa;  
mientras escucho la risa,  
por tus verdes escondrijos,  
de mi mujer y mis hijos,  
dulce sombra y pura brisa.







## Pueblecito serrano

**P**UEBLECITO serrano. Blanqueadas casitas de adobe; una aquí, otra más allá, como sembradas a voleo en las faldas de las lomas, rizadas de matas y de piedras.

Blanqueadas casitas, pequeñas, como agazapadas para no ser descubiertas, detrás de sus cortinas de álamos, por el brioso viento de las sierras.

Pasa cantando el arroyuelo. Sus aguas cristalinas traen la frescura del manantial. Perfuman sus riberas el poleo, la verde yerba-buena, la codiciada peperina.

Mansamente, agita sus cascabeles de piedra. Pero si la lluvia altera su semblante, entonces se descuelga furioso, en estrepitosa corriente, como si llevara al llano todas las piedras de la montaña.

Pueblecito serrano, que sombrean los árboles nativos: el molle de redonda copa, el erizado espinillo, el algarrobo de doradas vainas, el chañar de esférico fruto, y el piquillín, que brinda el agrídulce sabor de sus bolillas rosadas.

¡Oh, placer indecible de sus horas matutinas!

Me saluda por las sendas la música de los pájaros cantores; y yo respondo al cardenal, al zorzal, a la calandria y al retraído rey del bosque, con el afecto de mi alma agradecida.



## Nada agrada tanto como la verdad

**C**UÉNTASE que un poderoso señor de cierto país de Oriente, preguntó a sus amigos que opinaban de sus méritos y gloria. Ellos se apresuraron a responderle con palabras de alabanzas desmedidas.

El magnate les fué dando un hermoso anillo con brillantes a cada uno.

De los amigos, uno sólo guardó silencio.

— ¡Cómo! ¿Tú no quieres ganarte el anillo?

— No me es posible responderte porque las adulaciones se compran; la verdad, no.

— La verdad es lo que yo he pedido. Dime lo que piensas.

— Tienes poder y gloria en exceso. Trabaja, si

quieres que te duren, por la felicidad de tu país.

Esta vez, no hubo obsequio de anillo; pero su aprecio por el amigo sincero se hizo más evidente.

Poco después, llamó a los aduladores y les preguntó si estaban contentos con la joya regalada.

— La conservamos como un recuerdo de tu amistad; pero te advertimos que el mercader a quien has hecho la compra, te engañó villanamente.

— ¿Por qué?

— Sus brillantes son falsos.

— Yo no he tenido intención de regalaros otra cosa. Falsas eran vuestras alabanzas y os he pagado en la misma moneda.





## El rancho de Carmona

Enrique Larreta.

**E**RA un rancho a la vez triste y risueño, torcido todo hacia un lado; rancho fabricado a la antigua, miserable hasta más no poder, aunque siempre aseado y oliendo, a lo más, a humo.

Solía, también, es verdad, respirarse en sus cuartos, de tiempo en tiempo, un tufo a zorrino; pero así que el dueño sacaba sus botas a la galería o las colgaba algo más lejos, de una rama de saúco, la hediondez se pasaba del todo.

No había mueble sano sobre su ondulado piso de tierra. Veíase, todavía, señales de las cuevas cavadas por los peludos, quien sabe cuando, y que Carmona, al instalarse, rellenó, lo mejor que le fué posible, apisonándolas con un estacón de quebracho.

Las requerebrajadas paredes de guincha de duraznillo recubierta de barro, conservaban uno que otro parche exterior de remoto blanqueo. El techo era de paja; pero de paja compacta, corta, pareja, como lana a medio crecer. Carmona lo arreglaba cada dos o tres años, a fin del otoño, porque fué siempre enemigo del techo de hierro y, según declaraba él mismo, hubiera preferido, mil veces, dormir al raso a meterse debajo de unas latas, como conserva de almacén.

Tres rosales completamente pelados por las hormigas, a pesar del grueso vellón que les atara al tronco; matas de pensamientos, en abolladas latas de color de tierra y algunos cueros de zorro y de nutria, suspendidos de un clavo, junto a la puerta, formaban el adorno de la angosta galería, sombreada, apenas, por el alero rabón y por el follaje del saúco, o más bien dicho, del "doctor", como lo llamaba Carmona, en razón de que sus flores, fritas en sebo o hervidas en el agua del mate, servían para curar todos los males.





## Yo en el fondo del mar

Alfonsina Storni.

**E**N el fondo del mar  
hay una casa  
de cristal.

A una avenida  
de madréporas  
da.

Un gran pez oro  
a las cinco,  
me viene a saludar.

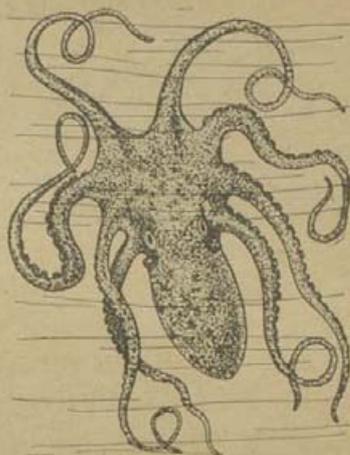
Me trae  
un rojo ramo  
de flores de coral.



Duermo en una cama  
un poco más azul  
que el mar.

Un pulpo  
me hace guiños  
a través del cristal.

En el bosque verde  
que me circunda  
—din don...din dan—



se balancean y cantan  
las sirenas  
de nácar verdemar.

Y sobre mi cabeza  
arden, en el crepúsculo,  
las erizadas puntas del mar.





## Conversación

**C**UATRO amiguitos: David, Julián, Emilio y Juan Carlos. Los entretiene una animada conversación que toca varios temas.

— Ayer estuve a punto de volar. Visité con papá el nuevo aerodromo y un aviador me invitó a acompañarlo. Papá se opuso.

— Tal vez pensara que te hiciera mal el viaje.

— No, David. Se vuela cómodamente. Al correr para elevarse, parece la salida de un automóvil. Y en cuanto sube, es un viaje en hamaca.

— Pero no es lo mismo el descenso. Algunos dicen que el estómago se va a la boca.

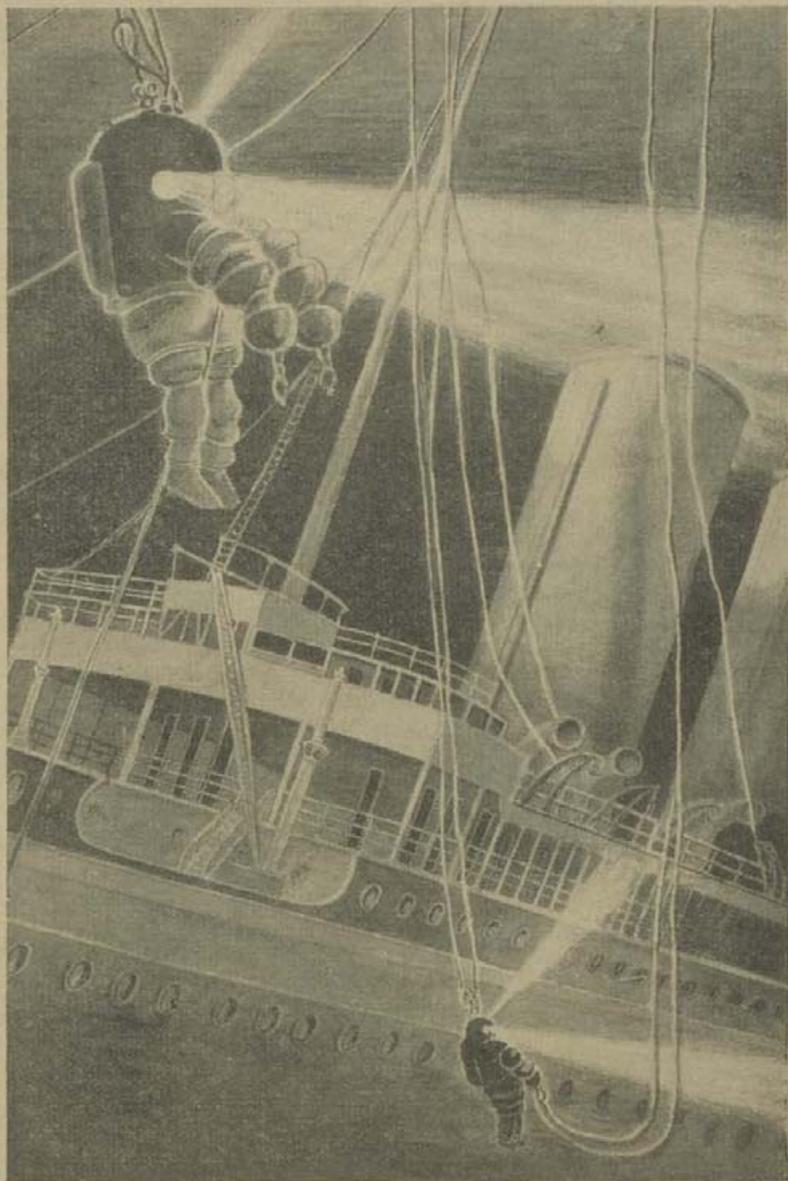
— Sin embargo, los aviadores bajan serenos.

— Están habituados, Julián.

— En el descenso, lo peligroso es el aterrizaje. Un suelo irregular puede producir un grave accidente. Por eso se preparan pistas especiales para aterrizar.

— ¿Y el descenso en el agua?

— Amarar es más suave, pues el agua amorti-



gua el golpe. Yo vi el amaraje de un hidroavión en el puerto.

— Como aparato prefiero el biplano.

— Es de mayor estabilidad, pero el monoplano le aventaja en rapidez.

Emilio no toma parte en la conversación. Está abstraído. Él se encarga de manifestarnos lo que piensa:

— Yo no sé lo que daría por viajar en submarino.

— ¿Conoces alguno?

— Sí, Juan Carlos. Tiene la forma de un enorme cigarro. Se cierra herméticamente al hundirse y con el periscopio se mira la superficie del mar.

— ¿Cómo podrá sumergirse?

— Al modo de los peces, por su vejiga natatoria mecánica.

— ¿Y para qué deseas ese viaje submarino?

— ¡Oh! Para ver el fondo del mar.

— Y hablar con las sirenas.....

— Dice una leyenda que encantan a los navegantes con su voz.

— Leyenda, muchachos. En el fondo del mar hay cosas reales, dignas de admirar: animales como flores, de variado color, rojos corales, bancos de esponja, peces vistosos.....

— Y monstruos como el pulpo de terribles brazos.

— Y riqueza: las ostras perlíferas.

— Te recomendamos el oficio de buzo, Emilio, tienes vocación y te vendrá... de perlas.



## Canción de la paz

M. Bravo.

**D**UERMEN los niños en sus cunas,  
Las buenas madres velando están  
¡Duermen los niños! ¡Sueñan los niños!  
Esa es la paz.

Cantan los niños en la escuela,  
vuela en los aires coro jovial,  
¡Cantan los niños! ¡Juegan los niños!  
Esa es la paz.

El sol fecunda las campiñas,  
los sembradores sembrando van,  
grandes cosechas colman el mundo:  
Esa es la paz.

A la distancia en la llanura  
se eleva el humo del dulce hogar,  
vuelan en torno las golondrinas:  
Esa es la paz.

En los jardines florecidos  
desgrana perlas el fontanal,  
hay un idilio junto a la fuente:  
Esa es la paz.



Diez mil navíos en las dársenas,  
diez mil navíos van a zarpar,  
por el mar vienen diez mil navíos:  
Esa es la paz.

Por los senderos en tumulto  
los campesinos vienen y van;  
pasan cantando los campesinos:  
Esa es la paz.

Vibra la vida en las metrópolis,  
destruye y crea sin descansar.  
¡Vibra la vida! ¡Triunfa la vida!  
Esa es la paz.

Y en las aldeas y las ciudades,  
y en las montañas y en las campañas  
ninguno falta, todos están:  
Están los viejos y están los jóvenes,  
¡Están los hijos y están las madres!  
Esa es la paz.



# Cosas extraordinarias que nos contó un señor extranjero

## I

### Grave situación

**E**RA un hombre alto, de ojos azules y cabellos rubios. Venía por asuntos de negocio.

No le perdíamos de vista. Nos llamaba la atención porque nos dijeron que era cazador de fieras.

¡Qué deseos de hablarle, de preguntarle algo! Sin duda, contaría cosas muy interesantes.

Lo saludábamos, nada más. Pero el atrevido de Reinaldo tuvo la osadía de preguntarle muy fresco:

—¿Es usted cazador de fieras?

Menos mal que la pregunta le hizo gracia. Le contestó en seguida:

—Si lo fuera, ya te hubiese cazado a ti.

El buen humor del huésped nos animó:

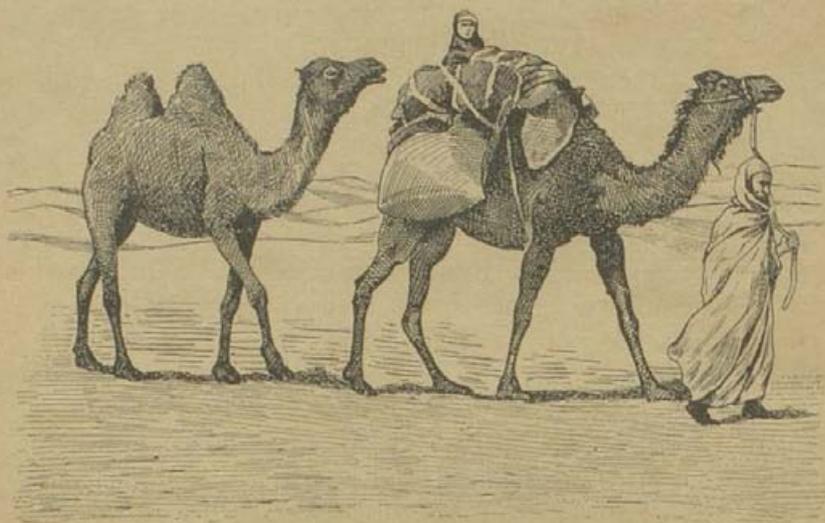
—Así nos han dicho, señor.

—He cazado algunos animales bravos —nos dijo, sin perder la sonrisa.

—¿Y no tenía miedo?

—Una vez. Fué allá, en Africa. Terminábamos de atravesar una zona desierta, mucho más peligrosa que la travesía argentina y con un viento peor que el zonda. La arena se levantaba como nubes y estuvimos a punto de quedar sepultados. Por fin, una cadena de montañas ponía término al desierto.

—¿Y de qué manera hicieron el viaje?



— En camellos, que formaban una larga caravana.

— ¿No mataron alguno para calmar la sed?

— Se dice que los viajeros sedientos recurren al camello para quitarle el agua de uno de sus vientres. Pero no es cierto; eso es fábula.

— Continúe, señor.

— Fué, precisamente, por el agua que ocurrió lo que voy a contar. En procura de agua nos internamos en un bosque. De pronto, el guía nos dice:

— ¡Un búfalo!

Levanté la vista. Un animal, como un enorme toro de poderosas astas, se hallaba a veinte pasos. Vendría perseguido por algún león. Había huellas de esta fiera.

Apunté. Hice fuego. El animal herido, me miró de un modo terrible y se lanzó sobre mí.

Si erraba el segundo tiro, ante tan grave situación, era hombre muerto.

Por suerte, nunca he tenido mejor puntería.

## II

### Con los Esquimales

— No pude continuar mis cacerías. Una orden de mi gobierno, me llevó a las regiones del polo norte.

— Entonces, señor, podría cazar osos blancos.

— Es verdad. Pero lo que cacé fueron focas y morsas con los esquimales.

— ¿Esquimales?

— Sí. Son los únicos habitantes de esas zonas frías.

Llevan una vida semejante a la de los antiguos indios onas y yaganes, que aun quedan algunos al sur de vuestro país.



— ¿Y persiguen a esos animales?

— Son su salvación. La carne y la grasa los alimentan y la piel forma sus ropas.

— ¿Y cómo pueden cazar cuando tierra y mar, durante el invierno, se convierten en campos de hielo?

— De una manera original. No se lo imaginan ustedes. Dichos animales pescan debajo de la capa helada; pero como necesitan salir a la superficie para respirar, hacen en el hielo una abertura. Cada diez o quince minutos se asoman por ella. El esquimal, se ubica cerca. Cuando por el movimiento del agua, comprende que alguno se aproxima, con un arpón hiere a su víctima y la caza.

### III

#### Comida sorprendente

— ¿Y usted, señor, probó esos alimentos?

— ¿Por qué no? El hombre, chicos, tiene que hacerse a todas las circunstancias. Ahora, les diré, que no me hacían mucha gracia. Encuentro más pasable, según mi gusto, el pingüino joven de la Tierra del Fuego. Pero, en este asunto de los alimentos no hay nada escrito. Si les digo a ustedes que he llegado a comer nidos de pájaros, se asombrarán.

— ¿Cómo se puede comer eso, señor?

— ¡No nos coma los que tenemos aquí!

— Queden tranquilos. Los nidos que se comen allá, en la China, son los fabricados por una especie de golondrinas, quienes segregan una substancia gelatinosa, que se endurece con el aire. Limpios y guisados, constituyen un manjar predilecto en esa parte de Asia.

## IV

### Sol de media noche

Estábamos maravillados con las cosas raras que nos contaba el huésped. Parecíanos un personaje escapado de un cuento. Había estado en los desiertos y bosques de Africa; había cazado fieras; conocía los mares del Asia y el desierto blanco de los polos. Para colmo, había probado los alimentos menos pensados para nosotros.

¿Quién era este señor? ¿De qué país procedía?

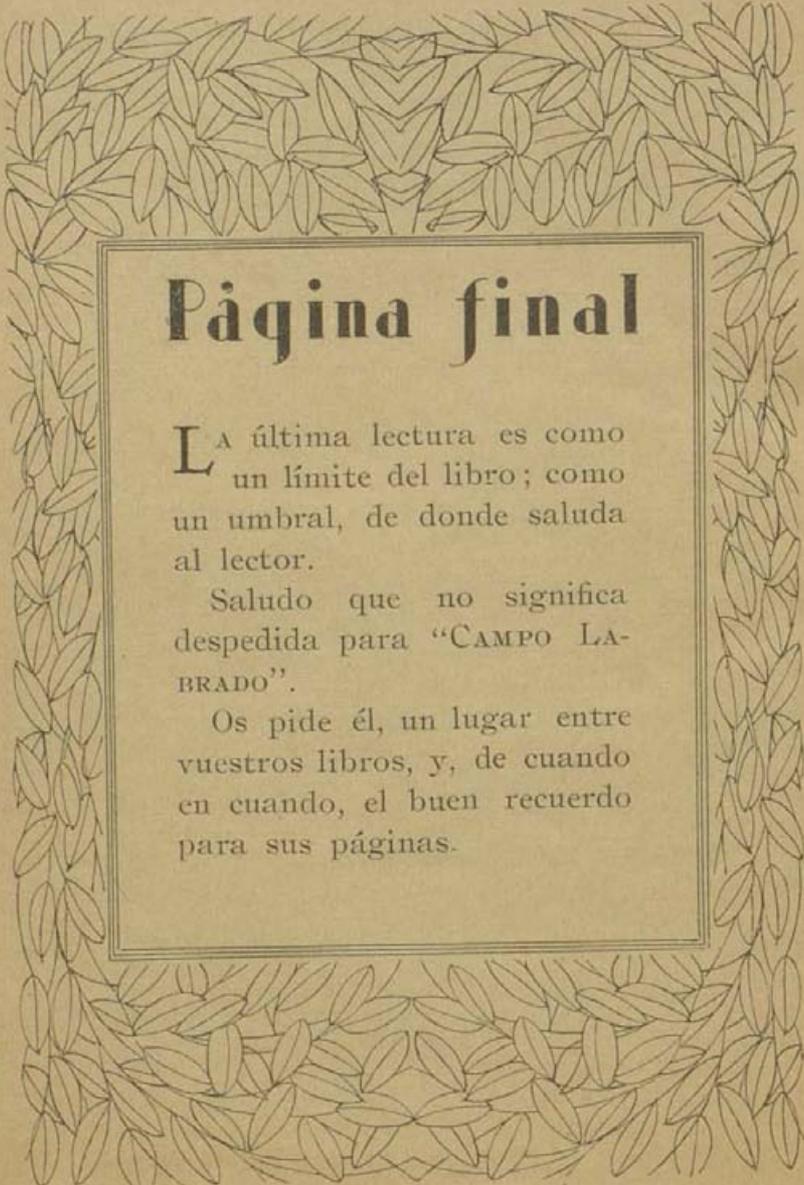
Teníamos derecho a satisfacer esa curiosidad.

— Señor, preguntó Roberto — ¿dónde queda su patria?

— ¡Ah! — dijo — Ustedes tal vez no lo hayan oído nombrar. Es un país hermoso, cuyas costas se parecen a los canales de Tierra del Fuego y donde el sol alumbra a media noche.

¡Sol de media noche! Una sorpresa más, increíble, fabulosa.

Al día siguiente, se fué. Mucho tiempo después, recordando las cosas extraordinarias que nos refiriera, nos parecía despertar de un sueño.



## Página final

LA última lectura es como un límite del libro; como un umbral, de donde saluda al lector.

Saludo que no significa despedida para "CAMPO LABRADO".

Os pide él, un lugar entre vuestros libros, y, de cuando en cuando, el buen recuerdo para sus páginas.

# I N D I C E

	Pág.		Pág.
A los niños .....	III	Mariano Moreno .....	57
En marcha .....	1	Los libros .....	59
Mi nido .....	3	Buenos Aires .....	61
Campo labrado .....	5	Bernardino Rivadavia .....	64
Un nombre injusto .....	6	Canciones de la tierra .....	66
Bajo el cielo estrellado .....	8	Viento del sur (poesía) .....	68
La siembra .....	10	El Cerro de la Gloria .....	71
Manos ásperas (poesía) .....	13	El rebenque de plata .....	75
La isla imaginaria .....	14	El malón .....	78
La pesca de la ballena .....	17	El invierno de otros países .....	81
Breve historia .....	19	Mala compañía (poesía) .....	83
Despierta (poesía) .....	20	Cosas de niño .....	85
Usted no se mueve de aquí .....	21	El extremo sur .....	88
La nariz y los ojos (poesía) .....	23	El mordisco del oso marino .....	89
Aves de laguna .....	24	Rosario, la hija del trabajo .....	93
La utildad del buen ejemplo .....	25	Mala amiga es la mentira .....	95
La Plata .....	27	¡Independencia! .....	96
El volcán .....	31	La defensa contra el rayo .....	98
El vuelo de las aves .....	33	Las banderas (I) .....	100
El cohete (poesía) .....	35	La bandera argentina (II) .....	102
La conquista del aire .....	36	Escúchame, niño o niña .....	105
Tristeza otoñal .....	39	El mono castigado .....	106
Doma fracasada .....	40	El ferrocarril (poesía) .....	108
El agua .....	42	Excursión fluvial .....	110
Agua montuna (poesía) .....	44	En el reino de los picoteados .....	113
Cazador, detente .....	45	Diálogo (poesía) .....	116
La canción del bosque (poesía) .....	47	Insectos peligrosos .....	118
Una visita a Ameghino .....	50	Las apariencias engañan .....	120
El ruego del árbol .....	52	Lluvia en el campo .....	122
El Cabildo Abierto .....	54	La ardilla y el caballo (poesía) .....	124

	Pág.		Pág.
Frases de San Martín .....	126	Han calumniado a la cigarra ..	166
Paseo matinal (poesía) .....	129	Pensamiento .....	167
Cómo se alimentan las plantas ..	131	Colón (poesía) .....	168
El roble y el hongo .....	133	Retrato .....	169
Por lejanas tierras .....	135	Del pasado .....	171
Humildes orígenes, grandes des-		Calor (poesía) .....	174
tinios .....	138	Pueblecito serrano .....	177
Sabios e inventores .....	139	Nada agrada tanto como la ver-	
Lluvia de flores .....	141	dad .....	178
La paz doméstica .....	142	El rancho de Carmona .....	180
Luces voladoras .....	144	Yo en el fondo del mar .....	182
Las cataratas del Iguazú .....	146	Conversación .....	184
La vuelta .....	148	Canción de la paz .....	187
Mirando al cielo .....	151	Cosas extraordinarias que nos	
La hermana (poesía) .....	154	contó un señor extranjero:	
Anécdotas .....	155	I. - Grave situación .....	189
La colmena .....	159	II. - Con los esquimales .....	191
El buey (poesía) .....	161	III. - Comida sorprendente ..	192
Los héroes de todos los días ..	162	IV. - Sol de media noche .....	193
El egoísmo anula las buenas ac-		Página final .....	194
ciones .....	164		

## LAMINAS

	Pág.		Pág.
Trilladoras y parvas (colores) ..	11	¿Comerá? .....	86
El rodeo (colores) .....	12	Descripción de lámina .....	91
La pesca de la ballena .....	16	El Martín pescador .....	92
Vista de La Plata (colores) .....	29	Proclamación de la Independencia	97
El volcán (colores) .....	30	El paso de los Andes .....	127
El Cabildo del día 22 (colores) ..	55	Sabios e inventores .....	139
La canción del Himno (colores) ..	56	Monumento a Sarmiento en San	
Diagonal Roque Sáenz Peña .....	60	Juan (colores) .....	157
Entrando en el puerto .....	63	Entre flores (colores) .....	158
Racimos de uvas .....	70	El mar (colores) .....	175
Viñedo andino (colores) .....	73	Paisaje serrano (colores) .....	176
La sortija (colores) .....	74	Buzos trabajando .....	185
La nieve .....	80		



Campo Labrado





